

*El fin del mundo llegará cuando la idea misma de Dios
haya desaparecido. De olvido en olvido, el hombre
conseguirá abolir su pasado y se abolirá a sí mismo.*

EMIL CIORAN

*Cuando todo —por fin— lo que anda o reptar
y todo lo que vuela o nada, todo,
se encoge en un crujir de mariposas,
regresa a sus orígenes
y al origen fatal de sus orígenes,
hasta que su eco mismo se reinstala
en el primer silencio tenebroso.*

JOSÉ GOROSTIZA

*El destino final de Homo sapiens, como el de cualquier
otra especie, es la extinción. Si esta extinción se da en
un futuro cercano o dentro de millones de años depende
en gran medida de nosotros mismos.*

HÉCTOR T. ARITA

ÍNDICE

5 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

6 LAS TROMPETAS DEL APOCALIPSIS

Juan de Patmos

7 EL FIN DE LO HUMANO:

APOCALIPSIS

TECNOLÓGICOS Y GOZOSOS

Naief Yehya

15 ENDEMONIADAMENTE COMPLICADO

Maia F. Miret

24 LOS DRAGONES

Alejandro Robles

25 EL DESTINO DE LAS LENGUAS AMERINDIAS

Miguel León-Portilla

34 CAPITALISMO: ¿EL PRINCIPIO DEL FIN?

Wolfgang Streeck

45 EL LOBO MEXICANO

Pamela Maciel Cabañas

52 ASÍ QUE ESTO ES UN TERREMOTO

Alejandro Zambra

58 AL CAMBIAR EL MARCO DE LUGAR

Jane Kenyon

59 MÉXICO IMAGINARIO

C.D. Wright

61 OTROS FINES DEL MUNDO

Carlos Mondragón

69 NERVIO-SISMOS

Héctor Dávila

81 QUÉ ESCABROSA BESTIA...

Déborah Danowski

y Eduardo Viveiros de Castro

89 EL MUNDO QUE PERDEMOS

Eugenio Fernández Vázquez

95 CARTA A KAFKA

Corinna Ada Koch

102 AIX

Eloy Urroz

ARTE

104 WELCOME TO PARADISE

DE OSWALDO RUIZ

Papús von Saenger

PANÓPTICO

PALCO

116 LAS MÁSCARAS DE VILLORO

Isabel Castro

ALAMBIQUE

119 EL TRIUNFO: UN BOSQUE EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Ana Valerie Mandri Rohen

ÁGORA

123 BALADAS DEL “HOMBRE NORMAL”

Fernanda Melchor

PERSONAJES SECUNDARIOS

127 LA VIDA INTENSA DE RAYMOND MOLINIER

Diego Erlan

OTROS MUNDOS

131 LOS INVISIBLES DE LA CENTRAL DE ABASTO

Elisa Lavore Fanjul

CRÍTICA

136 EMMANUEL CARRÈRE

LA DUDA Y LA EMPATÍA

Daniel Saldaña París

140 LO QUE CREÍ SOMBRA ES EL VERDADERO CUERPO

SHIMON ADAF

Angelina Muñiz-Huberman

145 ESCRITO EN EL CUERPO

JEANETTE WINTERSON

Pablo Valdés

148 PROCESOS DE LA NOCHE

DIANA DEL ÁNGEL

Guillermo Espinosa Estrada

151 LA SEXTA EXTINCIÓN UNA HISTORIA NADA NATURAL

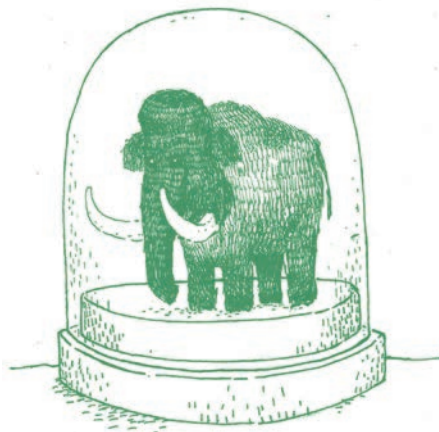
ELIZABETH KOLBERT

Jazmina Barrera

155 ALGUNAS INTERROGANTES SOBRE EL CINE

Alisarine Ducolomb

159 NUESTROS AUTORES







EDITORIAL

Desde *Gilgamesh* hasta Jaime Maussan, pasando por el Génesis, el *Popol Vuh*, los evangelios y Nostradamus, el fin del mundo se ha vaticinado una y otra vez. Muchos profetas han tenido visiones predictivas en las que la humanidad se extingue como especie, y con ella toda forma de vida sobre la Tierra. Llegará un día, nos dicen, en que todo se acabe y sobre el planeta reine el caos absoluto o las tinieblas. Cada vez que se cumple un ciclo en el calendario, cada vez que sobreviene una catástrofe natural, una explosión nuclear o una guerra, la amenaza retorna y nos pone de rodillas.

Desde fines del segundo milenio, este discurso parece haberse intensificado. El incontestable cambio climático y sus desastrosas repercusiones, incluida la desaparición de una inmensa cantidad de especies; la fobia del ser humano a reproducirse en los países más industrializados; la inteligencia artificial; la cacería indiscriminada de animales protegidos; la contaminación y el abuso de los recursos naturales, así como las crisis económicas a escala global, hacen pensar que el mundo tal y como lo conocemos corre un peligro inminente.

En el número de noviembre hemos querido abordar algunos de estos asuntos cruciales para nuestra sobrevivencia. El dossier hace un recuento de muy diversas extinciones, desde las más íntimas, como en los poemas de Jane Kenyon y C.D. Wright, hasta la sexta gran extinción, la del Antropoceno. Una antología poética de Miguel León-Portilla permite escuchar a los pueblos originarios de México hablar de la desaparición de sus lenguas, algo que da pie a las preguntas siguientes: ¿qué pasa cuando una cultura y una lengua mueren? ¿No es acaso todo un universo el que desaparece?

Resulta imposible hablar del fin del mundo sin honrar la memoria de los pueblos invadidos —en nuestro continente y en otras latitudes— que a su manera ya vieron acontecer aquello que nosotros tanto tememos. De esta experiencia, enfatiza el antropólogo ambientalista Carlos Mondragón, nos toca no sólo aprender sino sacar importantes conclusiones. Con esta entrega, la *Revista de la Universidad de México* pretende poner el dedo en una herida: nuestras acciones, nuestros hábitos cotidianos, pero también nuestra apatía, están contribuyendo de manera decisiva a la extinción de la vida en el planeta.

Guadalupe Nettel



LAS TROMPETAS DEL APOCALIPSIS

Juan de Patmos

Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra; y la tercera parte de los árboles se quemó, y se quemó toda la hierba verde. El segundo ángel tocó la trompeta, y como una gran montaña ardiendo en fuego fue precipitada en el mar; y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.

Y murió la tercera parte de los seres vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de las naves fue destruida.

El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha, y cayó sobre la tercera parte de los ríos, y sobre las fuentes de las aguas.

Y el nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron a causa de esas aguas, porque se hicieron amargas.

El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche.

Y miré, y oí a un ángel volar por en medio del cielo, diciendo a gran voz: ¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los otros toques de trompeta que están para sonar los tres ángeles! **U**

Apocalipsis, 8: 6-13. Versión moderna de la traducción de Casiodoro de Reina, publicada en Basilea en 1569.

◀ Pieter Brueghel, *La caída de los ángeles rebeldes*, 1562



EL FIN DE LO HUMANO

APOCALIPSIS TECNOLÓGICOS Y GOZOSOS

Naief Yehya

ADIÓS A TODO “ESO”

Desde hace algunas décadas en Japón se ha popularizado una obsesión con el rechazo de la vida en pareja, los noviazgos, los amoríos y hasta las relaciones incidentales. Esto ha llegado al grado en que se le conoce ya como el síndrome de la soltería (*sekkusu shinai shokogun*). Una parte significativa de la población educada, pudiente y urbana de ese país considera la paternidad como una prisión y un desperdicio, y el matrimonio como un contrato emocional, económica y sexualmente innecesario. Semejante visión se acentúa en una cultura como la japonesa, en la que el amor romántico y el matrimonio no parecen estar en sincronía. La vida conyugal ahí consiste en trabajar todo el tiempo, ver apenas a la familia, comprar todos los fines de semana papel de baño y botellas de salsa de soya, pasar la mayoría de los días feriados visitando a los suegros. Es una vieja costumbre asumir que el hogar es un sitio demasiado puro como para practicar el sexo por placer, y que es mejor buscarlo en otro lado.

Otras culturas del mundo tienen visiones semejantes, sin embargo, en Japón se ha dado un fenómeno bastante singular que consiste en una orgullosa pérdida de interés en practicar el sexo, especialmente entre los jóvenes. Este fenómeno se volvió un escándalo mundial especialmente a partir de un artículo de Abigail Haworth, publicado en el diario británico *The Guardian* en octubre de 2013, que fue ampliamente comentado y discutido. Lo cierto es que las estadísticas muestran

que los menores de 40 años están perdiendo interés en las relaciones convencionales y más impactante es que también están haciendo a un lado las citas amorosas y el contacto carnal. Esto puede estar vinculado con la sobreabundancia, omnipresencia, desorbitante diversidad y multiplicidad de la pornografía japonesa, así como la facilidad de acceso a juguetes sexuales. De igual modo, es un producto secundario de una economía dirigida al consumo de los empleados corporativos que pasan la mayor parte del tiempo alejados de su familia. También es importante considerar el problema de la enorme disparidad laboral y social entre los sexos, lo cual hace muy difícil para una mujer casada conservar su empleo y prácticamente imposible para una madre soltera mantenerse en el mercado de trabajo. Otros factores evidentes son el enorme costo de la vida y de tener hijos, el hecho de que la autoridad religiosa es extremadamente laxa y el nihilismo de una generación hiperinformada, hastiada y hasta cierto punto apática. A las razones atávicas, económicas y culturales, también podemos añadir el triple impacto del terremoto, el tsunami y la catástrofe nuclear de Fukushima en 2011, que en un breve periodo vinieron a exacerbar viejos miedos (reflejados por décadas en filmes como *Godzilla* y el género kaiju) y que han conformado un *zeitgeist* apocalíptico.

Esto parece una generalización un tanto histérica y quizá ligeramente racista, pero en 2015 una encuesta del Instituto Nacional para la Investigación de la Población y la Seguridad Social de Japón reveló que 69.8% de los hombres y 59.1% de las mujeres, solteros de entre 18 y 34 años, no estaban involucrados en nin-



Prototipo de robot sexual

gún tipo de relación romántica.¹ En 1987 los porcentajes correspondientes eran 48% para los hombres y 39.5% para las mujeres; una caída de 20% en menos de tres décadas es muy significativa. La tercera parte de los menores de 30 años nunca habían tenido una cita amorosa; 45% de las mujeres y 25% de los hombres de entre 16 y 24 años no están interesados o sienten franco rechazo por el contacto sexual.² En una sociedad homogénea como la nipona esto se ha traducido en que Japón tiene el crecimiento de población más bajo del planeta y su tasa de fertilidad sigue reduciéndose: se especula que ésta será de 1.16 hijos por persona para el 2020; es necesario que este número sea por lo menos 2.1 para sostener una población.

Este modelo de rechazo de la intimidad parece indicar una especie de camino apacible

¹ Véase www.ipss.go.jp/ps-doukou/e/doukou15/Nfs15_points_eng.pdf

² Véase www.japancrush.com//2013/stories/30-of-single-japanese-men-have-never-dated-a-woman.html (únicamente en japonés).

hacia la extinción. Podríamos preguntarnos si se trata de un síntoma de la muerte del afecto y quizá del amor corporal, o quizá sea simplemente una holgazanería casi suicida provocada por el *ethos* de un pueblo extremadamente próspero —la tercera economía del planeta, pero que se encuentra paradójicamente estancada—. El autor del libro *Japanamerica*, el estadounidense Roland Kelts,³ considera que en el futuro las relaciones entre los japoneses estarán dominadas por la tecnología. Los mundos virtuales se han vuelto intensamente atractivos, complejos y seductores. Independientemente de las muchas expresiones de pornografía en línea, así como de fantasías eróticas participativas e inmersivas, la repulsión al compromiso, al contacto, a las infecciones venéreas, al embarazo puede llevar a muchos a buscar satisfacción en parejas digitales, hechas a la medida del gusto, fetichismos y pasiones, sin ninguno de los problemas característicos de las relaciones humanas. No es difícil de imaginar que esta obsesión tecnológica se expanda fuera de Japón, especialmente dado el fervor y el culto que generan muchos de los fenómenos pop de esa nación en el resto del mundo. Así tendríamos que la bomba de tiempo demográfica nipona podría ser imitada por generaciones de jóvenes que han crecido leyendo manga, viendo animé y jugando videojuegos japoneses.

RECICLAR EL ENVASE

La humana es sin duda una especie impertinente, una que continuamente actúa en contra de la naturaleza y a menudo en contra de sí misma. Quizá no somos la única que se com-

porta de esa manera; sin embargo, sí somos particulares en cuanto a que podemos entender el impacto de nuestras acciones al adaptar y transformar el entorno. A sangre, sudor y fuego hicimos de la Tierra algo muy distinto a lo que era hace unos dos millones de años. Pudimos sobrevivir en un mundo hostil gracias a la capacidad de innovar, al talento para imaginar soluciones a los problemas y compensar las numerosas deficiencias que nos aquejan. Sin embargo, estas mismas innovaciones son responsables de la destrucción del



Katsushika Hokusai, *El sueño de la esposa del pescador*, 1814

³ Roland Kelts, *Japanamerica: How Japanese Pop Culture Has Invaded the U.S.*, St. Martin Press, 2006.

medio ambiente, la extinción de millones de especies y eventualmente nuestra posible desaparición. El exceso de cacería, pesca y explotación inmoderada de los recursos naturales ha tenido consecuencias desfavorables para la especie, y el uso de combustibles fósiles ha contaminado el aire, la tierra y las aguas. Así, hemos sembrado catástrofes y desolación conformándonos con reciclar botellas de plástico de cuando en cuando y dejar de circular un día por semana para aligerar el impacto de nuestra huella de carbono.



En el camino al ecocidio hemos anhelado convertirnos en *cyborgs*, fortalecer el envase de carne y hueso, desprendernos del limo original a través de la química, la cirugía y los implantes. Desde que el hombre pudo expresar sus emociones y temores, estuvo obsesionado por escapar a la tiranía de la edad, sortear el sufrimiento de la enfermedad y el horror de la muerte. La ciencia y la tecnología vinieron a sustituir la magia y la religión como instrumentos para enfrentarse a la descomposición del organismo. Hemos avanzado en la modificación y mejoría del cuerpo, entre atrevimientos, errores, promesas fallidas y aciertos se ha extendido el promedio de vida, se han curado numerosas enfermedades y elaborado formidables prótesis para restablecer la movilidad y reparar cuerpos mutilados. Pero la ilusión de nuestra cultura cibernética no es solamente arreglar lo defectuoso o corregir lo lesionado sino mejorar a la naturaleza, agregar, extender y dar lugar a un "hombre nuevo" e invulnerable. Esta utopía ha encontrado en la cibernética una herramienta formidable.

A un nivel más elemental, tenemos que un *cyborg* —o bien un organismo cibernético— puede ser cualquier sistema en el que interviene una parte biológica y otra tecnológica. Tanto una célula modificada por el hombre para cumplir alguna función, como el planeta Tierra en su totalidad son *cyborgs*. De esta forma hemos engendrado, con desparpajo e irresponsabilidad, una jungla de seres híbridos, a nuestra familia extensa, que incluye ratas de laboratorio diseñadas para desarrollar cánceres, *bots* cada vez más elaborados que pueden hacerse pasar por humanos en línea, exóticas razas de perros de diseñador y personas que han perdido la capacidad de relacionarse con el mundo si no es a través de

La conquista del planeta por las máquinas no forzosamente pasará por mentes digitales maléficas y armadas con pistolas láser, sino simplemente por los deseos de corporaciones ansiosas por reemplazar a su planta de trabajadores por IAs.

la pantalla de un smartphone. El resultado es una mediósfera compleja, independientemente de las intenciones de la industria, la ciencia y el capital, los efectos secundarios de esta diversidad pueden ser ominosos e impredecibles en muchos ámbitos. La más apabullante de estas consecuencias es muy probablemente el calentamiento global y sus desastrosas consecuencias, desde ese proceso que han denominado la “sexta extinción” —la desaparición masiva de especies en el antropoceno, la cual podría eliminar hasta la mitad de las plantas, animales e insectos y poner en entredicho la viabilidad de la civilización— hasta cambios en las dimensiones de los fenómenos naturales, lo que significa ser azotados por megahuracanes, gigantescas inundaciones, colosales deslaves y supertormentas que se repiten con espantosa regularidad.

LOS HIJOS DE NUESTRA MENTE

Al tiempo que la Tierra se calienta, sube el nivel de los océanos y algunas costas se vuelven imposibles de habitar, entre muchos otros efectos desastrosos, está teniendo lugar una revolución tecnológica que tendrá un descomunal impacto en nuestras vidas. Se trata del auge de la inteligencia artificial (o bien IA), es decir, de mentes manufacturadas capaces de “pensar”, inferir, predecir y encontrar soluciones nuevas sin la necesidad de ser programa-

das específicamente para ello. Este tipo de programas ya tienen usos en la economía, la mercadotecnia y la industria (particularmente la automotriz). Es claro que los autos que se conducen solos, los “asistentes” de Amazon, las Barbies capaces de elegir sus atuendos y asistentes virtuales como Siri pueden hacernos la vida más fácil y agradable, pero en la imaginación popular hay un salto muy corto entre la funcionalidad de una cámara con autoenfoco y la amenaza de *Terminator*. En esencia, el temor a una mente capaz de rebasar el intelecto humano consiste en que ésta pueda determinar que la principal amenaza para el mundo y para ella misma es la especie humana y por tanto decida exterminarla. Esta idea ha sido materia de una variedad de relatos y filmes de ciencia ficción.

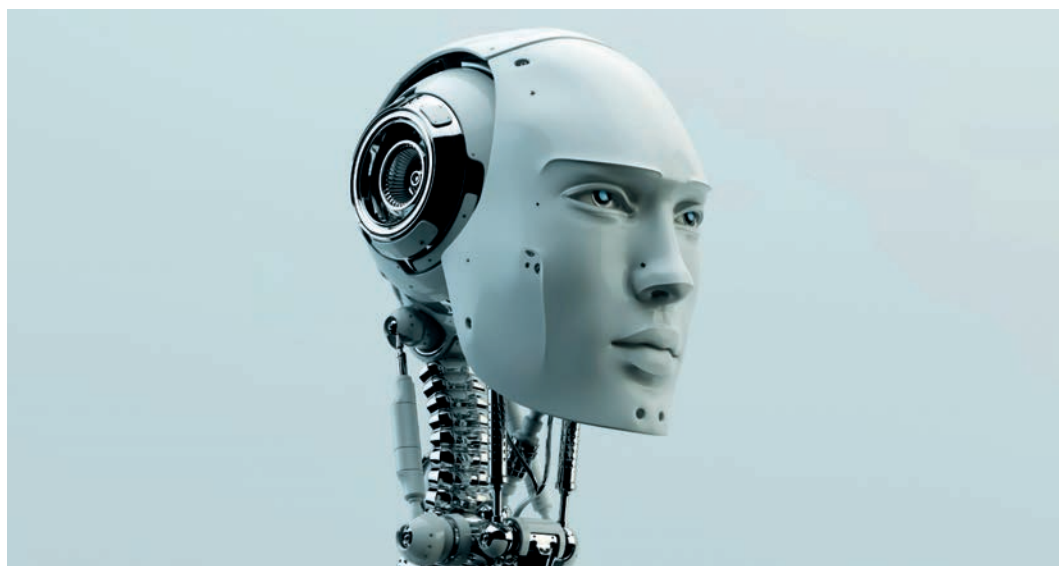
La posibilidad de que una mente manufacturada pueda alcanzar la *singularidad* (un término que aparentemente acuñó el matemático y autor Vernor Vinge, y que quiere decir que una máquina adquiere conciencia de sí misma) es aún remota pero no imposible. Es probable que, como piensa Stephen Hawking,⁴ una vez creada una mente así, ésta se rediseñe, se perfeccione, se vuelva autónoma, persiga objetivos inesperados y se aleje de su programación original convirtiéndose en una criatura incomprensible e inexpugnable, como el sistema operativo de la película *Ella* de Spike Jonze (2013). En gran medida la IA puede ser considerada ahora el equivalente de la energía atómica, en términos de lo que promete y los peligros que representa. Elon Musk, el cerebro detrás de los autos Tesla y la iniciativa espacial SpaceX, piensa que es fundamental

⁴ www.newsweek.com/ai-asilomar-principles-artificial-intelligence-elon-musk-550525

imponer un sistema internacional de control al desarrollo de estas tecnologías para evitar que puedan convertirse en “nuestro invento final”. No obstante, la imposición de reglas y límites a la invención parecen formas de censura difíciles de instrumentar e insuficientes para detener la innovación y sus peligros. Por el momento, una de las mejores iniciativas consiste en tratar de evaluar de manera realista el progreso de la IA y crear un índice para cada uno de los dominios de investigación y desarrollo, así como su influencia en el mundo real a través de productos de consumo. De cualquier manera, algunas empresas como Google ya comienzan a diseñar puertas traseras, trampas y mecanismos en sus sistemas inteligentes para engañarlos en caso de que quieran desobedecer sus órdenes, organizarse, portarse “mal” o rebelarse contra sus creadores.

Aun si nos cuesta trabajo creer en un futuro cercano en el que las máquinas conspi-

ren en contra nuestra y aprovechen su capacidad de conectarse en red para sabotearnos, usar los arsenales militares convencionales, nucleares, químicos y biológicos para atacarnos, así como concebir agresiones contra la humanidad que hoy ni siquiera podemos imaginar, hay otros cambios que la IA está provocando y que tendrán un efecto poderoso en la sociedad. El más claro es la posible eliminación de millones de empleos y de áreas completas del trabajo humano, no solamente en lo que respecta a labores manuales sino también intelectuales, lo cual hará que buena parte de la humanidad se vuelva redundante en términos de productividad. Esto por supuesto tendrá costos económicos, sociales y políticos serios. Es decir, la conquista del planeta por las máquinas no forzosamente pasará por mentes digitales maléficas y armadas con pistolas láser, sino simplemente por los deseos de corporaciones ansiosas por reemplazar a su planta de trabajadores por IAs



Prototipo de robot IA

sin exigencias laborales ni problemas personales. La tendencia es asignar cada vez más poder a las mentes artificiales y el punto climático de esta delegación de responsabilidades será dejar en manos de máquinas cuestiones de vida o muerte, como podría ser la cacería de sospechosos por drones, que en la actualidad aún depende parcialmente de seres humanos en el proceso de decisión. El objetivo explícito del Pentágono es que en un futuro cercano la eliminación de terroristas sea llevada a cabo en su totalidad por IAs equipadas para decidir quién es y quién no un peligro para la seguridad.

MÁQUINAS QUE SE REPRODUCEN, HUMANOS QUE NO LO HACEN

Una de las ideas inquietantes relacionadas con las máquinas inteligentes es su capacidad potencial de crear otras máquinas inteligentes. Esta reproducción, que en términos de productividad industrial parece prometedora y una posible fuente inagotable de riquezas, también representa una amenaza si se considera que puede llegar a haber ejércitos de máquinas construyendo otras máquinas, agotando los recursos y reproduciéndose más allá de lo necesario, fuera de control, en un proceso imposible de detener. Este escenario evoca la caricatura de "El aprendiz de brujo" de Disney (1940), en la que Mickey Mouse hace que una escoba pueda cargar cubetas para acarrear agua; sin embargo, pronto descubre que no puede detener a su creación, por lo que la despedaza para tan sólo engendrar de las astillas un ejército de escobas animadas, infatigables y eficientes que lo inundan todo. En 1986 Eric Drexler,⁵ uno de los pioneros del campo

de la nanotecnología, imaginó un escenario semejante en el que ejércitos de nanomáquinas capaces de autorreproducirse se salieran de control y se multiplicaran fabricando réplicas de sí mismas con tal eficiencia y velocidad que convirtieran en poco tiempo toda la materia, mineral y biológica del planeta, incluyéndonos a nosotros mismos, en una pasta gris o *grey goo*. Esto es mera especulación y es teóricamente poco probable, pues estos *nanobots* quizá no podrían manipular materias repletas de impurezas, sino que tendrían que conocer la posición de cada átomo en cada molécula de todos los materiales que emplearían como materia prima. De cualquier modo, el experimento mental es revelador del desconocimiento que tenemos del tema y de las muchas cosas que podrían salir mal al aventurarnos a modificar el universo a ese nivel.

Una de las manifestaciones más claras del proceso de "cyborgización" es el repudio de todo aquello que nos vincula con los animales, desde las funciones metabólicas hasta el sexo. De esa manera regresamos a la tentación de ciertos jóvenes japoneses de renunciar a los placeres de la carne y eventualmente a la reproducción. Imaginar el cuerpo como una máquina ha sido una fantasía recurrente desde Galeno hasta Descartes, pasando por Leonardo da Vinci. Hoy la ilusión de dejar de ser humanos, encarnada por los jóvenes postsexuales nipones, ofrece un inquietante panorama de la extinción voluntaria de la especie, de tomar las riendas de la destrucción y evadir los posibles fines del mundo al precipitarnos, armados con inagotables estímulos pornográficos, juguetes tecnológicos y dispositivos eróticos a un hedonismo apocalíptico. **U**

⁵ Eric Drexler, *Engines of Creation*, Doubleday, Nueva York, 1986.



ENDEMONIADAMENTE COMPLICADO

Maia F. Miret

*Nunca hubo un dogma más calculado para alentar la indolencia
y embotar la curiosidad que este supuesto de la discordancia
entre las causas anteriores y las actuales del cambio.*
CHARLES LYELL, *Principios de geología*, volumen 3

El genetista ucraniano Theodosius Dobzhansky, cofundador de la nueva síntesis de la biología que fusionó evolución y genética, es autor de una de las citas más famosas en la ciencia: "Nada tiene sentido en biología si no es a la luz de la evolución". Esta "linterna de Dobzhansky", que guía buena parte de nuestra investigación sobre lo vivo, tiene, si se me permite, un corolario exasperado: Y todo, todo en ella es *endemoniadamente* complicado.

No siempre fue así. Antes de que la teoría de la evolución rematara al creacionismo bíblico a finales del siglo XIX, la complejidad estaba subcontratada en la voluntad de Dios, inescrutable excepto por el esoterismo y la ocasional revelación. Esta simpleza, que concentraba todos los misterios en un solo punto, se desmoronó como un ascua cuando Darwin propuso un mecanismo convincente para la aparición, el cambio, la diversificación y la muerte de las especies, el cual engendraba complejidad y más complejidad. Su descubrimiento le debe mucho al gradualismo de Charles Lyell, quien proponía que la Tierra era increíblemente vieja, mucho más que los 6,000 años que había calculado el obispo Usher, y que las estructuras geológicas eran producto de infinidad de cambios pequeños que se sumaban para producir grandes



Mateo Pizarro, *Charlatán*, 2016

efectos. El libro de Lyell, *Principios de geología*, le daría al joven Darwin, embarcado por entonces en su viaje de cinco años en el Beagle, un insumo esencial para los actores de su descomunal obra: el tiempo.

El darwinismo supuso el rompimiento definitivo de un terremoto que llevaba tiempo gestándose gracias al empuje de muchos hijos de la Ilustración. Entre ellos, desplazado injustamente por Lyell, está el barón Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier, creador del catastrofismo: la idea de que la faz de la Tierra ha sido transformada una y otra vez por grandes eventos destructivos que en un suspiro dan forma a montañas, cierran mares y pliegan la tierra sobre sí misma. Cuvier también era un talentoso anatomista comparado, padre de la paleontología de vertebrados, que defendió el hecho de que las especies se extinguen, una postura directamente apóstata en círculos científicos y legos que no concebían que un dios se tomara la molestia de hacer a los seres vivos para luego permitir que cambiaran al buen tuntún, y me-

nos aún que desaparecieran y dejaran incompleta la creación.

Pero las evidencias eran contundentes: la “gran cadena del ser” había sido interrumpida una y otra vez. Los restos de mamuts eran distintos a los de cualquier elefante vivo, y resultaba ridículo pensar que siguieran rondando la Tierra ocultos a la vista de todos. Había reptiles, vertebrados, insectos y plantas diferentes a cualquier cosa conocida. Independientemente de cuál fuera el mecanismo —una inundación colosal, una lenta rendición ante una especie mejor adaptada o incluso la transformación de una especie en otra—, estaba claro que las especies podían aparecer y desaparecer: extinguirse.

Hoy ni los literalistas bíblicos dudan que las especies se esfuman. Y lo hacen ante nuestros ojos: en la Ciudad de México ya no abundan las catarinas, las avenidas migratorias de las mariposa monarca están tan fragmentadas que tal vez sean irre recuperables, y el oso polar y la vaquita marina tienen las horas contadas, por no hablar de innumerables especies de insectos, plantas, aves, hongos, musgos, líquenes, gusanos, microorganismos y otras formas de vida que podríamos nunca llegar a conocer.

Aunque lo lamentemos, la desaparición de especies es la norma; a la tasa normal de extinción —provocada por muchas razones distintas, según el tipo de ser vivo (las plantas desaparecen a su manera, los invertebrados a la suya)— se superponen extinciones masivas y megaextinciones, que arrasan con más de 75% de las especies del planeta. La más famosa es la del Cretácico-Paleógeno, que acabó con los dinosaurios y permitió que, como ocurre cada vez, actores distintos ocuparan los mismos escenarios para representar una

obra diferente. Pero aquella contra la cual se miden todas las demás es el evento de extinción del Pérmico-Triásico, llamado de cariño La Gran Mortandad. En ella desaparecieron 96% de las criaturas marinas (incluidos los últimos trilobites) y 70% de las terrestres, y no estamos seguros de cuáles fueron sus causas. Lo cierto es que tampoco entendemos qué provocó las demás: la del Ordovícico-Silúrico, la de finales del Devónico y la del Triásico-Jurásico y decenas de extinciones menores. No parecen estar vinculadas por razones concretas ni tener ritmos discernibles, aunque abunden las hipótesis. Lo que sí sabemos es que después de cada una la vida tardó cientos de millones de años en recuperar su vieja diversidad, y aunque se ocuparan los mismos nichos —los mismos papeles: el bufón, el tirano, el tacaño—, el elenco no podía reponerse. Ninguna especie ha vuelto de la extinción.

Nuestra ignorancia no se debe únicamente a los océanos de tiempo que nos separan de esos procesos, o a la falta de pistas conservadas en el registro fósil. Es muy, muy probable que en nuestra propia era, el Holoceno, que inauguramos según algunos tan pronto como nuestra especie aprendió a escribir, estemos siendo testigos de la sexta gran extinción y que aún no sepamos exactamente cómo verla y cómo medirla.

¿Suenan improbable? Uno intuye que no habría más que salir a buscar una especie conocida, o medir la diversidad de seres vivos de un área particular, o documentar los avistamientos de uno u otro bicho en un hábitat cualquiera para comprobar si en efecto está ocurriendo bajo nuestras narices un evento de proporciones catastróficas. Pero piensen en el corolario a Dobzhansky. Se calcula que existen unos 8.7 millones de especies. No co-

nocemos 86% de las especies terrestres ni 91% por ciento de las marinas, y no podemos notar la desaparición de lo que no conocemos. Los métodos indirectos para medir la biodiversidad son poco confiables y cambian según hablemos de los trópicos, las latitudes templadas, los hábitats oceánicos... Y, por supuesto, es más fácil deducir que una especie existe que determinar que ha desaparecido.

El reverendo William Paley usó un reloj como analogía del papel de la divinidad en el diseño de las especies, pero el mundo natural parece haber sido concebido por un inventor de máquinas de Rube Goldberg. Unos genes inhiben a otros que promueven la síntesis de proteínas. Unas hormonas prenden, apagan o aceleran otras hormonas que inciden en un órgano que produce otras hormonas que terminan por afectar otra región del cuerpo. Si en efecto estuviéramos diseñados "inteligentemente", las cosas serían mucho más eficientes. Un gen haría una proteína que tendría una función. Las hormonas se producirían donde se necesitan. Hasta la extinción sería sencilla: no haría falta más que un instante de ira divina para que cayeran fulminadas las especies a las que les hubiera llegado la hora. Nada de lentos declives o endogamia o desplazamiento de especies por otras mejor adaptadas.

Uno también se imaginaría que el cambio climático —en el que muchos de los últimos escépticos comenzaron a creer este año tras el rosario de huracanes que azotó las costas del Atlántico— sería el equivalente ya no divino, sino antropogénico de esta fulminación. Todas las especies tienen una tolerancia fisiológica a los cambios de temperatura. En los seres humanos, por ejemplo, este límite es una temperatura de bulbo húmedo de 35 °C;

esta medida relaciona la temperatura medida directamente (de “bulbo seco”) con la humedad; ambas variables determinan la capacidad de una masa de líquido (básicamente, nosotros) para enfriarse mediante evaporación. Si la temperatura exterior se acerca a nuestra temperatura interna y la humedad es muy alta, el enfriamiento cesa, y si dura demasiado básicamente nos cocinamos vivos. En los lugares secos la temperatura puede ser mucho más alta, pero la humedad más baja sin que corramos peligro, y ocurre lo contrario en zonas tropicales; por ello todavía se puede vivir en todas las zonas del planeta, aunque están bien documentadas las muertes ocasionales de humanos y animales por el calor.

La forma más sencilla de morir a causa del cambio climático es precisamente ésta. Si fuese el único mecanismo en acción sería relativamente fácil predecir qué especies van a extinguirse en los lugares en los que la temperatura de bulbo húmedo rebasa ciertos límites; sería cosa de determinar cuál es la habilidad termorreguladora de una especie y medir la temperatura de cada lugar conforme los promedios anuales suben hasta los 4, 6, 10 grados, quién sabe. Pero no.

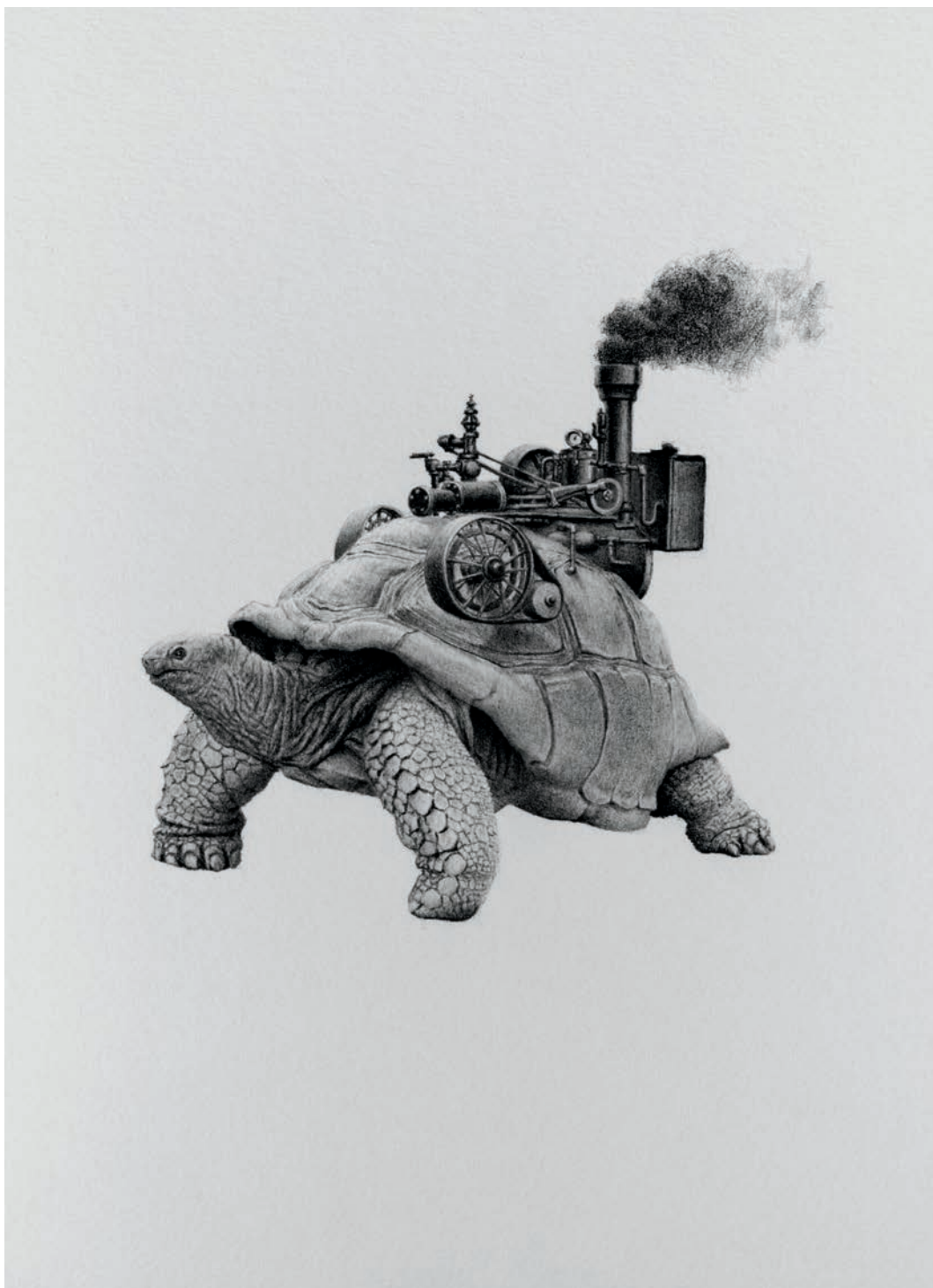
Para empezar, lo que sea que le ocurra a las especies a raíz del calentamiento global, sucederá en un contexto en el que los humanos ya incursionamos a la mala en ecosistemas y ciclos vitales que no empezamos ni a entender: fragmentamos ecosistemas, desmontamos bosques, contaminamos ríos, agotamos pesquerías, eliminamos plagas, modificamos especies.

A esto hay que sumar los factores físicos que acarrea el cambio climático. El primero es el impacto directo de la temperatura sobre organismos particulares. Otro efecto fisioló-

gico de las altas temperaturas es que eleva las exigencias metabólicas: se invierte más energía en enfriarse; si se llega al grado de que ésta no pueda recuperarse por medio del alimento, el organismo muere, literalmente, de hambre.

Hay muchos factores físicos como éstos: si la temperatura en la superficie de un desierto o de una pradera se eleva demasiado o dura más tiempo del normal se cierra para algunas especies la ventana de tiempo en la que se alimentan o se reproducen, como ocurre con los lagartos espinosos. El aumento en las precipitaciones y las inundaciones desplaza y aniquila a poblaciones enteras de habitantes de aguas dulces y de insectos y anfibios que ponen sus huevos en las riberas, y demasiada humedad impide que algunos árboles entren en temporadas de producción intensiva de semillas. Las tormentas, los incendios, las sequías, el aumento del nivel del mar (que puede eliminar hábitats costeros y salinizar las aguas dulces), las bajas temperaturas —también consecuencia del cambio climático— y los fuertes vientos son los efectos abióticos que causan sus peores efectos en los productores primarios que introducen la energía a los ecosistemas y que nos alimentan en forma directa o indirecta a todos los demás.

Pero es aún peor. Muchos científicos creen que los principales motores de la extinción producida por el cambio climático son los factores bióticos, es decir, los que afectan las relaciones entre seres vivos y que van multiplicándose a lo largo de las cadenas tróficas en una cascada de efectos con retroalimentaciones positivas tan variadas y complejas que son difíciles de imaginar y que pueden ser demasiado fugaces o extendidas, pequeñas o sutiles, como para que las detectemos a tiempo.



Mateo Pizarro, *Animal Machine Cyborg Turtle*, 2016

Un ejemplo bien conocido es la extinción masiva de ranas, infectadas por el hongo de agua dulce *Batrachochytrium dendrobatidis*. Este parásito, que parece sentirse a gusto a temperaturas más altas, ataca a individuos que ya tienen sistemas inmunitarios deprimidos por cambios catastróficos en su hábitat y produce, entre otros efectos, uno casi perverso: reduce la resistencia térmica del huésped unos brutales 4 °C. Es una forma muy retorcida y paradójica de morir de calor, pero está lejos de ser una excepción. Otras son la pérdi-

da de especies polinizadoras y de flores que necesitan ser polinizadas, los impactos negativos en especies benéficas (por ejemplo, las presas de los depredadores, los hospederos de los parásitos o los microhábitats de los microhabitantes) e impactos positivos en especies dañinas (como ratas y gatos en islas con especies endémicas desacostumbradas a insultos climáticos, o parásitos y depredadores que obtienen una ventaja que los hace proliferar y puede llevarlos a la ruina también a ellos). Como tantas otras veces, el efecto de esos parásitos puede ser bueno o malo dependiendo de una panoplia de factores; algunos fortalecen el sistema inmunitario de sus huéspedes sanos o los protegen contra parásitos peores que podrían sacar partido del cambio de condiciones. Algunos de ellos viajan en vectores (como los mosquitos que transmiten el dengue) que alcanzan mayores altitudes conforme las temporadas de calor se hacen más intensas y largas.

Los efectos bióticos son inherentemente difíciles de estudiar. Por ejemplo, ¿cómo cuantificar los desfases entre especies que dependen unas de otras para sobrevivir pero que responden para emerger, florecer, alimentarse o reproducirse a distintos tipos de pistas: unas señales de temperatura, otras horas de luz? ¿Cómo seguir la pista de los miles de especies que migran hacia el norte y hacia el sur a un ritmo de unos seis kilómetros por década? ¿Y cómo hacer lo mismo para los cientos de especies con las que interactúan y de las que dependen, algunas de las cuales —pero no todas— son capaces de viajar y adaptarse a la misma velocidad? O, por el contrario, ¿cómo ver el efecto de las que tienen la capacidad de permanecer en su sitio? Los mejillones de California, por ejemplo, no han podido



Mateo Pizarro, *La obsolescencia programada*, 2016

viajar hacia zonas más frías porque allí los espera un depredador, una estrella de mar, que tiene una tolerancia más alta al cambio de la temperatura de agua.

Aún no sabemos con cuánta frecuencia ocurre cada uno de estos efectos, cómo se engarzan unos con otros, qué pasa en los hábitats menos conocidos (como las profundidades del mar, de las que sabemos menos que de las galaxias lejanas). Pero sí sabemos, por ejemplo, que las especies tropicales son más susceptibles que las de otras latitudes, y que en los trópicos es donde se encuentra la mayor diversidad de seres vivos del planeta. Puesto que es muy poco probable que alcancemos la meta de quedarnos en los 2 °C del Acuerdo de París, esa biodiversidad nos vendría particularmente bien cuando los entornos humanos comiencen a encogerse debido al avance del mar, por un lado, y a zonas de calor intolerable, por otro, y necesitemos especies tolerantes a distintas plagas, acideces, salinidades, temperaturas y terrenos pobres en nutrientes.

Y como sabemos tan poco —sobre los mecanismos bióticos y abióticos, sobre el grado de calentamiento al que llegaremos y cuánto tardaremos en hacerlo—, los cálculos sobre la magnitud de la catástrofe varían salvajemente. Hay quien pronostica una extinción de 8% en el futuro inmediato; otros calculan que para 2050 perderemos hasta 37% de las especies. Si el calentamiento sigue su curso durante siglos o miles de años es fácil imaginar una extinción que cruce el umbral que define los eventos de megaextinción: 75% de las especies. Posiblemente lleguemos allí mucho antes, dado lo estrechamente que están anudados los tapices ecológicos y la multiplicación de las retroalimentaciones positivas que apenas empezamos a sospechar.

Puesto que es muy poco probable que alcancemos la meta de quedarnos en los 2 °C del Acuerdo de París, esa biodiversidad nos vendría particularmente bien cuando los entornos humanos comiencen a encogerse debido al avance del mar, por un lado, y a zonas de calor intolerable.

Resulta inquietante pensar que hemos estado mirando hacia la dirección equivocada: básicamente estudiamos vertebrados, pero no comensalistas, mutualistas y parásitos que resultan fundamentales en las interacciones entre seres vivos. No estamos seguros de qué ocurra en los océanos, sujetos a sus propias causas de estrés (cambios de composición, oxígeno, pH, temperatura). Estudiamos especies enteras, pero tendríamos que prestarle atención a las poblaciones, las unidades relevantes para que funcionen los sistemas ecológicos. Hay problemas a puños, unos metodológicos, otros históricos, otros de financiamiento, escala e intención.

La pérdida de diversidad no sólo pone en entredicho nuestra capacidad de vivir en el planeta al trastornar la polinización de las cosechas, la purificación del agua o la vida de los seres que pueden ayudarnos a solucionar los peligros que los amenazan a ellos y a nosotros; la extinción también es nuestra deuda moral más grande. Hasta donde sabemos, la vida es una rareza en el universo, y con cada especie que desaparece se agota una forma de organización de la materia que no puede repetirse ni recuperarse, pero sí estudiarse y entenderse para tal vez evitar y revertir su pérdida. Nada tiene sentido en biología si no estamos dispuestos a hacer nuestra parte. **U**

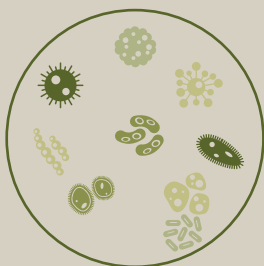
Factores DE extinción POR CAMBIO CLIMÁTICO

Los factores abióticos son los procesos físicos y químicos que afectan un ecosistema, como el agua, el aire, la luz solar, el suelo y los minerales.

Los factores bióticos son los organismos, o sus restos, y las relaciones que entablan unos con otros.



- Escasez de alimento
- Reducción en la resistencia a enfermedades
- Aumento del rango de vectores de enfermedades



- Fragmentación de hábitats
- Desaparición de nichos ecológicos
- Ventajas para patógenos, depredadores y competidores
- Trastornos en los sistemas de determinación del sexo mediante la temperatura





- Incendios y sequías

- Temperaturas que exceden la tolerancia fisiológica de las especies



- Desfase entre regímenes fotoperiódicos y temperatura

- Reducción de las oportunidades para buscar alimento o reproducirse

- Aumento catastrófico en el gasto metabólico



- Cambios en las precipitaciones

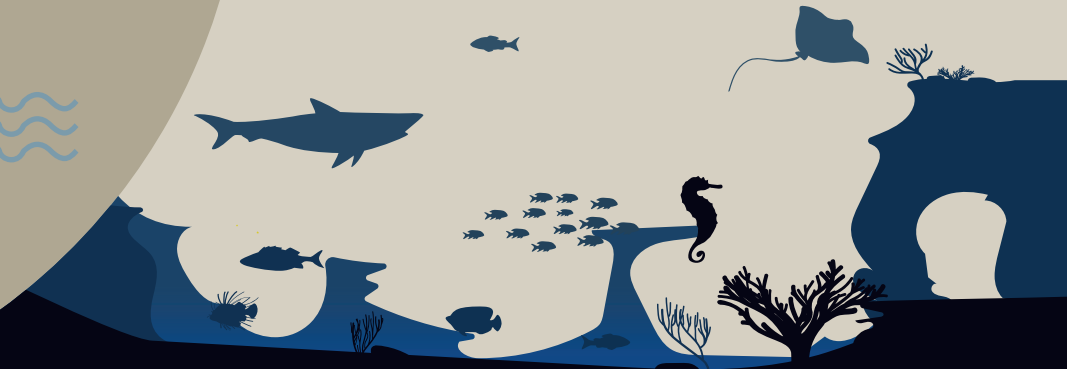
- Tormentas



- Deshielos

- Cambios en las corrientes marinas

- Aumento en la temperatura del mar



CUENTO

LOS DRAGONES

Alejandro Robles

A mi hijo Julio

La especie de los dragones, de cuya existencia dan fehaciente testimonio los antiguos jarrones chinos, pereció. También lo hicieron los grifos, las quimeras, las sirenas y los unicornios. Los dragones, portadores del fuego que salía de sus entrañas, servían a los hombres y encendían sus hogueras, sus antorchas y sus chimeneas. Además de arrojar chorros de fuego por las fauces y volar, eran capaces de trasladarse en el tiempo. Uno de ellos viajó una noche al porvenir y atisbó, en una calle oscura y mojada tras la lluvia, a un hombre que usaba un encendedor de gas para prender su cigarrillo. El dragón vio con tristeza la flama roja surgir con fuerza del extraño y pequeño artefacto. Bastó un solo chasquido para que el fuego resplandeciera entre las manos del fumador. Esa noche supo que en el porvenir su estirpe carecería de propósito, pues ya no serviría a los hombres. Humillados y sin destino, los dragones prefirieron entonces extinguirse en silencio y con nobleza. **U**



Jacopo Bellini, *San Jorge matando al dragón*, siglo XVI



EL DESTINO DE LAS LENGUAS AMERINDIAS

Miguel León-Portilla

La existencia de las lenguas originarias del Nuevo Mundo está hoy seriamente amenazada. En ellas florecieron cantos, poemas, relatos y discursos de la antigua palabra que iluminaron las vidas de quienes las hablaron. Al ocurrir la invasión de los europeos, todo comenzó a cambiar. La lengua de los vencedores se impuso, en ocasiones, de forma ambivalente, y en otras de manera decidida. Las lenguas originarias perdieron su anterior vigencia, y se redujo el número de sus hablantes.

Hoy muchas de esas lenguas han muerto y otras están en peligro de desaparecer. Rampantes procesos de globalización, que incluyen el campo lingüístico, han puesto en riesgo inminente el destino de estos idiomas. La mayor parte de quienes aún los hablan son gente que vive en situaciones de marginación y pobreza, muchas veces extrema. Ellos mismos y el destino de sus lenguas dependen en gran parte de otros. Sólo unos pocos, que han logrado escapar a la precariedad y formarse profesionalmente, luchan hoy al lado de compatriotas no indígenas que comparten la preocupación por el destino de las lenguas originarias.

Sus voces son de esperanza, en ocasiones muy tímida y poco confiada. Sin embargo, son eco de una conciencia cada vez más honda de lo que significa la muerte de una lengua. Buscan fortalecer su esperanza, luchan por la perduración de los idiomas ancestrales.

Dicen los expertos que actualmente en el mundo se hablan alrededor de 6,000 lenguas distintas, y anticipan que para el fin de este siglo las lenguas que se hablarán serán a lo sumo un centenar.

Si la diversidad biológica es un gran tesoro, la diversidad cultural y lingüística lo es aún más. Cada lengua es como una atalaya que permite apreciar el universo entero con enfoques distintos que nos acercan a él de múltiples formas. La diversidad de las variantes lingüísticas contribuye a abrir nuevos caminos al pensamiento, la comunicación y la creatividad humanas. Cuando muere una lengua la humanidad se empobrece.

Quienes nos preocupamos por el destino de las lenguas amerindias, y en el fondo, de todas las lenguas, no podemos permanecer indiferentes. A la luz de esto presento aquí una breve antología de expresiones de la palabra indígena que hablan de la preocupación y la esperanza ante el destino de las lenguas amerindias. Son las voces de poetas que claman en favor de ellas, el gran tesoro que muchos han despreciado y arrinconado.



LAS VOCES DE ESPERANZA

Cuatro son los poetas a quienes aquí me sumo, cuyas voces citaré. Uno fue Gabriel López Chiñas, oriundo de Juchitán, Oaxaca, nacido en 1911 y fallecido en 1983. Es autor de una obra relativamente amplia. Se formó como licenciado en Derecho en la UNAM y dejó ensayos y poesía en su lengua materna. De él publico su poema "El zapoteco", expresión simultánea de preocupación y, a la vez, de honda esperanza.



Escuche los poemas en su dispositivo móvil.

DIDXAZÁ¹

Nácabe ma' che' diidxazá,
ma' guiruti' zaní' laa;
ma' birá biluxe nácabe
diidxa' guni' binnizá.

EL ZAPOTECO

Dicen que se va el zapoteco,
ya nadie lo hablará;
ha muerto, dicen,
la lengua de los zapotecas.

¹ Tomado de Gabriel López Chiñas, *Guendaxheela'*, pp. 64-65.
Traducción del autor.

Diidxa' guni' binnizá,
ziné binidxaba' laa,
yanna ca binni nuu xpiaani'
guirá' rini' didxastiá.

¡Ay!, diidxazá, diidxazá,
Ca ni bidiidecheli,
qui gannadica' pabiá'
jñaaca' gunaxhiica' lii.

¡Ay!, diidxazá, diidxazá,
diidxa' rusibani naa,
naa nanna zunítulu',
dxi guiniti gubidxa cá.

La lengua de los zapotecas,
se la llevará el diablo,
ahora los zapotecas cultos,
sólo hablan español.

¡Ay!, zapoteco, zapoteco
quienes te menosprecian
ignoran cuánto
sus madres te amaron.

¡Ay!, zapoteco, zapoteco
lengua que me das la vida,
yo sé que morirás
el día que muera el sol.



Hablante de una lengua relativamente poco tomada en cuenta, el tlapaneco, que aún resuena en el actual estado de Guerrero, Juan Carrasco Zúñiga nació en Paraje de Montero, Guerrero, en 1975.

Especializado en etnolingüística por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, es autor de relatos y poemas en su lengua. Aquí reproduzco su composición titulada "Siempre florecerá la palabra".

TSITSÍÍ MAMÍÍ RÍ AJNGÁÁ

Tsitsíí mamíí rí ajngáa.
Xí tsíniñuu ra'sian tsikhi,
Sí xtrákaa tsu'tsún inuu gíñá, jamí
Xí tsíniñuu jambooo akuán.

SIEMPRE FLORECERÁ LA PALABRA

Siempre florecerá la palabra.
mientras cante la chicharra,
mientras aletee el colibrí, y
si la hormiga sigue su camino.

Tsitsíí maníí rí ajngáa
 Xí xtáa mbáa ada tsí nandu'wá
 Xí nawán a'wáa',
 Jamí xí xtaa jmáa nindxu'.

Siempre florecerá la palabra
 Mientras haya un niño sonriendo
 mientras se escuche tu voz,
 y si tú estás conmigo.

Tsistíí manidíí rí ajngáa.
 Xí namidíí re'e,
 Xí tsíniñuu matha rí nandxa'wá,
 Jamí xí nangiyuumá' ma'kha akha'.

Siempre florecerá la palabra
 mientras la flor abra sus pétalos,
 mientras el río no deje de gritar,
 y si ya se divisa la aurora.

Xúrikháála' tsikhi,
 Xúrikháála' akuán,
 Xúrikháála'matha, kajngó
 Tsítsíí gámidíí ajngáa.

No interrumpen a la chicharra,
 no interrumpen a la hormiga,
 no interrumpen al río, para que
 siempre florezca la palabra.



Autor de una lengua también un tanto marginada y amenazada, el mazateco Juan Gregorio Regino forma parte de un grupo de estudiosos en lingüística en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ha sido reconocido como novelista y poeta. Nació en 1962 en el pueblo de Chichicazapan Soyaltepec, Oaxaca. Dirigió un canto a María Sabina, la célebre curandera mazateca experta en el consumo de los hongos alucinógenos. Al hablarle lo hace en la lengua que comparte con ella y gracias a la cual pueden comprenderse.

NA SABÍ

A MARÍA SABINA

Jí xi isien nixtjihin naxiboají.
 'Ón nguitakoho chikonanguiji.
 Ts'aftjien isien nixthihin
 nguijin naxi xchaha

María Sabina:
 Tú eres el alma de la sierra.
 Diosa de los cinco guardianes.
 Vuela tu espíritu

xi ítjiya éhen nga
 chjun chjinie kamaji.
 Jí xi chjun nguitakojí.
 Jí xi chjun xa katsoho cho'on.
 Jí xi chjun ndiyáji.
 Jí xi chjun ndi'íhi xota kamáji.
 Ēn tjo xi kuichjajoho jó ján ndso'ba
 Kó chjen nga kuinda'yeji,
 nga je kamá x'ian naxihi,
 nga je kis'ijña masien naxoho
 kó nga je kji'me nijmihi.
 Kui kjuachjinie xi katsijaha xixchaha,
 kuixi nijmi, kuixi én,
 kuixi só, kuixi kjuakjintakon.
 Kui naxo xi tikón tsjie tsjie xikoho njñana.
 Xi tikón chikin chikin xikoho isien nixtjína.
 Xi tikón ti ti xikoho kjuakjinmtakóna.
 Xi tikón xchan xchan xikoho nanguihí.
 Kuixi tjiijma taka taka k'ajan ngot'e
 xi nguindie kjin tjiijmajin
 ndachikon 'ño.
 Kuixi nchichja isien nixthihin,
 nijmihin, éhen, sóho kojó jaíhin.
 ¡Naga jí xi chjinieji Nā Sabí!

en las tupidas montañas
 que arrullaste con cánticos
 de mujer sabia.
 Mujer principal.
 Mujer autoridad del trueno.
 Mujer guía.
 Mujer sendero del arriero.
 Quiero hablarte en el lenguaje del viento,
 porque es necesario que sepas:
 que mudo ha quedado el cerro,
 que huérfana has dejado a la semilla
 y que ya se marchita la flor.
 Esa flor herencia de tu estirpe,
 la inspiración, la poesía,
 el canto y la sabiduría.
 Esa flor diáfana como tu alma,
 pura como tu espíritu,
 soberbia como tu pueblo.
 Esa que marcha ahora
 en el desnudo cielo.
 En la corriente brava
 de los lejanos mares.
 Ésa, invoca tu espíritu,
 tu oración, tu palabra
 tu canto y tu nombre.
 ¡Sabia María Sabina!



Incluyo un cuarto poema de mi autoría: "Cuando muere una lengua". En él recuerdo todo lo que significa la desaparición de una lengua, entre otras cosas que la humanidad se empobrezca.

IHCUAC THALHTOLLI YE MIQUI

Ihcuac tlahtolli ye miqui
mochi in teoyotl,
cicitlaltin, tonatiuh ihuan metztli;
mochi in tlacayotl,
neyolnonotzaliztli ihuan huelicamatiliztli,
ayocmo neci
inon tezcapan.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
mochi tlamantli in cemanahuac,
teotatl, atoyatl,
yolcame, cuauhtin ihuan xihuitl
ayocmo nemililoh, ayocmo tenehualoh,
tlachializtica ihuan caquiliztica
ayocmo nemih.

Inhuac tlahtolli ye miqui,
cemihcac motzacuah
nohuian altepepan
in tlanexillotl, in quixohuayan.
In ye tlamahuizolo
occetica
in mochi mani ihuan yoli in tlalticpac.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
itlazohticatlahtol,
imehualizeltemiliztli ihuan tetlazotlaliztli,
ahzo huehneh cuicatl,
ahnozo tlahtolli, tlatlauhtiliztli,
amaca, in yuh ocatcah,
hueliz occepa quintenquixtiz.

Ihcuac tlahtolli ye miqui,
occequintin ye omiqueh

CUANDO MUERE UNA LENGUA

Cuando muere una lengua
las cosas divinas,
estrellas, sol y luna;
las cosas humanas,
pensar y sentir,
no se reflejan ya
en ese espejo.

Cuando muere una lengua
todo lo que hay en el mundo
mares y ríos,
animales y plantas,
ni se piensan, ni pronuncian
con atisbos y sonidos
que no existen ya.

Cuando muere una lengua
entonces se cierra
a todos los pueblos del mundo
una ventana, una puerta,
un asomarse
de modo distinto
a cuanto es ser y vida en la Tierra.

Cuando muere una lengua,
sus palabras de amor,
entonación de dolor y querencia,
tal vez viejos cantos,
relatos, discursos, plegarias,
nadie, cual fueron,
alcanzará a repetir.

Cuando muere una lengua,
ya muchas han muerto

ihuan miec huel miquizqueh.
 Tezcatl maniz puztecqui,
 netzatzililiztli icehuallo
 cemihcac necahualoh:
 totlacayo motolinia.

y muchas pueden morir.
 Espejos para siempre quebrados,
 sombra de voces
 para siempre acalladas:
 la humanidad se empobrece.



La pequeña antología se cierra con un breve poema de Natalio Hernández (Ixhuatlán de Madero, Veracruz, 1947), maestro náhuatl de la palabra que anticipa el florecer de su propia lengua. También ha ocupado puestos como el de director de Culturas Populares y de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas. Además, ha creado instituciones como la Fundación 5-Flor Macuilxochitl. Ha sido infatigable impulsor de su lengua y de la literatura náhuatl.

YANCUIC ANAHUAC CUICATL

Mostla momiaquilis topialis,
 chamanis toxochih,
 huehca mocaquis in tocuic.

Ipan yeyectzih xochicuahuitl
 cueponis in xochitl
 chamanis in cuicatl:
 izcalia totlahtol.

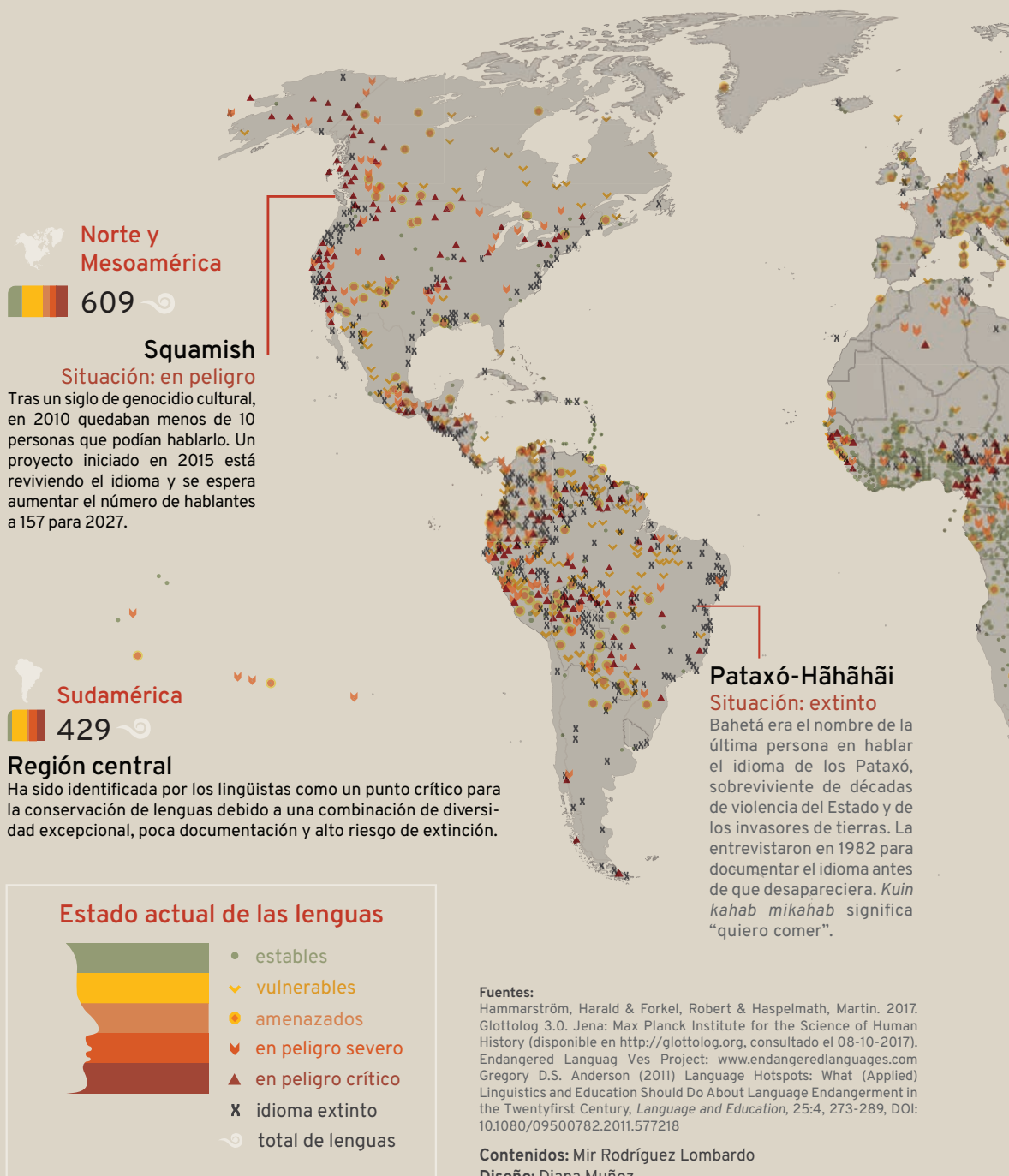
CANTO NUEVO DE ANÁHUAC

Mañana seremos ricos,
 brotarán nuestras flores,
 trascenderán nuestros cantos.

Del árbol florido
 brotarán nuestras flores
 renacerán nuestros cantos:
 resurgirá nuestra lengua.

Las lenguas sobrevivientes

La humanidad está al borde de un evento masivo de extinción lingüística. El catálogo de lenguas Glottolog cuenta 7043, de las cuales casi la mitad está bajo amenaza de desaparición o en peligro crítico. Cada idioma que se extingue representa la desaparición de la historia de un pueblo y de su manera de ver y entender el mundo. Alrededor del planeta muchas personas trabajan por revivir y rescatar lenguas extintas o en peligro.



Eurasia

1724

Ubijé

Situación: extinto

Ésta era la lengua de los ubijos, un pueblo del Cáucaso que emigró en masa a Turquía en el siglo XIX. Tiene 84 consonantes y dos vocales. La última persona en hablar Ubijé, Tevfik Esenç, murió el 7 de octubre de 1992 a los 88 años de edad.

Siberia oriental

En esta región aún se hablan 21 idiomas muy diversos y en fuerte peligro de desaparecer debido a la migración rusa y la colonia penal establecida en tiempos soviéticos. En el idioma aleut, *aimerpok* significa "visitar a alguien esperando que se le dé de comer".

Papunesia

2127

Papunesia

Indonesia, Nueva Guinea y las pequeñas islas del Pacífico albergan 30% de la riqueza de lenguas del mundo.

Nueva Guinea

Es el lugar con mayor diversidad cultural por metro cuadrado en el planeta; la isla alberga un estimado de 1100 lenguas diferentes.

África

2221

Su asombrosa diversidad de idiomas se debe en parte a los orígenes africanos de la humanidad. El colonialismo trajo pocos inmigrantes, por lo que los idiomas locales en su mayoría continúan vivos.

Australia

170

Se hablaban entre 200 y 300 idiomas aborígenes en tiempos de la llegada de los colonos europeos. Después de siglos de exterminio, 90% de los idiomas sobrevivientes está amenazado o en peligro de desaparecer.

Badjala

Situación: en recuperación

Ya no queda nadie que hable fluidamente el idioma del pueblo badjala en la isla K'gari, pero la compilación de un diccionario en 1990 impulsó un renacimiento. Hoy en día los niños han empezado a hablarlo y la lengua sigue evolucionando, mezclándose con otros idiomas locales.



CAPITALISMO: ¿EL PRINCIPIO DEL FIN?

Wolfgang Streeck

El neoliberalismo llegó con la globalización, o la globalización con el neoliberalismo; así fue como empezó el gran retroceso.¹ En los años setenta el capital de las sociedades industriales reconstruidas empezó a liberarse de la servidumbre nacional en la que se había visto obligado a pasar las décadas posteriores a 1945.² Llegó la hora de despedirse de los mercados laborales desolados, de la productividad estancada, los beneficios en descenso y las exigencias cada vez mayores de unos sindicatos sometidos a un capitalismo ya maduro administrado por el Estado. El camino hacia el futuro, hacia la nueva expansión que desea todo capital, llevada hacia fuera: al mundo por suerte aún no regulado de una economía global sin fronteras en la que los mercados ya no se enmarcan en Estados, sino los Estados en mercados.

El giro neoliberal nació bajo el signo de una nueva diosa llamada TINA: *There Is No Alternative*. Entre su larga hilera de sacerdotisas y sacerdotes figuran desde Margaret Thatcher hasta Angela Merkel, pasando por Tony Blair. Quien quisiera servir a TINA, arrullado por los solemnes cánticos de economistas del mundo entero, debía reconocer la llegada del capital al mundo como una necesidad tan inevitable como beneficiosa y contribuir enérgicamente a apartar de su camino todos

¹ Como se verá aún con más claridad más adelante, utilizo conceptos como éste, que en un breve espacio de tiempo han pasado a formar parte del repertorio habitual de la retórica política, a contrapelo.

² Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, Madrid, 2016.

los obstáculos que le salieran al paso. Había que identificar y eliminar prácticas paganas como los controles de capital, las ayudas estatales y similares; que nadie escapase de la competencia global y buscara amparo en protecciones nacionales, fueran las que fuesen. Los tratados de libre comercio abrirían mercados y los protegerían de la injerencia estatal; los gobiernos nacionales serían sustituidos por una *global governance*, la defensa de la comodificación sería relevada por la posibilidad de la comodificación, y el Estado social daría paso al Estado competitivo de una nueva era de racionalización capitalista.³

A finales de los años ochenta, el neoliberalismo ya era la *pensée unique*, tanto en la cen-

troderecha como en la centroizquierda. Las cuestiones políticas pendientes se dieron por zanjadas. Ahora todo giraba en torno a las reformas necesarias para incrementar la competitividad nacional, a decir verdad en todas partes se oía la misma cantinela: mercados laborales más flexibles, mejora de los incentivos (positivo en el extremo superior de la distribución de la riqueza, negativo en el inferior), privatización, marketización como arma para competir en la localización y la reducción de costes y como prueba de resistencia moral. Las luchas por la redistribución fueron sustituidas por la búsqueda tecnocrática de lo necesario económicamente y lo únicamente posible al mismo tiempo; instituciones, políticas y modos de vida tendrían que adaptarse a ello. Todo esto vino acompañado de una involución de los partidos políticos —su re-

³ Wolfgang Streeck, "Industrielle Beziehungen in einer internationalisierten Wirtschaft", *Politik der Globalisierung*, Ulrich Beck, Suhrkamp, Frankfurt, 1998.



Nadja Massun, sin título, Negreni, Transilvania, 2016



Nadja Massun, *Campesina*, Szék, Transilvania, 2011

tirada como “partidos cártel”⁴ en el aparato estatal—, en vista del descenso del número de afiliados y de la baja participación electoral, desproporcionada en el extremo inferior de la sociedad. A esta corriente, que dio comienzo en los años ochenta, se vino a sumar la pérdida de importancia de las organizaciones sindicales, además de un descenso dramático de la actividad huelguística a escala mundial: en suma, dicho de otra manera, una desmovilización en el frente más amplio de todo el aparato de participación y redistribución democráticas de la posguerra, situación que de forma lenta, pero tanto más segura, acabó siendo la norma.

La revolución neoliberal como proceso de regresión institucional y política inauguró una nueva era de política postfáctica.⁵ Esto acabó siendo necesario porque la globalización neoliberal estaba muy lejos de proporcionar a todo el mundo el bienestar prometido.⁶ A la inflación de los años setenta y el paro resultante a su duro término siguieron el endeudamiento público de los ochenta y el saneamiento de las arcas del Estado mediante reformas sociopolíticas en los noventa. A modo de compensación, después se ofrecieron generosas posibilidades para que los hogares tuvieran acceso a los créditos y se endeudaran. Al mismo tiempo, el crecimiento disminuyó, aunque, o porque, la desigualdad

⁴ Peter Mair y Richard S. Katz, “Changing Models of Party Organization and Party Democracy. The Emergence of the Cartel Party”, *Party Politics*, 1, 1 (1995).

⁵ Véase nota 1.

⁶ Streeck, *Comprando tiempo*.

y el endeudamiento no paraban de aumentar: nada de *trickle-down*, sino el más vulgar *trickle-up*: la creciente desigualdad de los ingresos entre individuos, familias, regiones y, en la Unión Económica y Monetaria Europea, naciones. La prometida sociedad de la economía de servicios y el conocimiento resultó ser mucho más reducida que la sociedad industrial, que desaparecía de prisa, de manera que el número de quienes ya no eran necesarios, de la población sobrante del imparable capitalismo aumentaba sin parar: indefensos y sin comprender nada, expuestos a la transformación del Estado fiscal en un Estado deudor y después en un Estado de consolidación, así como a las crisis económicas y las operaciones de rescate estatales que siguieron y a su resultado, se vieron en una situación cada vez peor.⁷ La *global governance* no sirvió de nada, como tampoco lo hizo una estatalidad democrática nacional desacoplada de la economía capitalista por su causa. Para que esto no se convirtiera en una amenaza para el mundo feliz de la globalización hicieron falta métodos mejorados para alcanzar el consenso y desorganizar la resistencia y, en efecto, las técnicas que se desarrollaron para tal fin fueron en un principio de lo más efectivas.

MORALIZACIÓN, DESMORALIZACIÓN Y EL REGRESO DE LOS REPRIMIDOS

Si algo caracteriza la situación intelectual del momento es una nueva división cultural que se ha instalado en las democracias capitalistas sin previo aviso. Estructuralmente hunde sus raíces en un descontento con la globalización que se percibe desde hace tiempo en

vista del creciente número de perdedores de la globalización, un proceso que alcanzó su umbral crítico en los años que siguieron a la crisis económica de 2008, en el que la cantidad de consternación se tradujo en la calidad de las protestas abiertas. El hecho de que esto tardara tanto en llegar también se debió a que quienes antes hablaban en favor de los afectados se sumaron al club de fans de la globalización a lo mucho en los años noventa. En un primer momento todo el que vivía la globalización como un problema en lugar de una solución se vio sin nadie que lo defendiera. El *boom* de la globalización favoreció el establecimiento de una industria de la conciencia de corte cosmopolita, que vio sus posibilidades de crecimiento en dotar al expansionismo de los mercados capitalistas con los valores libertarios de la revolución social de los años sesenta y setenta, así como con su utópica promesa de liberar al ser humano.⁸ Para ello fusionó la *pensée unique* tecnocrática del neoliberalismo con el *juste milieu* moral de una comunidad discursiva internacional. La soberanía aérea sobre las mesas de los seminarios sirve hoy en día de base de operaciones en una lucha cultural muy particular, en la que la moralización de un capitalismo en expansión global va acompañada de la desmoralización de quienes opinan que sus intereses se ven perjudicados por él.

Tras décadas de disminución, la participación electoral en las democracias occidentales ha vuelto a aumentar recientemente, sobre todo entre las clases más bajas. Sin embargo, el redescubrimiento de la democracia como

⁷ Oliver Nachtwey, *Die Abstiegsgesellschaft. Über das Aufbegehren in der regressiven Moderne*, Suhrkamp, Berlín, 2016.

⁸ Una faceta de la cooptación del movimiento de 1968 por parte de un capitalismo que se adapta a una sociedad transformada que describen Ève Chiapello y Luk Boltanski en *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid, 2002.

correctivo político favorece exclusivamente a partidos y movimientos de nuevo cuño, cuya aparición causa revuelo en los sistemas políticos nacionales. Por ello los partidos tradicionales, hermanados y fundidos desde hace tiempo con el aparato estatal, y sus expertos en relaciones públicas los consideran un peligro mortal para la democracia y los combaten. La noción que se ha introducido en esta lucha, incorporándose en muy poco tiempo al vocabulario postfáctico, es la del populismo, un arma que utilizan corrientes y organizaciones tanto de derecha como de izquierda, que rechazan la lógica TINA de política responsable en un mundo de globalización neoliberal.

La noción de populismo tiene una larga historia, que se remonta a la *Progressive Era* que vivió Estados Unidos en los años veinte y al Partido Progresista de Robert M. La Follette (1855-1925; candidato a la presidencia en 1924). Más adelante el populismo pasó a ser una denominación más bien neutra de la ideología de todos los movimientos políticos, sobre todo latinoamericanos, que se consideraban el pueblo frente a una élite tan autoproclamada como autoenriquecida.⁹ Desde hace unos años, los partidos y los medios del internacionalismo liberal del mundo entero emplean el populismo como polémico concepto genérico de la nueva oposición, que exige alternativas nacionales a una internacionalización que ha demostrado carecer de alternativas. La clásica idea del populismo como una nación que en los conflictos políticos se constituye en una fuerza unida para expulsar del poder a una minoría económicamente pode-

rosa y culturalmente arrogante, hostil a la gente corriente tenía connotaciones tanto izquierdistas como derechistas, lo cual ha facilitado la adopción de dicho término por parte de quienes creen en la globalización porque les permite evitar distinciones y meter en el mismo saco a Trump y Sanders, a Farage y Corbyn o, en Alemania, a Petry y Wagenknecht.¹⁰ La brecha que se abre entre quienes denominan a los otros populistas y quienes son de-

¹⁰ Los populistas pagan con la misma moneda y califican a todos los representantes de la doctrina TINA, sean cuales fueren sus orígenes, de élite de la globalización unitaria indistinguible.



Nadja Massun, sin título, Negreni, Transilvania, 2016

⁹ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005; Chantal Mouffe, *Política agonística en un mundo multipolar*, CIDOB, Barcelona, 2010.

nominados así por ellos constituye hoy en día la línea de conflicto político dominante en las sociedades en crisis del capitalismo económico. El tema en torno al que gira es nada menos que la relación existente entre el capitalismo global y el sistema estatal. Nada polariza tanto las sociedades capitalistas actuales como los debates sobre la necesidad y la legitimidad de la política nacional, en los cuales intereses e identidades se funden y dan lugar a declaraciones hostiles mutuas cuya intensidad no se vivía desde el final de la Guerra Fría. En las guerras de religión resultantes, que podrían degenerar en cualquier momen-

to en campañas de destrucción moral, se ven afectados los estratos profundos más sensibles de la identidad social e individual, en los que se toman decisiones sobre respeto y desprecio, inclusión y exclusión, reconocimiento y excomunión.¹¹

La política de la internacionalización se caracteriza por la unidad con la que responden las élites —denominadas así despectivamente por los populistas y favorablemente por ellas mismas— a los nuevos partidos. En el lenguaje internacionalista normal, el populismo se trata sobre todo como un problema cognitivo: sus adeptos son personas que reclaman soluciones fáciles porque no entienden las soluciones complejas, que en realidad son las que hacen falta (como las que ofrecen infatigable y eficazmente las experimentadas fuerzas del internacionalismo), y sus representantes son cínicos que prometen a la gente las ansiadas soluciones fáciles, aunque, como es sabido, no existe una alternativa a las complejas soluciones de los tecnócratas. De este modo, la aparición de los nuevos partidos se puede explicar como una gran regresión entre la gente corriente, manifestada como una falta de formación y respeto por los intelectuales. Esto puede ir acompañado de discursos sobre la conveniencia de suprimir referéndums o la cesión de decisiones políticas a expertos y autoridades no políticos.



¹¹ Resulta interesante la dimensión internacional del conflicto. La Internacional de los internacionalistas advierte de una Internacional de los nacionalistas, que considera necesario luchar conjuntamente en nombre de la democracia, y viceversa. De cuando en cuando, también se habla de una Internacional autoritaria, que la Internacional (neo)liberal ha de combatir tanto en política interior como exterior. (De este modo, nacionalismo y autoritarismo se equiparan.) En realidad, se pronuncian con frecuencia sobre Rusia los dirigentes de partidos populistas europeos, pero también Trump y el futuro dictador de Turquía.



Nadja Massun, *La familia del músico*, Palatca, Transilvania, 2013

En el día a día, se deriva una pérdida moral y cultural de los partidos antiglobalización y sus miembros. A la declaración de inmadurez cognitiva sigue la denuncia moral que exige una política nacional renovada que ofrezca protección contra los riesgos y los efectos secundarios de la internacionalización; el correspondiente grito de guerra, que debería despertar recuerdos de violencia y de racismo, se llama etnonacionalismo. Los etnonacionalistas no pueden hacer frente a las exigencias morales de la globalización ni a las económicas —la competencia global—; sus miedos y sus preocupaciones, según la versión oficial, han de ser tomados en serio, pero sólo dentro del marco del trabajo social. La protesta contra la degradación material y moral se halla bajo sospecha de fascismo, especialmente ahora que los que defendían las clases plebeyas se han pasado al grupo de la globalización, y para articular una protesta contra la presión de la modernización capitalista, su antigua clientela sólo dispone de la materia prima lingüística sin tratar de sus experiencias de privación cotidianas previas a la política.

Así pues, continuamente se cometen vulneraciones de las normas de un lenguaje público civilizado, que a su vez pueden ser motivo tanto de indignación arriba como de movilización abajo. Al mismo tiempo, los perdedores de la internacionalización y quienes la niegan eluden la censura moral saliéndose de los medios públicos y entrando en los medios sociales. De este modo se pueden servir de las más globalizadas de todas las infraestructuras para construir círculos de comunicación propios, en los que no tengan que temer que otras élites los tilden de retrasados cultural y moralmente.¹²

INTERREGNO

¿Qué se puede esperar ahora? El desmantelamiento de la maquinaria Clinton por parte de Trump, el Brexit y los descalabros de Hollande y Renzi, todo ello sucedido en el mismo año, marcan el inicio de una nueva fase en la crisis del sistema público capitalista devenido

¹² En Alemania, la AfD, Alternativa para Alemania, tiene más seguidores en Facebook que cualquier otro partido.

en neoliberal. Para esta fase, Antonio Gramsci propone el término *interregno*:¹³ una época de duración indeterminada en la que un antiguo orden se ha desmoronado pero todavía no puede surgir uno nuevo. El antiguo orden era el mundo del capitalismo globalizado, que se desmoronó en 2016 tras la arremetida de los bárbaros populistas, cuyos gobiernos neutralizaron sus democracias nacionales postdemocráticamente para no perder el tren de la expansión global del capitalismo, prometiendo que exigirían intervenciones igualitarias democráticas en mercados capitalistas con vistas a una futura democracia global. Cómo será ese nuevo orden que está por crear es una pregunta abierta, como es inherente a un interregno. Hasta que cobre vida, en opinión de Gramsci, habrá que contar con la aparición de “fenómenos patológicos de muy diversa índole”.

Un interregno, en el sentido en que él utiliza la palabra, designa un periodo de incertidumbre extrema en el que las relaciones de causa y efecto habituales no son de aplicación y en cualquier momento puede suceder algo inesperado, peligroso, que se salga de lo corriente para caer en lo grotesco, en parte porque líneas de desarrollo dispares discurren paralelas de manera irreconciliable, de manera que siempre surgen configuraciones inestables y aparecen cadenas de acontecimientos sorprendentes en lugar de estructuras previsibles. Una de las causas de esta nueva imprevisibilidad es que, tras la revolución populista, las clases políticas del capitalismo neoliberal se han visto obligadas a volver a escuchar más a sus ciudadanos. Después de décadas de una sequía institucional favorable a la globaliza-

ción, la democracia nacional vuelve a utilizarse una vez más como un canal para expresar insatisfacción desde abajo. Los tiempos del desmantelamiento sistemático de las líneas de defensa nacional en vista de la presión racionalizadora de los mercados internacionales han terminado. Tras la victoria de Trump, ha quedado descartado que en el Reino Unido se celebre un segundo referéndum sobre el Brexit, como es habitual en la UE: permitimos que se vote hasta obtener el resultado deseado. Un nuevo electorado no aceptará necesidades económicas inevitables carentes de alternativa, ni tampoco afirmaciones sobre la imposibilidad de aplicar controles aduaneros. Aquellos partidos que hayan apostado por la *responsibility* tendrán que aprender de nuevo lo que significa *responsiveness*,¹⁴ o se verán obligados a hacer sitio a otros partidos.

La retórica de la *one nation* de la nueva primera ministra británica demuestra que esto no ha pasado inadvertido a al menos parte de la dirección política. Ya en su primer discurso como líder del partido, el 11 de julio de 2016, se formularon desafíos que no se oían desde los años ochenta, ni siquiera desde el Partido Laborista: luchar contra la desigualdad, un sistema fiscal más justo para las rentas más elevadas, una mejora del sistema educativo, la participación de los trabajadores en las empresas, la protección de los puestos de trabajo británicos para evitar la deslocalización, todo ello junto con un control de la emigración. Que la salida de la UE haya recordado al menos a los políticos británicos que su primera responsabilidad es su electorado es

¹³ Wolfgang Streeck, *How Will Capitalism End?*, Verso, Londres, 2016.

¹⁴ Peter Mair, “Representative versus Responsible Government”, *MPIfG Working Paper*, 09/8 (septiembre de 2009), www.mpi-fg.de/pu/workpap/wp09-8.pdf

El capitalismo en crisis financiado de la actualidad no se puede gestionar desde abajo a escala nacional ni desde arriba a escala internacional.

algo que también refleja el discurso que May pronunció ante el congreso anual de la patronal de empresarios Confederación de la Industria Británica, en noviembre de 2016, en el que explicó que el voto favorable al Brexit respondía a la necesidad de “un nuevo enfoque que permita que todo el mundo se beneficie del crecimiento económico”.¹⁵

El programa neoproteccionista de May plantea a la izquierda socialdemócrata preguntas incómodas. Si intentara cumplir sus promesas en lo relativo a política industrial y fiscal, Trump también podría ser un problema para la izquierda, y en efecto, el avisado Bernie Sanders ya le ha ofrecido en repetidas ocasiones su respaldo, tanto para sanear antiguas regiones industriales cada vez más deprimidas en los ocho años de gobierno de Obama, como para implantar un programa keynesiano diseñado para reconstruir la infraestructura nacional. El necesario endeudamiento que esto traerá consigo, sobre todo si al mismo tiempo se implantan las prometidas reducciones de impuestos, respondería a los modelos neokeynesianos, que favorecen desde hace tiempo políticos y economistas de la izquierda moderada (el “fin de la austeridad”). Dada la resistencia del resto de la fracción del Tea Party, es posible que estas medidas sólo consigan la aprobación del Congreso con la ayuda de los demócratas. Algo similar se podría decir de la idea de Trump de recu-

rrir al “helicóptero del dinero”, para lo cual tendría que contar con el beneplácito del Banco Central.

Sin embargo, una política postglobalista, neoproteccionista como la que tienen en mente Trump y May, y es posible que quizá dentro de poco Le Pen o Hamon, tampoco podrá garantizar un crecimiento estable, más y mejores puestos de trabajo, una reducción de la deuda pública y privada y la confianza en el dinero. El capitalismo en crisis financiado de la actualidad no se puede gestionar desde abajo a escala nacional ni desde arriba a escala internacional: pende de los hilos de seda de una política monetaria poco convencional, que intenta manifestamente en vano generar algo similar al crecimiento con nuevo efectivo, tipos de interés negativos y una expansión monetaria aventurada, ocasionada por la compra de bonos por parte de los bancos centrales. Las reformas estructurales neoliberales complementarias, que a juicio de los expertos también serían necesarias, se han quedado atascadas en aquellos países en los que quizá pudieran conseguir algo, debido a la resistencia de la población a la globalización del estilo de vida que les han sido impuestas. Al mismo tiempo aumenta la desigualdad económica, en parte porque sindicatos y gobiernos han perdido su poder o lo han cedido a los mercados globales. La destrucción irreversible de instituciones nacionales capaces de llevar a cabo una redistribución económica y la resultante dependencia excesiva de la política monetaria y del Banco Central como política económica de última instancia han hecho que el capitalismo sea ingobernable, ya sea mediante métodos populistas o tecnocráticos.

Los conflictos en la política interior también se pueden apreciar en la simbología cul-

¹⁵ N. N., “May will niedrigste Unternehmenssteuern der G20”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 21 de noviembre de 2016, www.faz.net/aktuell/wirtschaft/wirtschaftspolitik/theresa-may-will-niedrigs-te-unternehmenssteuern-der-g20-14537468.html

tural. ¿Requerirá la revalorización de la población nacional que exigen los populistas una devaluación de la población inmigrante en el más amplio sentido de la palabra? y ¿logrará la izquierda rendir un tributo cultural creíble a quienes han despertado de su apatía? Se han intercambiado demasiadas palabras agrias, eso sin tener en cuenta que una reconciliación podría enojar a los aburguesados partidarios de la clase media cosmopolita. Y en caso de sufrir fracasos económicos, también Trump, May y otros se sentirían tentados a poner en marcha campañas de distracción más o menos sutiles contra minorías étnicas y de otra índole. La consecuencia sería el levantamiento tanto de los decentes como de los no decentes.

Por lo pronto, en el terreno internacional la cosa podría ser menos dramática. Los nuevos proteccionistas nacionales, a diferencia de

Obama, Blair, Clinton, incluso Sarkozy, Hollande y Cameron, quizás hasta Merkel como “última defensora del mundo libre occidental”,¹⁶ en el ámbito internacional no tienen la menor ambición de defender una política sensible a los derechos humanos, ni con respecto a China y Rusia ni, por lo que se puede ver, en África y Oriente Próximo. Es posible que aquel al que le gusten las intervenciones humanitarias en el más amplio sentido de la palabra lo lamente. En cualquier caso, con posterioridad al 11S, la falta de aprecio por parte de Rusia con colectivos como Pussy Riot no despertará ningún impulso misionero en gobiernos volcados en la política interior. En Es-

¹⁶ Alison Smale/Steven Erlanger, “As Obama Exits World Stage, Angela Merkel May Be the Liberal West’s Last Defender”, *The New York Times*, 12 de noviembre de 2016, www.nytimes.com/2016/11/13/world/europe/germany-merkel-trump-election.html



Nadja Massun, *Conversación*, Negreni, Transilvania, 2016

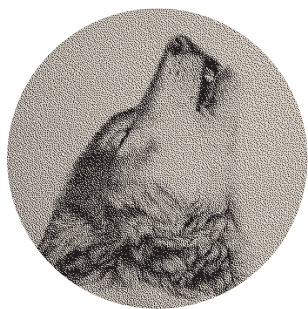
tados Unidos Victoria Nuland ("Fuck the UE") no ha acabado siendo ministra de Exteriores, y el grupo que defiende los derechos humanos en el Departamento de Estado ha vuelto a sus puestos universitarios. Con ello, los planes de admitir a Ucrania en la UE y la OTAN y de ese modo privar a Rusia de sus puertos en el Mar Negro también son agua pasada, al igual que proyectos de cambios de regímenes gubernamentales en países como Siria. La tentativa de Estados Unidos de recurrir a la Rusia postsoviética para iniciar una nueva Guerra Fría será agua pasada. Sin embargo, el lugar de Rusia podría ocuparlo China, dado que el presidente electo Trump habrá de convencerla de que renuncie a participaciones de mercado en Estados Unidos y, pese a todo, siga adquiriendo y manteniendo pagarés del Tesoro americano.

En el contexto escasamente estructurado de este interregno, con sus instituciones disfuncionales y sus cadenas de causa y efecto caóticas, los populistas, que ganan terreno en los aparatos de poder estatales, constituyen una fuente de incertidumbre adicional. El comienzo del interregno se revela como un momento bonapartista: todo es posible, pero nada tiene consecuencias, menos aún las deseadas, porque en la revolución neoliberal la sociedad es una vez más "un saco de patatas".¹⁷ Los nuevos proteccionistas no acabarán con la crisis del capitalismo, pero volverán a poner en juego la política y la traerán eficazmente a la memoria de las clases media y baja, que son las perdedoras de la globalización. Tampoco la izquierda, o lo que ha sido de ella, sabe cómo podría ser la transición del capitalismo

actual, que se ha tornado ingobernable, a un futuro más ordenado, menos amenazado y amenazador: véanse Hollande, Renzi, Clinton. Pero si quiere volver a ser relevante, tendrá que aprender algunas lecciones del fracaso de la *global governance* y la política identitaria. Como, por ejemplo, que no se puede abandonar a su suerte por motivos estéticos a esos marginados de la autodenominada sociedad del conocimiento y, de ese modo, entregárselos a la derecha; como que el cosmopolitismo a costa de la gente corriente a la larga no se puede imponer ni siquiera con amenazas neoliberales y como que la nación sólo se puede abrir con sus ciudadanos, y no en contra de ellos. En relación con Europa esto significa: todo el que busque demasiada integración cosechará conflicto y acabará con menos integración. El identitarismo cosmopolita de los dirigentes de la era neoliberal, que en parte se deriva del universalismo izquierdista, surge como reacción a un identitarismo nacional, mientras que medidas de reeducación anti-nacional dictadas desde arriba dan lugar a un nacionalismo antielitista que nace de abajo. Quien somete a una sociedad a la presión de la desintegración económica o moral cosecha resistencia por parte de los tradicionalistas, porque aquel que se ve expuesto a las incertidumbres de mercados internacionales cuyo control le ha sido prometido desde hace demasiado tiempo y no le ha sido dado prefiere el pájaro en mano de una democracia nacional a los cientos volando de una sociedad global democrática. ■

¹⁷ Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2015.

Fragmentos de "El regreso de los reprimidos como principio del fin del capitalismo neoliberal", incluido en *El gran retroceso*, Seix Barral, Barcelona, 2017, pp. 287-308. © del texto, Wolfgang Streeck, 2017. © por la traducción, María José Díez Pérez, 2017.



EL LOBO MEXICANO

Pamela Maciel Cabañas

SIERRA MADRE OCCIDENTAL, TERRITORIO DE LOBOS

En una noche fresca de diciembre de 2016, once lobos mexicanos, entumidos en sus transportadoras, aguardaban su liberación. Durante un largo viaje de casi 24 horas, biólogos, veterinarios, oficiales de gobierno y voluntarios habíamos transportado al grupo familiar desde un centro de preliberación en Nuevo México hasta la zona de reintroducción en Chihuahua. Parada junto al *kennel* del macho reproductor (denominado en la vieja escuela macho alfa), esperando la indicación para abrirle la puerta, por mi mente pasaban muchas cosas: el recuerdo de cuando recibimos a la hembra en Wolf Haven y se la presentamos al macho; cuando confirmamos su primera camada; cuando por cámaras remotas los veíamos cuidar a sus crías y jugar con ellas; cómo éstas fueron creciendo, desarrollando sus personalidades y estableciendo su lugar en la manada. Y también pensé en las adversidades y peligros que tendrían que enfrentar ahora, en su nueva vida. ¿Habrá suficientes venados para comer? ¿Encontrarán un espacio suficientemente seguro en el cual establecer su territorio? ¿Un cuerpo de agua limpio y no expuesto a constante presencia humana? ¡Uf, humanos! —pensaba yo—, el dueño de este fragmento de tierra ha elegido colaborar con el proyecto de reintroducción, pero ni lobos ni humanos sabemos de fronteras: los lobos se dispersan (en busca de pareja o recursos) y los humanos vecinos podrían ingresar fácilmente al terreno si quisieran deshacerse de estos animales. En medio de esta reflexión fue que dieron

aviso de que estuviéramos listos. Entonces mi corazón y mis tripas hablaron más fuerte que mi mente preocupada y dividida. En lo más profundo de mí, donde no estamos separados de otras especies ni de lo que percibimos como entorno, supe que todo lo que se había hecho —y seguíamos haciendo— por la conservación del lobo mexicano cobraba sentido justo ahí, en el momento de abrir esas jaulas.

EL LOBO QUE SURGIÓ EN TIERRA MEXICANA

El lobo mexicano, *Canis lupus baileyi*, es la subespecie genéticamente más distintiva del lobo gris; está adaptada a climas más cálidos y bosques semiáridos, caza presas más pequeñas y establece territorios menores que los de sus parientes septentrionales. El cuerpo de este lobo tiene dimensiones ligeramente mayores a las de un pastor alemán: mide alrededor de 130 cm de largo y 80 cm de alto y llega a pesar unos 40 kilos. Su pelaje, en ocres, negro y crema, es la representación perfecta de la cálida paleta que nos ofrecen los paisajes de sierras y desiertos mexicanos, y sus ojos, de tono amarillo, profundo y brillante, nos recuerdan el precioso ámbar de las maderas del sureste.

Hasta hace unos siglos, el lobo mexicano corría libre por las tierras silvestres de Arizona, Nuevo México y Texas y en nuestro país abundaba en la Sierra Madre Occidental y en la Oriental, así como en el área volcánica central. Sus jaurías (o grupos familiares) solían ser pequeñas, de unos cinco individuos en promedio, y su dieta consistía principalmente de ungulados como venados cola blanca y wapitíes. Su misteriosa y majestuosa presencia, sus complejos comportamientos y vínculos sociales (muchos de ellos no tan distantes de las conductas sociales humanas), sus habilida-



Canis lupus baileyi, Zoológico de Cincinnati

des de caza en grupo y su impresionante aullido hicieron que el lobo mexicano fuera venerado por las tribus que habitaban en sus territorios.

Pero no todos aprovecharon la oportunidad de coexistir con el lobo. Con los colonizadores europeos vino una fuerte disminución de las presas, una vasta introducción de ganado, una cacería de predadores indiscriminada y, con el tiempo, una drástica reducción del hábitat.

UN CARNÍVORO MÁS DESAPARECE DEL HORIZONTE

Tras una fuerte campaña de erradicación, organizada y financiada por el gobierno esta-



dounidense, el lobo mexicano fue exterminado en casi toda su distribución histórica durante la primera mitad del siglo pasado. Hacia los años sesenta, al norte de la frontera no se encontraba ni un ejemplar en vida libre y se sabía solamente de unos cuantos en las montañas del noroeste mexicano. En el contexto del movimiento ambiental de la década de 1970, *Canis lupus baileyi* fue añadido a la Lista de Especies en Peligro de Extinción de Estados Unidos y con ello dio inicio un ambicioso programa de recuperación de la especie. Sin una población silvestre que proteger se tenía que generar una en cautiverio. Con ese fin, el gobierno estadounidense contrató a Roy McBride, un famoso y eficiente

trampero de Texas. Anteriormente, McBride había participado fervientemente en campañas de erradicación de lobos y otros depredadores, pero en esta ocasión en vez de ser remunerado por cada lobo muerto, se le asignó la difícil tarea de localizar y atrapar vivos a los últimos lobos que se rumoraba habían sido vistos en territorio mexicano. Tras varios años en el campo, McBride logró trampa únicamente a cinco individuos; con tres de ellos y cuatro que se hallaban en cautiverio se arrancó el Plan de Supervivencia de la Especie del Lobo Mexicano (MWSSP, por sus siglas en inglés).

El MWSSP es un programa binacional de reproducción en cautiverio en el cual, a través de meticulosos análisis, se seleccionan parejas reproductivas, se hacen las transferencias correspondientes para reunir al macho y a la hembra y se les permite reproducirse. Aquellas parejas que resulten exitosas producirán crías saludables que contribuirán a la expansión de la población en cautiverio. Santuarios, unidades de manejo ambiental, zoológicos y otros tipos de centros que albergan animales, proveen el espacio para que se desarrollen las actividades de este complejo programa. Localizadas a lo largo de México y Estados Unidos, estas instituciones han alojado y cuidado a cientos de individuos y grupos familiares del lobo mexicano. Sin ellos, esta fase absolutamente fundamental del esfuerzo de conservación no sería posible.

REINTEGRANDO UNA POBLACIÓN EN VIDA LIBRE

Una vez que se consideró a la población en cautiverio lo suficientemente sólida, el paso a seguir fue la reintroducción de la especie en parte de su distribución histórica. En 1998 el Servicio de Pesca y Fauna Silvestre de Esta-

Recuperar a una especie en peligro de extinción conlleva desafíos, desde genéticos y éticos, hasta políticos y prácticos. Dado que la población actual descende de sólo siete individuos, no sorprende que la diversidad genética sea considerada comúnmente un problema prioritario.

dos Unidos (USFWS, por sus siglas en inglés) liberó a once lobos mexicanos en la zona seleccionada en el estado de Arizona. Ahí donde alguna vez hubo lobos, de nuevo vivían libres; aunque el suceso fue celebrado como un logro sumamente significativo, fue apenas el inicio de un complejo porvenir.

El trabajo cooperativo entre México y Estados Unidos siguió creciendo y, tras otra década de investigación y gestión de acuerdos entre agencias y localidades en las zonas potenciales de reintroducción, México hizo su parte en 2011. En otoño de ese año, el gobierno mexicano liberó a cinco ejemplares en la Sierra Madre Occidental. Al cabo de unas cuantas semanas, cuatro de ellos habían sido cazados y el quinto fue capturado y devuelto a cautiverio. Tras más de medio siglo sin grandes depredadores, era comprensible que la gente hubiese olvidado cómo coexistir con ellos. Las liberaciones continuaron y pasaron años antes de que México tuviese noticias contundentemente positivas. En 2015 se registró la primera camada nacida en libertad, y en la primavera de 2017 se identificó al primer lobo nacido en vida silvestre que logró sobrevivir hasta la edad reproductiva, se emparejó con una hembra reintroducida de cautiverio y produjo una camada saludable. El programa se llenó de esperanza, pero las bajas siguen siendo significativas.

LOS RETOS DE RECOBRAR UN PREDADOR AL BORDE DE LA EXTINCIÓN

Recuperar a una especie en peligro de extinción conlleva desafíos, desde genéticos y éticos, hasta políticos y prácticos. Dado que la población actual descende de sólo siete individuos, no sorprende que la diversidad genética —o su ausencia— sea considerada comúnmente un problema prioritario. En cautiverio, este aspecto se ha abordado a través del mencionado programa de reproducción altamente selectivo (auxiliado por técnicas como la criopreservación de células reproductivas y la inseminación artificial), mas cuando se trata de diversidad genética en la población silvestre, la situación se complica. En poblaciones pequeñas, como las actuales, la endogamia es altamente probable, y cualquier pérdida o incorporación de genes tiene gran efecto en la población entera. Las dos herramientas que fomentan tal diversidad son las liberaciones de lobos nacidos en cautiverio y el *cross-fostering*, siendo aquélla la más usada. Mientras que algunos de los lobos liberados tienen éxito (es decir, sobreviven y se reproducen en vida libre), los llamados lobos cautivos ingenuos tienden a exponerse ellos mismos o a sus manadas a situaciones problemáticas (como merodear en zonas residenciales o depredar ganado). El *cross-fostering* es un proceso en el que cachorros nacidos en cautiverio que tienen menos de catorce días de vida se colocan en madrigueras silvestres en camadas de cachorros de edad similar. Idealmente, las madres silvestres tomarán a tales cachorros como propios, de modo que serán criados por padres con una experiencia silvestre considerable. Aunque esta estrategia es complicada en términos logísticos, el procedimiento ha probado no solamente ser efectivo sino menos

controversial. Puesto que el *cross-fostering* se lleva a cabo en madrigueras activas de manadas ya establecidas en vida libre, no expande directamente la distribución de los lobos, haciéndola una práctica mucho más aceptada por la comunidad local. Esto nos conecta con el que probablemente sea el desafío más complejo y crítico: la aceptación social.

Cuando se trajo al lobo mexicano de vuelta a su hábitat, varios miembros del ecosistema se encontraron con una nueva realidad. Los coyotes, que habían dominado estos territorios tras la desaparición de los lobos, y los wapitíes y venados, que tuvieron que aprender de nueva cuenta a coexistir con su antiguo depredador natural, no fueron los únicos que sufrieron el impacto. Para los humanos que subsistían de esas tierras, el regreso de los lobos

significó un fuerte cambio de paradigma. Algunos rancheros y habitantes locales se han adaptado y colaboran rutinariamente con los equipos de campo para prevenir y reducir conflictos con los lobos; pero en relación con el tamaño de su población, las pérdidas de lobos mexicanos a manos humanas son extremadamente altas.

Así pues, aunque es un hecho que la diversidad genética es una prioridad, y las primeras liberaciones y eventos de *cross-fostering* son cruciales, estas herramientas no harán una diferencia significativa si los lobos liberados tienen que ser recapturados o si la caza furtiva continúa al ritmo actual. Por ello es crucial que se inviertan más recursos en esfuerzos pragmáticos para apoyar a las comunidades que viven en territorio de lobos;



Aldi de Oyarzabal, *Lobo mexicano*



Canis lupus baileyi, Zoológico de Cincinnati

escuchar y trabajar conjuntamente para explorar maneras en que humanos y grandes carnívoros puedan compartir el paisaje de manera sustentable; entender y transformar miedos y concepciones erradas. Si fallamos al abordar estas cuestiones, podríamos encontrarnos luchando para siempre contra el mismo *monstruo* que originalmente llevó a la exterminación de los lobos. Tal vez, si gracias a un esfuerzo consciente e interdisciplinario se atenúan los conflictos, y logramos cultivar una coexistencia respetuosa, los herederos de estos ranchos y propiedades tendrán la oportunidad de superar viejas ideas y apreciar que el lobo mexicano pertenece a estas tierras.

EL LLAMADO DE LO SILVESTRE

Fue al ver al personaje de Dian Fossey en la película *Gorillas in the Mist* que elegí mi pro-

fesión. Yo tenía sólo siete años y desde siempre había tratado con gran consideración a los animales no humanos, incluyendo a los que mis compañeros y mi familia llamaban “repugnantes” y “terroríficos”, pero no fue sino hasta ver ese filme cuando supe que una se podía dedicar a estudiarlos y protegerlos. Desde muy pequeña me sumergí en enciclopedias y aprendí todo lo que una adolescente (antes de la era de internet) podía aprender acerca de gorilas y otros primates en peligro de extinción. Años después, durante el periodo confuso que suele ser la montaña rusa hormonal de la preparatoria, decidí soltar mi sueño y explorar el diseño gráfico. Fue a punto de finalizar esa carrera cuando confirmé que no era por inocente curiosidad o ansiedad existencial que cada vez que iba a la librería a comprar un libro de diseño, salía con textos sobre zoología. Decidí abandonar la

farsa y me integré a la carrera de biología en la UAM Iztapalapa. Rápidamente todo tomó sentido. Con presteza me colé a cursos de primatología para posgrado y me hice voluntaria como asistente de campo en proyectos de investigación sobre primates mexicanos. Al regresar de un proyecto, sobre monos aulladores, en Palenque, Chiapas, el profesor de la clase de etología solicitó estudiantes para hacer el servicio social observando lobos mexicanos. Yo no sabía absolutamente nada de estas criaturas, pero me pareció interesante colaborar en un proyecto sobre un grupo taxonómico distinto antes de dedicar el resto de mi vida a los primates...

Así, un día de enero de 2010, sin jamás haberlo buscado ni mucho menos imaginado, me encontré por primera vez ante una manada de lobos. Era un grupo familiar de seis lobas mexicanas (madre y cinco hijas) que habían sido transferidas de Estados Unidos a un centro en el norte de México como parte del programa de reproducción en cautiverio. Las recuerdo inquietas, trotando incansablemente a lo largo del perímetro del exhibidor; de pronto, una de las lobas se detuvo enfrente de mí y me miró fijamente. Entre nosotras había una gran barda y unos cuantos metros de distancia que se desvanecieron en un instante. El tiempo se detuvo y las interpretaciones conceptuales quedaron suspendidas. La presencia de esa loba ("F1069" para el programa y "Cejititas" para mí) abarcaba el mundo entero: los lobos antes y después de ella, sus presas, la comida de sus presas, los lagos y ríos de los que beben, las montañas que recorren, los árboles que les dan sombra, las cuevas y madrigueras en las que se resguardan, y todas las demás especies conectadas a ella. La vida como la conocía se extinguió en ese momento. No

fue una decisión, ni tampoco lo denominaría destino, simplemente un llamado imposible de ignorar.

¿QUÉ MUERE SI DEJAMOS AL LOBO MEXICANO?

Como depredador último de su red alimenticia, el rol ecológico del lobo ha sido vastamente estudiado. Su dieta y estrategias de cacería tienen gran impacto en sus presas y modifican su comportamiento y dinámicas poblacionales (tamaño, estructura de edad, sexo y salud de la población). Los efectos en sus presas a su vez se ven reflejados no sólo en las poblaciones vegetales de las que se alimentan, sino en todos los elementos del ecosistema.

Aldo Leopold, en el visionario *A Sand County Almanac*, lo describe así:

Ahora sospecho que tal como la manada de ciervos vive en miedo mortal de sus lobos, la montaña vive en miedo mortal de sus ciervos. Y quizá con mayor causa, puesto que mientras un ciervo macho eliminado por lobos puede ser reemplazado en dos o tres años, un prado eliminado por demasiados ciervos podría no llegar a ser reemplazado en dos o tres décadas. Así mismo con las vacas. El ganadero que erradica a los lobos de su pradera no se da cuenta de que está asumiendo la tarea del lobo de reducir el tamaño del rebaño acorde a la pradera. No ha aprendido a pensar como una montaña. Es por ello que tenemos tierras erosionadas y ríos llevándose el futuro al mar.

Restaurar y proteger al lobo mexicano no es velar sólo a una especie, sino a toda la diversidad y riqueza de nuestras tierras. Es escuchar y atender la maravilla de lo silvestre. **U**



ASÍ QUE ESTO ES UN TERREMOTO

Alejandro Zambra

En el terremoto de Chillán de 1939 mi abuela perdió a casi toda su familia. Crecimos escuchándola relatar la muerte de su madre: estaban en la misma habitación, pero en rincones opuestos, no alcanzaron a abrazarse. Mi abuela, que por entonces tenía veintiún años, estuvo horas tragando tierra antes de que su hermano consiguiera rescatarla. Sobrevivió de milagro y se convirtió luego en la persona más divertida del planeta, pero cuando nos contaba esta historia, por supuesto, todo terminaba en un generoso llanterioro.

—La verdad no está claro que mi abuela tuviera, para el terremoto del 39, veintiún años. Nunca supimos su edad con certeza. Ni siquiera ante las apremiantes velas del pastel de cumpleaños se animaba a confesarla.

—El terremoto era el consabido final de muchas de sus historias. Eran chismes sabrosos, pequeños escándalos, traiciones y desacatos, protagonizados por amigos o conocidos de su juventud. Historias cómicas con final trágico.

—De pronto interrumpía sus relatos para cantar, con su impecable voz de soprano, una canción tristísima y patriótica cuyo estribillo decía "Chillán, oh mi querido Chillán". Ella misma la había escrito. A veces prefería silbarla, movía la cabeza como bailando, visiblemente satisfecha con la melodía.

Mi abuela pasó con nosotros el terremoto de marzo de 1985. Yo estaba jugando taca-taca con mi primo Rodrigo, recuerdo que le iba ganando: el equipo blanco mío le ganaba al equipo azul de él. Mi abuela nos agarró de un ala para llevarnos al patio. Nos abrazó muy fuerte, luego llegaron mi mamá y mi hermana y cinco o diez angustiosos segundos más tarde apareció mi papá. Esa noche pensé, con estas palabras exactas: así que esto es un terremoto.

—Fue el 3 de marzo, el último domingo de las vacaciones de verano. Esa tarde habíamos visto el empate de Chile con Ecuador, en Quito, por las clasificatorias al Mundial de México '86. Recuerdo que fue un partidazo del Pato Yáñez y que el Cóndor Rojas estuvo a punto de meter un gol de arco a arco.

—Salvo aceptar, a regañadientes, el final del verano, no había mucho que hacer después del partido. Mi primo y yo estábamos en el patio, jugando a los penales, cuando inesperadamente se nubló y sobrevino un frío inusual. No entendimos el presagio, pero igual quisimos entrar a la casa y cambiar de juego.

—Hay una versión de este terremoto al comienzo de mi novela *Formas de volver a casa*. Me resistía a la idea, no quería hablar de ese ni de ningún terremoto; no quería, por así decirlo, una novela con efectos especiales. Y, sin embargo, como suele pasar, al resistirme a esa escena le daba forma, la imaginaba, hasta que ya no pude negar su existencia.

—Los niños dentro de una carpa, haciéndonos los dormidos, los adultos lanzados en un tímido e incesante guitarreo; los adultos compartiendo, por primera vez. Recuerdo el asombro que me produjo verlos vencer la desconfianza, aunque quizás es un recuerdo falso; quizás entonces no lo percibía de esa manera.

—La gran mayoría de los adultos me parecían aburridos: silenciosos, serietes, autoritarios. La misma palabra *adulto* sonaba tan fea. Aún no entendía cabalmente que tenían miedo, que debían ser cautos. Que en ese mundo de mierda era mejor no saber demasiado de los vecinos.

—En la versión ficcional no figuran ni mi primo Rodrigo ni mi hermana Ingrid, y por supuesto no soy exactamente yo esa primera persona que habla, que recuerda. Tampoco figura mi abuela, que murió en agosto de 2008, el mismo año en que empecé a escribir *Formas de volver a casa*.

—Hubo momentos bien novelescos, que sin embargo no quise aprovechar para *Formas de volver a casa*, quizá porque quería que fuera, por decirlo de algún modo, una novela poco novelesca. Pienso, por ejemplo, en la escena en que mi primo y yo, desafiando la oscuridad y la vigilancia de los mayores, entramos a la casa a rescatar unos audios Matchbox.

Pocos meses después, en septiembre, vino el terremoto mexicano. Pegados a la tele, vimos una y otra vez las horribles imágenes de la Ciudad de México destruida. Esa noche le pedí a mi papá que fuéramos a ayudar a los

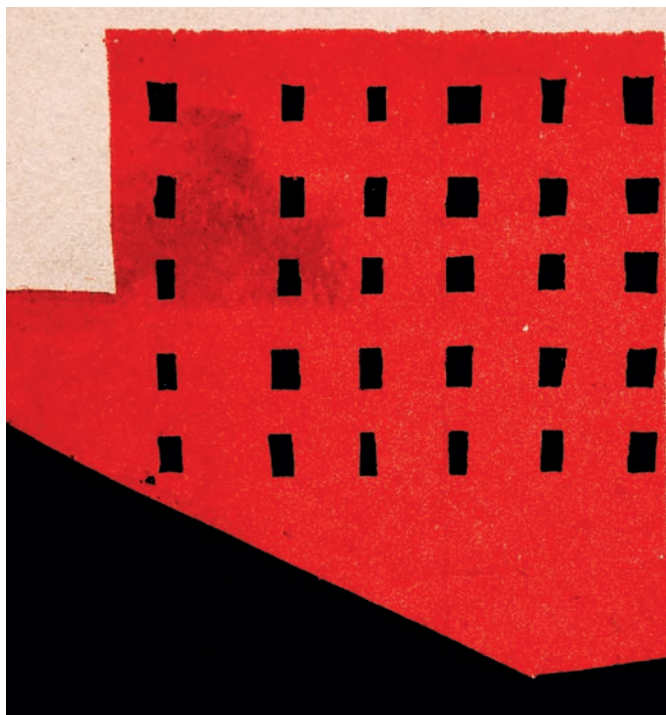
damnificados. Lanzó una risotada y me explicó que México quedaba lejos, a muchas horas en avión. Me dio vergüenza. Yo tenía nueve años y parece que nunca había mirado un mapa. Quizá por la tele o por la música, creía que México quedaba tan cerca como Perú o Argentina.

—Estoy casi seguro de que durante ese diálogo comíamos las últimas empanadas de esas fiestas patrias. La coincidencia de fechas es casi absoluta —el 16 mexicano es el 18 chileno—, aunque eso entonces no lo sabía.

Me salto a febrero de 2010. La noche del terremoto estaba solo, vivía solo. Pensé, como tantos chilenos, que era el fin del mundo. Pensé, sobre todo, que no tenía nadie a quien proteger.

—Salí, con el celular como linterna, a buscar noticias, o quizá sólo esperaba que amaneciera. Recuerdo que pensaba en la expresión “seres queridos” y en esa frase que aparecía a cada rato, en cada esquina, tan necesaria, verdadera y falsa al mismo tiempo: “estamos bien”.

Al día siguiente busqué, entre el desorden de libros, “Un hombre solo en una casa sola”, el poema de Jorge Teillier, y me lo aprendí de memoria. Quería quizá reírme de mí mismo —de mi autocompasión, de mi tristeza—, pero no me salía la risa: “Un hombre solo en una casa sola / No tiene deseos de encender el fuego / No tiene deseos de dormir o estar despierto / Un hombre solo en una casa enferma”.



Jean Charlot, detalle de *Urbe*, 1924

—La frase “entre el desorden de libros” es equívoca. No quise dar a entender un derumbe de las estanterías o algo así. Nada de eso pasó. El desorden era previo, claro: cuarenta o cincuenta libros apilados en los peldaños de la escalera, por ejemplo, que por supuesto terminaron en el suelo, pero no mucho más. *El molino y la higuera*, el libro de Teillier donde figura ese poema, seguía en la letra T del estante de poesía chilena.

—Por entonces acababa de cerrar una primera versión de *Formas de volver a casa*. El terremoto de 1985 cobraba, ahora, contigencia, y la alusión se volvía rutinaria, pedestre. Me desalentaba pensar en eso. Tardé unos meses en comprender o aceptar que este nuevo terremoto me había corregido la novela.

—Viví la segunda mitad de ese año 2010 en la Ciudad de México. En lugar del bicente-



nario chileno me tocó el bicentenario mexicano. Ahora, al pergeñar estas notas, me acuerdo que escribí sobre eso para el blog de la revista *Letras Libres*. No lo recordaba.

—Durante esos meses trabajé en algunos relatos, pero sobre todo corregí *Formas de volver a casa*. A última hora, cuando ya casi no había oportunidad de insertar cambios, agregué estas frases, por ejemplo: “Si había algo que aprender, no lo aprendimos. Ahora pienso que es bueno perder la confianza en el suelo, que es necesario saber que de un momento a otro todo puede venirse abajo. Pero entonces volvimos, sin más, a la vida de siempre”.

—¿Tembló en la Ciudad de México durante esos meses del año 2010? ¿Sentí temblar, alguna vez, en el departamento de la Narvarte donde vivía? Estoy casi completamente seguro de que no. En mi diario de

esos meses hay cinco alusiones a terremotos, pero todas relacionadas con la idea angustiosa de que terremoteara en Chile estando yo tan lejos.

Ahora mi casa queda en la Ciudad de México y estoy menos solo que nunca. Y supongo que estos dos terremotos al hilo, en dos semanas, me han vuelto menos extranjero. Cuando empezó el primero, el del 7 de septiembre, tenía el oído izquierdo y la mano derecha en el vientre de Jazmina, mi esposa, embarazada de casi siete meses. Y ayer, 19 de septiembre, cuando empezó el segundo, acababa de escribir el primer párrafo de esta crónica. Era otra crónica, por supuesto: ya ni me acuerdo de qué se trataba.

—Sí me acuerdo: era sobre la llegada del Mati Fernández a México, a jugar en el Necaxa.

—El 7 de septiembre acabábamos de terminar un capítulo de *Game of Thrones*. Jazmina quiso acomodarse para dormir o dormir. Con la mano en su panza comprobé que la guagua seguía perfeccionando sus golpes de karate. Y empezó el temblor.

—No teníamos plan de contingencia. Me costaba, me cuesta todavía descifrar las cerraduras mexicanas; las llaves, las bocallaves son tan distintas a las chilenas. El 7 de septiembre Jazmina tuvo que arrebatarme el llavero para abrir la puerta de una vez. Y también el 19.

Ayer dimos unas vueltas, a veces ayudamos, a veces estorbamos, mandamos mensajes de texto, respondimos correos, hablamos



Wang Huaqing, serie Hanxizai, 1996

por teléfono, es decir, como siempre, hicimos lo que pudimos, y sentimos que no fue mucho, que no fue suficiente. Pero al menos, al final del día, conseguimos encontrar a Frank y a Jovi, dos de nuestros mejores amigos, en una plaza de la colonia Roma. “Estoy bastante mejor de la rodilla”, dijo Frank, con un optimismo a toda prueba, inmediatamente después de acomodar las muletas en el asiento trasero del auto.

—Media hora después del terremoto recibí la llamada de mi amiga Andrea. Sólo al final de la conversación supe que no estaba, como yo suponía, en Santiago de Chile, sino en Puerto Rico, en la angustiada espera del huracán María, que al día siguiente tocó tierra.

Para el primer terremoto Frank estaba recién operado y no podía apoyar el pie izquierdo. Bajó seis pisos en calzoncillos y muletas,

ayudado por Jovi, y pasaron horas en la plaza, frente al edificio, antes de decidirse a volver al departamento, que quedó plagado de grietas, aunque, según los ingenieros, sin daños estructurales. Con el terremoto de ayer, sin embargo, el edificio entero estuvo a punto de derrumbarse, y bajar los seis pisos fue casi imposible.

“Eres experto en terremotos, todos los chilenos son expertos en terremotos”, me dice Frank, ahora. Le respondo que mi especialidad son los terremotos chilenos, que en materia de terremotos mexicanos soy apenas un principiante. Y sonreímos, como si no fuera cierto.

—Es absurdo comparar terremotos. Es absurdo escribir sobre terremotos; sentarse a escribir, como si hubiera tiempo.

—Los párrafos no anteceditos por guion forman parte de una crónica publicada el 22 de

septiembre en la revista chilena *Qué pasa*. La escribí más bien rápido y la corregí mentalmente mientras ayudaba en un centro de acopio y luego en una bodega de herramientas, en la Condesa. Casi siempre corrijo quitando, pero esta vez corregí agregando.

—Días más tarde, conversando con Guadalupe Nettel, surgió la idea de intentar una versión larga de esa crónica. Me parecía posible, había tantos detalles, tantos matices perdidos. A la hora de modificarlo, sin embargo, sentí que falseaba el texto, que lo sometía, que lo dañaba. Decidí, entonces, respetarlo hasta en las cacofonías, y añadir nada más que estos comentarios.

—Voy a seguir agregando frases, de eso estoy seguro: voy a seguir abriendo este archi-

vo. La primera crónica, la que no quise modificar, terminaba así:

Hace unos años, en la pared principal de ese departamento al que ya no volverán, Frank y Jovi colgaron un mapa enorme, de dos por dos, de la Ciudad de México. Pero un mapa enorme de la Ciudad de México igual es casi completamente indescifrable sin una lupa y un montón de paciencia. Acaba de largarse a llover, todavía esperamos las réplicas y estamos todos muy tristes, pero yo pienso que quiero vivir aquí muchos años, hasta aprenderme ese mapa de memoria.

Ciudad de México, 20 de septiembre
y 9-10 de octubre de 2017. **U**



Wang Huaiqing, *Casas*, serie Hanxizai, 1996

POEMAS

Selección y traducción de Pura López Colomé

MOVING THE FRAME

Jane Kenyon

Impudent spring has come
since your chest rose and fell
For the last time, bringing
the push and ooze of budding peonies,
with ants crawling over them
exuberantly.

I have framed the picture
from your obituary. It must have been
taken on a hot graduation day:
You're wearing your academic robes
—how splendid they were—
and your hair and beard are curly
with sweat. The tassel sways...
No matter how I move your face
around my desk.
your eyes don't meet my eyes.

There was one hard night
while your breath became shallower
and shallower, and then
you were gone from us. A person
simply vanishes! I came home
and fell deeply asleep for a long
time, but I woke up again.

AL CAMBIAR EL MARCO DE LUGAR

La impúdica primavera se ha instalado
desde que tu pecho subió y bajó
por última vez, trayendo consigo
el brote rebosante de las peonías en capullo,
con las hormigas trepándoles encima
con una exuberancia tal.

He enmarcado la foto
de tu obituario. Seguro la tomaron
el caluroso día de tu graduación:
llevas puesta la toga académica
—espléndida, por cierto—,
cabello y barba rizados
por el sudor. Las borlas del birrete...
No importa dónde coloco
tu rostro sobre mi escritorio,
tus ojos y los míos no se encuentran.

Qué tremenda fue aquella noche:
tu respiración se fue adelgazando
más y más, y luego
te nos fuiste. ¡Una persona
simplemente se extingue!
De vuelta a casa, dormí larga y
profundamente, pero luego desperté.

IMAGINARY MÉXICO

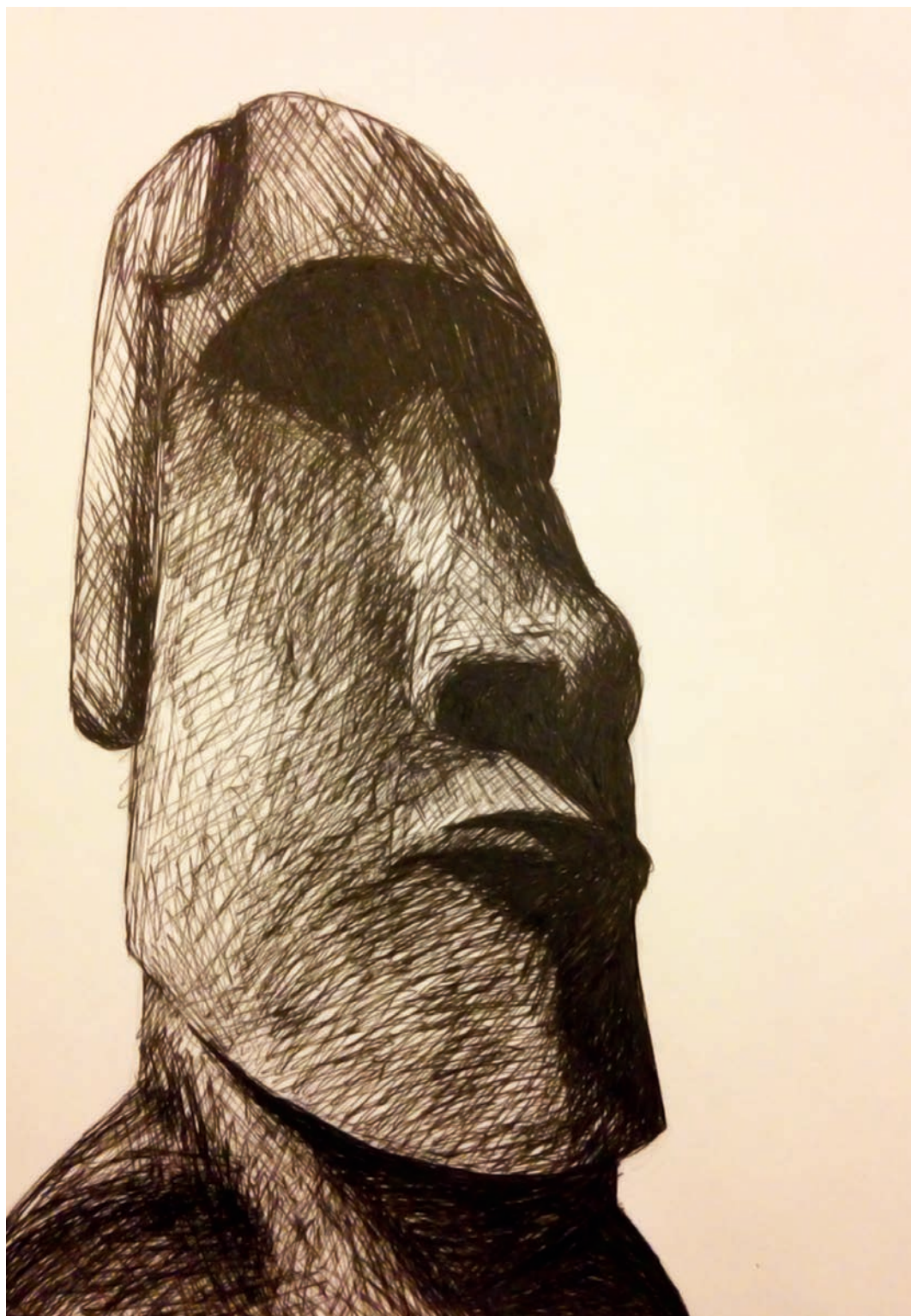
C.D. Wright

Naturally there would be frijoles tortillas habaneros and queso
there would be a man sharpening knives on a stationary bike
brass instruments and just this one time the absence of mariachis
narcos would be queued up in shackles hair swirling around
their navels generating a vortex straight to damnation no young
brutalized women no young dispossessed boys going through
the basura at the rusty trombone we would be moving supple
as a moray eel and secretive until borracho and burned
by a careless cigarette then only would our terrifying teeth
be exposed and a yellow taxi pull up to transport us back
to a hotel equipped with showers a thousand and one
times better than the one back home the water no more or less
potable the sins of our forebears transferable into perpetuity

MÉXICO IMAGINARIO

Como es natural habría frijoles tortillas chiles habaneros y queso
habría un afilador en su bici fija
instrumentos de aliento y sólo en esta ocasión ningún mariachi
una larga cola de narcos esposados con el cabello suelto
sus ombligos generando un vórtice derecho al castigo eterno nada
de mujeres atormentadas nada de niños desposeídos escarbando
entre la basura al sonar el oxidado trombón nos iríamos doblegando
como una anguila y en secreto hasta la ebriedad y hasta sentir
la quemadura de un cigarrillo descuidado sólo entonces
nuestros aterrados dientes quedarían expuestos y un taxi se orillaría
para llevarnos de vuelta a un hotel equipado con regaderas mil y una
veces mejores que la de casa el agua ni más ni menos potable
los pecados de nuestros ancestros transferibles a perpetuidad

"Moving the frame" se reproduce de *Collected Poems* con autorización de The Permissions Company, Inc., representante de Graywolf Press. © Estate of Jane Kenyon, 2014. "Imaginary Mexico" se reproduce de *ShallCross* con autorización de Copper Canyon Press, 2016.



Anónimo, el coloso de la Isla de Pascua



OTROS FINES DEL MUNDO

Carlos Mondragón

¿En qué pensamos cuando pensamos en el fin del mundo? Imaginemos que en unas cuantas semanas desaparecieran nueve de cada diez de las personas que constituyen nuestro espacio social cotidiano. Nuestros parientes, nuestros vecinos, los conocidos a quienes saludamos a diario en el barrio y en la calle. De un día para otro, la mayoría de nuestros amigos, colegas y contactos profesionales —todos, de manera súbita— dejan de existir. El detonante de esta pesadilla puede variar: algún proceso inesperado, quizá predecible, quizá catastrófico: un colapso de la ecología planetaria, una pandemia, un conflicto de violencia inimaginable. O bien esta extinción casi total podría ser producto de un evento concreto: la colisión de un asteroide o de un cometa destructor.

No es necesario imaginar la desaparición completa de una sociedad para entender que un escenario así cabe dentro de la categoría de lo que definimos como apocalíptico: un proceso representativo del fin de lo social, y con ello de lo afectivo, lo estético y lo material que hacen distintivo a un mundo humano.

Para buena parte de la sociedad global estos escenarios del fin del mundo constituyen horizontes de futuro imaginarios, y por lo tanto anticipatorios. Sin embargo, para incontables pueblos cuyas cosmologías e historias son ajenas a las neurosis apocalípticas de la modernidad global —sociedades a las que denominamos de pequeña escala, no-estatales, que distinguimos con la categoría genérica de “indíge-

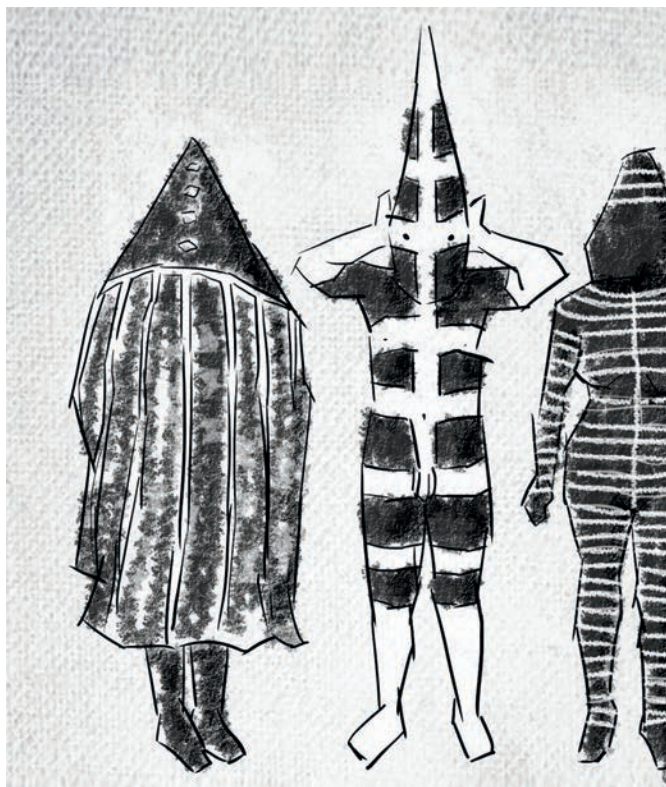
nas”, o incluso con el término más peyorativo de “tribales”—, este tipo de escenarios no son ni futuristas ni fantasiosos.

Para muchas de esas sociedades, el fin del mundo ya sucedió.

En el caso de las sociedades amerindias, el fin del mundo llegó hace cinco siglos. Se conocen bien los patrones generales del impacto demográfico que supusieron tanto los gérmenes como los actos genocidas derivados de la Conquista en tierras americanas. En menos de un siglo la población indígena del centro de México había disminuido más de ochenta por ciento; en algunos casos, más de noventa por ciento. Aunado a los procesos de mestizaje que se dieron desde el inicio de la intrusión europea, para fines del siglo XVI era ya difícil pensar en una sola población indígena en resistencia a una sociedad invasora española. El mundo humano, cultural, material, previo a la llegada de las sociedades ibéricas del Atlántico norte era ya casi irreconocible.

Ese genocidio fue el primero de una multitud de fines del mundo que habrían de enfrentar los habitantes nativos de las Américas. Una y otra vez a lo largo de los siguientes cinco siglos, en diferentes fronteras del continente se desataron procesos similares de invasión, genocidio, conquista y mortandad por enfermedades previamente desconocidas.

En vista de nuestra tendencia a marginar y olvidar los lugares y los momentos en que se dieron cita las fuerzas apocalípticas de la expansión euroamericana sobre incontables pueblos y sociedades locales, conviene recordar algunas de esas fronteras: la península yucateca, los altos de Chiapas, la frontera chichimeca —Querétaro, Sierra Gorda, el Bajío, el altiplano central potosino, Zacatecas, los altos de Jalisco, y eventualmente diversos pun-



Diseño de vestuario Selk'nam

tos de la Sierra Madre Occidental— todos estos apenas en el siglo XVI; hacia el sur continental, la frontera de destrucción avanzó sobre las enormes extensiones montañosas del mundo andino, también en la Araucanía chilena, la frontera guaraní (brasileña, argentina, uruguaya y paraguaya). Eventualmente, a lo largo de los últimos dos siglos, tocó su turno al interior amazónico, la Patagonia argentina y el mundo lejano de los selk'nam de Tierra del Fuego. En Norteamérica, los parajes remotos del mundo maya que aún se sustraían al control directo del virreinato novohispano terminaron de caer al final del siglo XVII. Les siguieron el noroeste mexicano y el suroeste estadounidense, la gigantesca cuenca del Mississippi y, a lo largo del siglo XIX, el enor-



me y volátil territorio comanche de las Grandes Llanuras, la montaña y costa californianas y finalmente las Altas Llanuras del norte americano.

Estos procesos de conflicto, ocupación y destrucción genocida, de erosión demográfica y cultural, se repitieron en incontables fronteras africanas, asiáticas, europeas y oceánicas, hasta bien entrada la era de los imperialismos decimonónicos y las primeras décadas del siglo XX. El Congo belga es uno de los ejemplos más infames de estos procesos apocalípticos que se vinieron encima de incontables pueblos africanos hace apenas un siglo. Otros finales de mundos locales se dieron también en la estepa rusa y en el lejano oriente entre los siglos XVIII y XX. Pienso en

la expansión china hacia Mongolia, Turkestán oriental y el Tíbet, así como en la estrategia soviética de asimilación y destrucción cultural de las sociedades centroasiáticas.

Tal vez se antoje exagerado hablar de apocalipsis en muchos de los casos mencionados. Pero si nuestra definición del fin del mundo es consistente con una imagen de la destrucción de la vida social como la conocemos, en registros cotidianos, íntimos, no requiere la aniquilación total de la especie humana para calificar como apocalíptica. Resulta suficiente imaginar la destrucción de la coherencia social, lingüística, cultural, para encontrar puntos de coincidencia entre nuestras pesadillas futuristas y la memoria colectiva de infinidad de sociedades actuales.

Uno de los rasgos notables de estos apocalipsis del pasado es que muchos de los pueblos nativos en cuestión no dejaron de existir. Pudieron sobrevivir, con enormes transformaciones sin duda, pero pervivieron y en muchos casos siguen existiendo como agrupaciones humanas con sus propias historias, particularidades culturales y valores propios. Uno de los más notables ejemplos de esta supervivencia y continuidad postapocalíptica es el que nos ofrece la comunidad rapanui.

Nativos de la isla de Rapa Nui, los rapanui son la sociedad austronesia residente en la tierra más lejana de cualquier masa continental en el mundo. En contradicción con la mitología modernista popularizada en versiones pedagógicas acerca de los factores que dan lugar al "colapso" y ecocidio primitivos, los rapanui nunca se extinguieron. El fin del mundo rapanui llegó más tarde, hacia la mitad del siglo XIX. La primera oleada de muerte vino a manos de esclavistas peruanos; poco después, la viruela y tuberculosis acabaron de diezmar

a la población. Eventualmente, el estado chileno y capitalistas escoceses convirtieron a Rapa Nui en un gran pastizal para borregos introducidos. Durante casi un siglo el magro centenar de supervivientes isleños fueron confinados a un asentamiento cuasi-penitenciario, Hanga Roa, hoy la capital de Isla de Pascua. No fue sino hasta 1966 que los rapanui fueron reconocidos como ciudadanos chilenos con derechos plenos.

La destrucción del mundo rapanui del pasado tuvo lugar durante la última época de

expansión genocida de sistemas mestizos, criollos, capitalistas e imperiales en el territorio americano y oceánico. Pero no significó el final de esa gente ni de sus mundos posibles, los cuales pervivieron con base en los propios actos, valores y perspectivas rapanui. Como casi toda sociedad humana viva, los rapanui no fueron solamente víctimas sino agentes de su historia, y por su propia voluntad se entrelazaron con las historias y los agentes de otros horizontes culturales. Hoy en día un visitante de Rapa Nui se llevará la sorpresa de encontrar a una población nativa de más de 3,000 personas que aún utilizan de manera cotidiana, con orgullo y convicción, la lengua y la herencia cultural de sus ancestros polinesios.

¿Qué forma ha tomado el nuevo mundo rapanui? Como el anterior, su fundamento consiste en la continuidad de los lazos sociales y territoriales que lo componen. Cada isleño conoce bien las genealogías de las cuales es heredero, y cada grupo genealógico conoce el pedazo de tierra del cual salió y sobre el que se elevan y manifiestan sus ancestros —sea en las formas pétreas de los gigantes moai, o bien a la manera de presencias espirituales invisibles (en el mundo austronesio no existe un concepto estricto del más allá para los muertos: los mundos de vivos y muertos son dos lados de la misma realidad)—.

Estos lazos territoriales y genealógicos —topogénicos, en el argot antropológico— se representan de diversas formas: a través de los incontables topónimos que guardan la historia y los relatos rapanui, o bien a través de cartografías contemporáneas que privilegian la representación de la superficie isleña a partir de las rebanadas de territorio de cada genealogía. Estas rebanadas corren desde las



Representación de un chamán Selk'nam

Rapa Nui nunca ha sido sólo una isla; localmente se le conoce como te pito te henua, “el ombligo del mundo”, pues para sus habitantes, ese territorio siempre ha sido el centro del universo.

cimas volcánicas hasta las costas y arrecifes circundantes, y guardan cada una el pasado y los hechos de los antecesores de cada linaje. Estas topogenias no son milenarias ni estáticas —se traslapan hoy en día con los linderos de parques nacionales y límites municipales, así como con caminos turísticos, rutas marítimas y enlaces aéreos mediante los cuales Rapa Nui mantiene un intenso contacto con el resto del planeta—. Los mundos locales son lingüísticos, estéticos, fenomenológicos, tienen raíz y profundidad, pero no están en conflicto con los senderos y las influencias que les conectan con otros horizontes.

De hecho, nunca lo estuvieron. Entre algunos grupos austronesios no existe la noción de insularidad tal y como la pensamos desde nuestros reposos continentales. Rapa Nui nunca ha sido sólo una isla; localmente se le conoce como *te pito te henua*, “el ombligo del mundo”, pues para sus habitantes, ese territorio siempre ha sido el centro del universo. En este sentido, los rapanui nos recuerdan que cualquier mundo humano siempre es un mundo antropogénico: desde que existimos como especie los espacios que habitamos han estado en simbiosis generativa y destructiva con las sociedades que los hacen suyos. Esta condición es tan cierta para el Antropoceno actual como lo fue para los primeros humanos.

Resulta simbólico que un remoto pueblo oceánico, con frecuencia reducido a la categoría de minoría étnica dentro del contexto nacional chileno e hispanoamericano, nos ofrezca un contraejemplo tan sorprendente de vitalidad y creatividad generativa en relación con nuestras visiones neuróticas del fin de la Tierra y de la humanidad. Nos recuerda que damos por cierta con demasiada facili-

dad nuestra propensión destructiva, mientras que olvidamos que nunca ha habido destrucción sin generación.

En suma, Rapa Nui nos ofrece un recordatorio importante acerca de los peligros de tomar demasiado en serio nuestras propias fantasías del fin de los tiempos.

En vista de que han vivido el fin del mundo, muchos pueblos indígenas son conscientes de que puede volver a ocurrir. Pero difícilmente comparten nuestra noción de fin que tomará el apocalipsis. “Cada pensamiento del fin del mundo por tanto plantea la cuestión del principio del mundo”, nos recuerdan Deborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro. En el paradigma modernista, nuestra mirada está puesta en el porvenir, en cuanto destino del progreso civilizatorio del que somos herederos. Nuestra propensión a no mirar los otros mundos y fines del mundo que nos rodean dice mucho sobre nuestra manera de definirnos como “modernos”. Esto nos obliga a reconocer que existen diferentes formas del tiempo y del sentido de la historia.

Desde una perspectiva comparada, que tome en cuenta la enorme diversidad de experiencias y visiones socioculturales de nuestro planeta, son pocas las sociedades que manifiestan escatologías apocalípticas parecidas a las del canon judeocristiano. El historiador François Hartog nos recuerda que existen multitud de regímenes de temporalidad, de maneras de dar sentido y presencia al pasado en el presente y el futuro. Las cosmologías

Nuestra creencia de dominio sobre la naturaleza y sobre otras formas culturales encarna en nuestra creencia, y terror, en nuestro propio potencial destructivo a nivel planetario. En consecuencia, nuestra noción del fin suele ser apocalíptica, total.

lineales, aquellas que se sustentan sobre una línea recta del tiempo, se imaginan enmarcadas por un principio y un final absolutos. Se distinguen por imaginar que su historia consiste en un ascenso progresivo desde orígenes bestiales hasta la más alta forma de civilización —la nuestra—. Esta noción se define en oposición a la de quienes carecen de la tecnología, las formas y los valores que nos distinguen. Nuestra creencia de dominio sobre la naturaleza y sobre otras formas culturales encarna en nuestra creencia, y terror, en nuestro propio potencial destructivo a nivel planetario. En consecuencia, nuestra noción del fin suele ser apocalíptica, total. Hemos llegado a creernos demasiado nuestros propios mitos de dominación y destino.

Pero una de las lecciones que nos ha dejado la antropología del pasado siglo y medio es que no todas las sociedades humanas guardan nociones absolutas de principio y fin, como tampoco en todas existe una noción del tiempo lineal —de hecho son minoría—.

¿Que hay de las visiones del fin surgidas desde otros horizontes de realidad? El registro etnográfico de los últimos dos siglos nos presenta un abanico considerable de posibilidades. Pero algo que suelen compartir muchas sociedades es la certeza de que el cosmos está conformado por lazos, por las redes relacio-

nales que dan sentido y movimiento a la condición humana. Es la socialidad, y la generatividad y creatividad vital que la conforman, la que da sentido a nociones últimas de origen y destino. El mundo comienza con nuestra capacidad de relacionarnos con otros. Esta definición del cosmos dice mucho acerca de la idea de otros pueblos de imaginarse a sí mismos.

¿Cómo reconciliar estas diferencias cosmológicas en un mundo interconectado? Dos rasgos distinguen a nuestros imaginarios apocalípticos en esta coyuntura global. Primero, la sofisticada infraestructura planetaria de telecomunicaciones y los flujos casi instantáneos de información entre continentes permiten que cualquier noción dada del fin del mundo rápidamente adquiera un cierto carácter internacional compartido, al margen de particularidades de percepción locales. El medio, más que nunca, moldea el mensaje de manera poderosa, haciendo parecer que nuestras preocupaciones son compartidas de manera similar por todo el mundo. La infraestructura de las instituciones internacionales y los códigos lingüísticos compartidos que se utilizan para discutir y responder a estas preocupaciones acentúan la idea de que enfrentamos retos percibidos como equivalentes por todas las sociedades humanas. Segundo, algunos de estos escenarios responden a retos de alcance global sobre cuyas causas y consecuencias poseemos hoy una conciencia mucho más extensa —en efecto, intercultural e intercontinental— que la que se pudo dar en relación con los peligros mundiales propios de otras épocas —por ejemplo, las pandemias que azotaron grandes regiones en siglos pasados—.

Cabe advertir, sin embargo, que la erosión acelerada de barreras comunicativas no se tra-

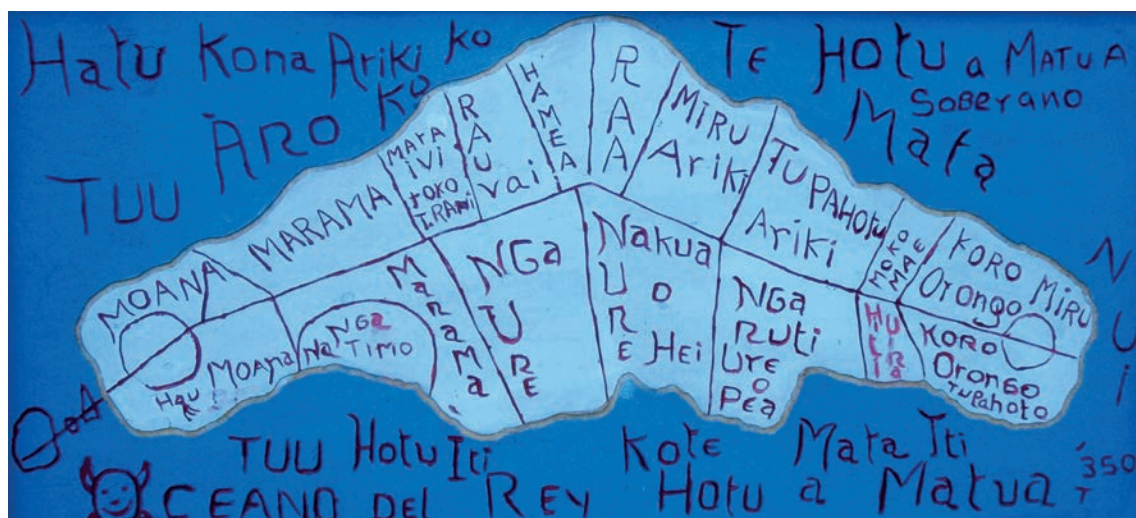
duce en una erosión semejante de barreras culturales. Por obvio que parezca el carácter compartido, los peligros que enfrentamos hoy como sociedad planetaria existen más interrogantes que certezas acerca de la forma que tomarán, así como de la infinita capacidad de respuesta humana que habrá de materializarse desde diferentes territorios y grupos. El cambio climático ofrece quizás el mejor ejemplo de esta situación.

Desde mi posición como antropólogo ambiental que trabaja con la ONU para registrar los efectos tempranos del calentamiento global en zonas de alta vulnerabilidad (aquellas conocidas como las “líneas del frente del cambio climático”, que incluyen el Ártico y las islas pequeñas del Pacífico), puedo reportar que la histeria mediática en torno al deshielo y al alza en los niveles medios del mar ha rebasa-

do por mucho las condiciones reales, humanas y físicas, que observamos en estas localidades. Nuestra manera de entender el cambio climático se deriva de modelos naturalistas que ignoran por completo los sofisticados sistemas de conocimiento indígena y las experiencias locales de quienes habitan en esas “líneas del frente”. Las intervenciones de la comunidad internacional para “auxiliar” a estas poblaciones suelen pensarlas como víctimas, incapaces de comprender y atender adecuadamente a la emergencia climática. Mientras tanto, llevo años registrando cómo estas poblaciones ‘límitrofes’ se manifiestan capaces de sobrellevar con enorme resiliencia y creatividad los desastres ambientales —al grado de haber llegado a recomendar que somos nosotros los que tenderíamos que tomar algunas lecciones acerca de cómo adaptar mejor



Cementerio de la Isla de Pascua. Foto: Carlos Mondragón



Mapa local de la Isla de Pascua. Foto: Carlos Mondragón

nuestra vulnerable infraestructura cosmopolita al cambio climático—.

Sería desde luego irresponsable relativizar las consecuencias destructivas del cambio climático, pero igual o más irresponsable resulta alimentar las ansiedades de un imaginario cosmopolita global que cada vez parece confundir más fácilmente las diversas condiciones de realidad de nuestro mundo con escenarios simplificados, modelados y compartidos por medios virtuales y estrechamente científicos. El exclusivismo tecnocrático y científico predomina ahora más que nunca, lo cual resulta irónico a la luz de la manera en que solemos romantizar los sistemas de conocimiento alternativos. Necesitamos empezar a tomar en serio a los otros.

Conviene cerrar estas reflexiones reiterando que son raros los escenarios del fin del mundo que deriven en un peligro concreto que ponga fin a la vida humana entera. No pretendo ser excesivamente optimista; nadie mejor que un antropólogo ambiental para entender que los ecosistemas que nos sostienen son

frágiles, como lo son la cultura y la vida humanas. Pero también son enormemente resistentes y persistentes; no pueden ser de otra manera, pues están en coexistencia mutua con el mundo material sobre el que se han desarrollado. Ese mundo se puede transformar, a veces de maneras sumamente destructivas. Pero difícilmente llegará a un fin absoluto. Y lo mismo se puede decir de los humanos y otras formas de vida que lo habitan (especies frágiles en peligro de extinción aparte). Lejos de creer que enfrentamos un peligro global apocalíptico, creo que estamos viviendo un momento de oportunidad para empezar a tomarnos menos en serio a nosotros mismos —a partir de nuestro potencial destructivo— y empezar a mirar hacia las experiencias, las herencias y la sorprendente adaptabilidad de muchísimas sociedades y territorios que están ausentes de nuestra idea del mundo; sociedades que, al fin y al cabo, pueden enseñarnos algo acerca de fines del mundo verdaderos y de la manera en que surgen mundos nuevos después del final. **U**

NERVIO-SISMOS

Guion e ilustración: Héctor Dávila





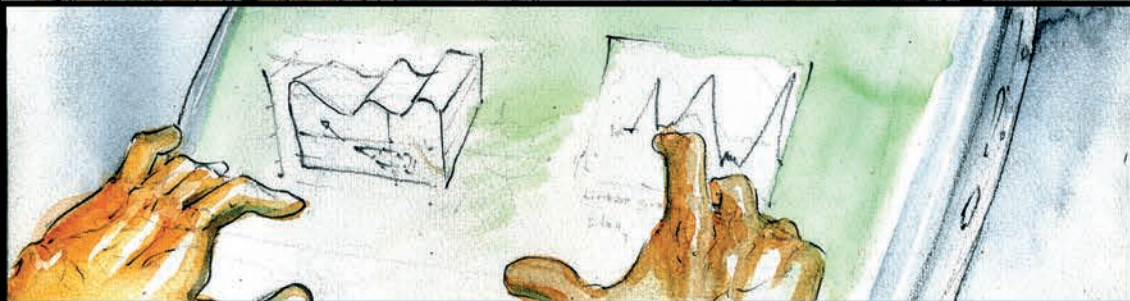
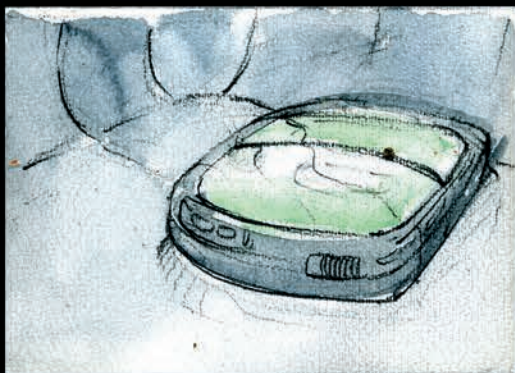




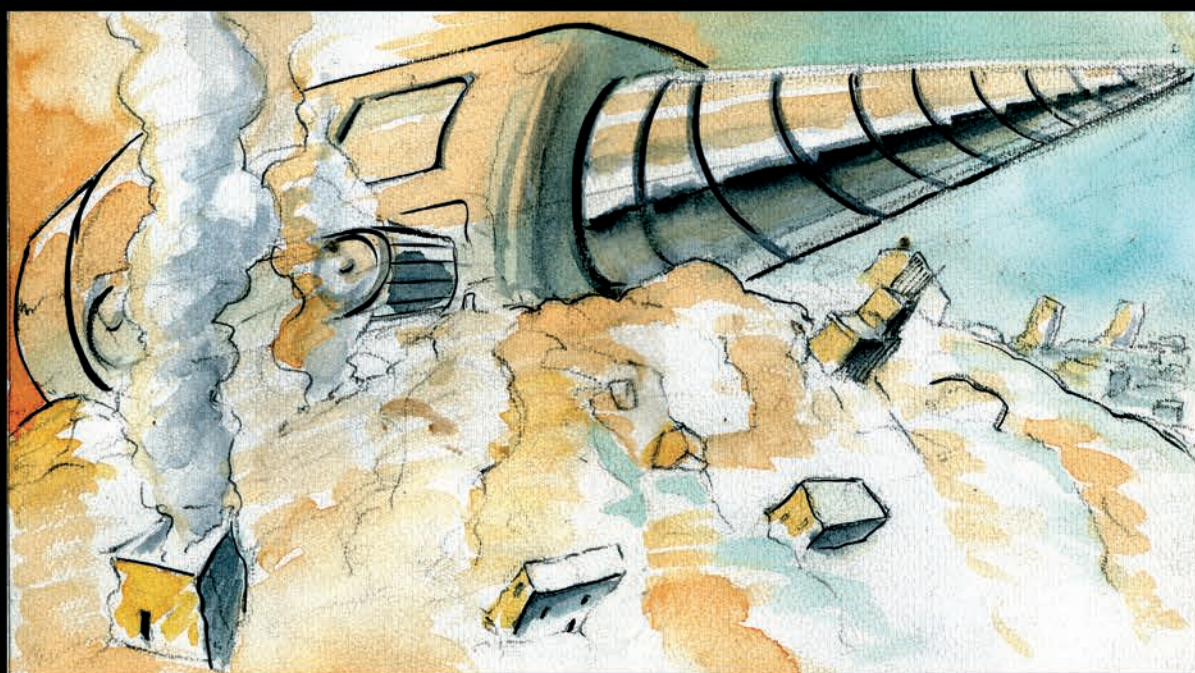
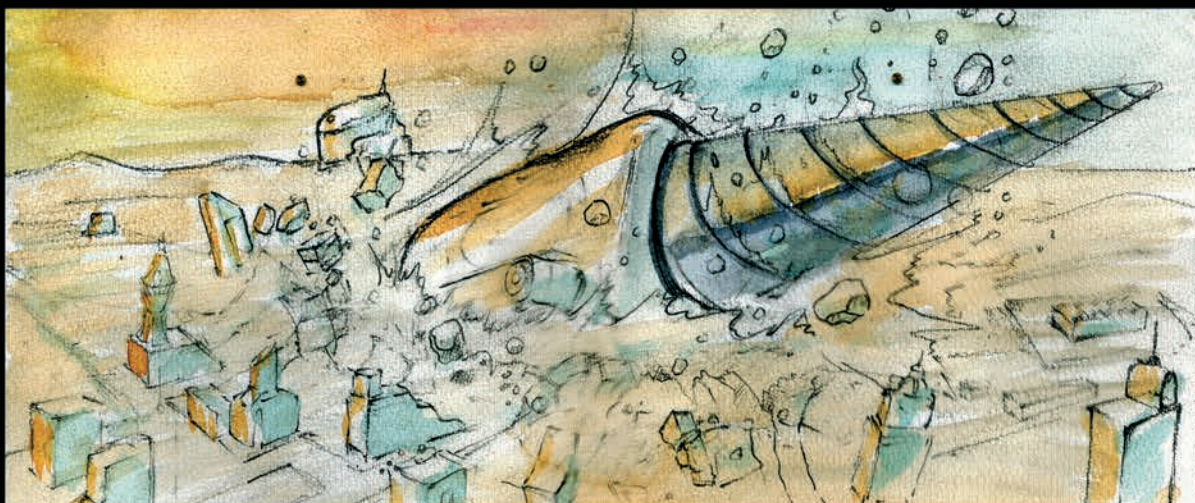
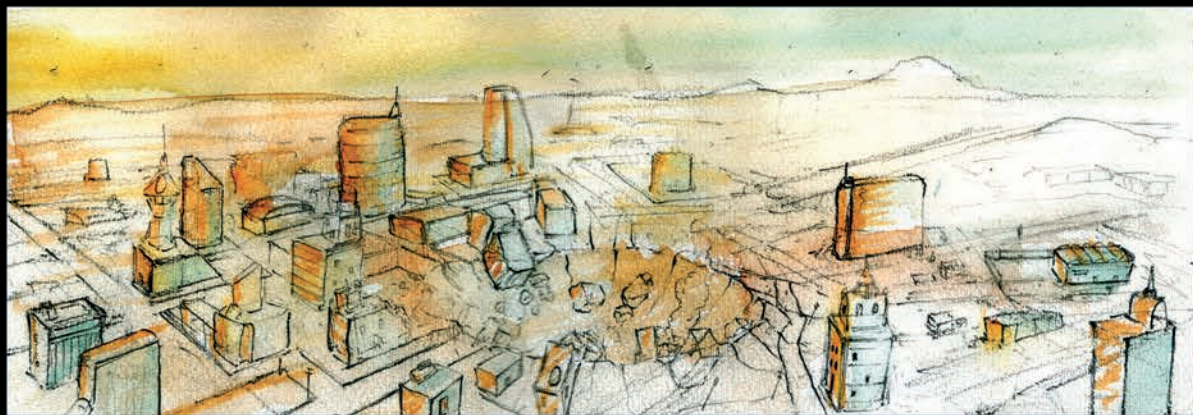




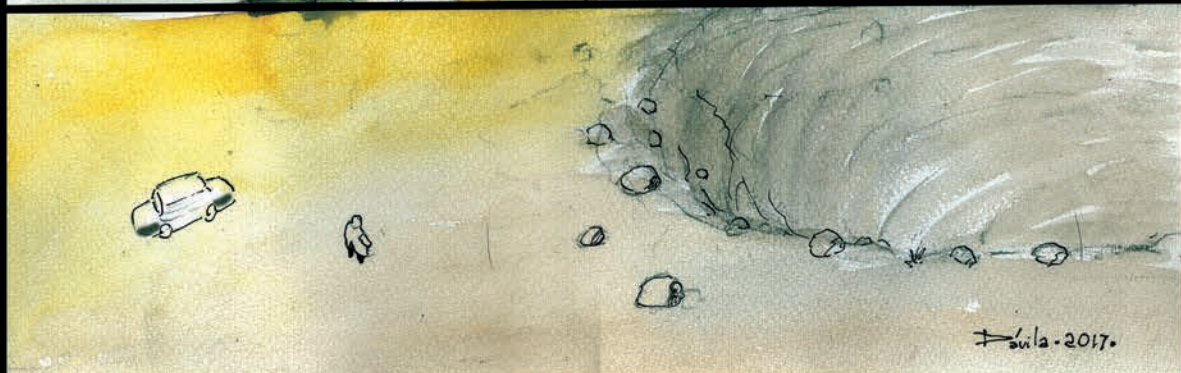
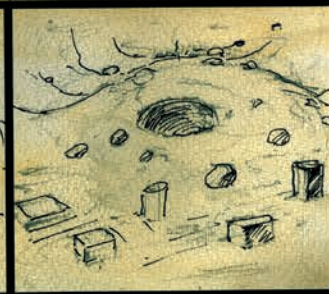
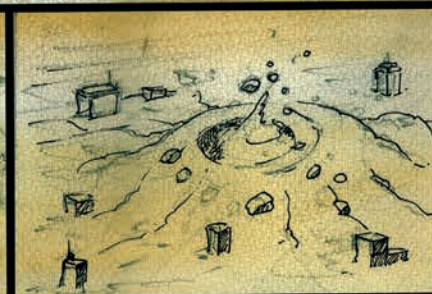
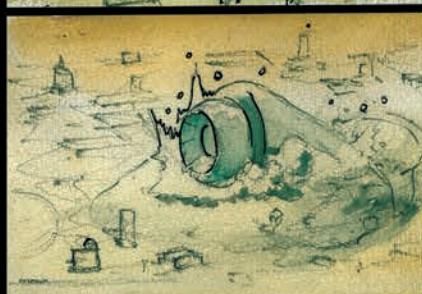
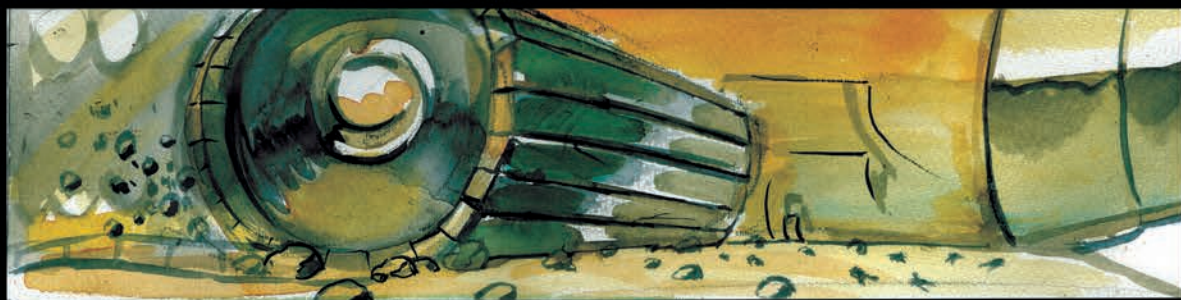












Paula - 2017.



QUÉ ESCABROSA BESTIA...

Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro

Traducción de Paula Abramo

*And what rough beast, its hour come round at last,
Slouches towards Bethlehem to be born?*
(W.B. YEATS)¹

El fin del mundo es un tema aparentemente interminable —por lo menos, claro, hasta que ocurra—. El registro etnográfico consigna una variedad de formas en que las culturas humanas han imaginado la desarticulación de los marcos espaciotemporales de la historia. Algunas de estas concepciones adquirieron un nuevo impulso a partir de los años 90 del siglo pasado, cuando se formó el consenso científico en torno a los cambios que está sufriendo el régimen termodinámico del planeta. Materiales y análisis sobre las causas (antrópicas) y las consecuencias (catastróficas) de la “crisis” planetaria se han ido acumulando con enorme rapidez, movilizando tanto la percepción popular, debidamente mediada por los medios de comunicación, como la reflexión académica.

Conforme se va haciendo cada vez más evidente la gravedad de la presente crisis ambiental y civilizacional,² proliferan nuevas variacio-

¹ “¿Y qué escabrosa bestia, llegada al fin su hora, / se arrastra hasta Belén para nacer?”, en la traducción de Antonio Rivero Taravillo (“The Second Coming / El segundo advenimiento”).

² Cfr., por ejemplo, los últimos informes del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), que pueden encontrarse en www.ipcc.ch. La primera parte del 5º informe (con fundamentación científica del cambio climático, preparada por el Grupo de Trabajo I) salió a la luz en septiembre de



Pieter Bruegel, *El vino de la fiesta de San Martín*, 1565-1568

nes y se actualizan versiones viejas de una idea antiquísima a la que llamaremos, recurriendo a una simplificación que este ensayo pretende complicar un poco, “el fin del mundo”. Son éxitos de taquilla de género fantástico,³ “docuficciones” del *History Channel*, libros de divulgación científica con varios niveles de complejidad, videojuegos, obras musicales y artísticas, blogs sintonizados en toda la gama del espectro ideológico, reuniones científicas,

revistas académicas y redes de información especializadas, informes y pronunciamientos de las más diversas organizaciones mundiales, cumbres invariablemente frustrantes sobre el clima, simposios de teología, ensayos de filosofía, ceremonias *new age* y de otros movimientos neopaganos, un número en aumento exponencial de manifiestos políticos —toda suerte, en fin, de textos, contextos, vehículos, enunciadores y públicos—. La presencia de este tema en la cultura contemporánea no ha hecho sino incrementarse, y cada vez más rápido, precisamente como aquello a lo que se refiere, a saber: la intensificación de los cambios del macroambiente terrestre.

Todo este florecimiento disfórico se sitúa a contracorriente del optimismo “humanista” que predominó durante los tres o cuatro últimos siglos en la historia de Occidente. Pre-sagia, si no es que ya refleja, algo que parecía estar fuera del horizonte de la historia en tanto que epopeya del Espíritu: la ruina de nuestra civilización global en virtud, precisamen-

2013, la segunda y tercera partes, de los Grupos de Trabajo II (sobre impactos, adaptación y vulnerabilidad) y III (sobre las opciones para mitigarlo), se presentaron, respectivamente, en marzo y abril de 2014. Como es sabido, las proyecciones del IPCC tienden a contarse entre las más moderadas de las que circulan entre la comunidad científica en lo que respecta a la intensidad y el ritmo de los cambios climáticos.

³ Sobre la cinematografía apocalíptica, consúltese el ensayo *L'Apocalypse cinéma: 2012 et autres fins du monde*, de P. Szendy (2012), que comenta trece películas sobre el fin del mundo y contiene referencias instructivas a decenas de otras. Para un análisis de esta proliferación en el curioso caso de las fantasías distópicas dirigidas a un público de adolescentes del sexo femenino, véase Amanda Craig, “The Hunger Games and the Teenage Craze for Dystopian Fiction”, *The Telegraph*, 14 de marzo de 2012.

te, de su hegemonía irrefutada, una caída que podrá arrastrar consigo a sectores considerables de la población humana. Empezando, claro, por las masas miserables que viven en los guetos y basureros geopolíticos del “sistema mundial”; pero es propio de la naturaleza del colapso inminente el hecho de que va a afectar a todos, de una u otra manera. Por eso, la crisis no sólo interpela a las sociedades que integran la civilización dominante, de corte occidental, cristiano y capitalista-industrial, sino a toda la especie humana —incluso, y sobre todo, a los numerosos pueblos, culturas y sociedades que no se encuentran en el origen de dicha crisis, por no hablar de los otros muchos miles de linajes de seres vivos que están en peligro de extinción o que ya desaparecieron de la faz de la tierra debido a los cambios ambientales ocasionados por las actividades “humanas” —.⁴

Ese desastre civilizacional y demográfico se imagina a veces como resultado de un evento “global”, a saber: la extinción súbita de la especie humana o incluso de toda la vida terrestre, desencadenada ya sea por un “acto de Dios” —un supervirus letal, una explosión volcánica, la colisión de un cuerpo celeste, una megatempestad solar—, o por el efecto acumulativo de intervenciones antrópicas en el planeta, como sucede en la película *The Day After Tomorrow* (2004) de Roland Emmerich, o bien, finalmente, por una guerra nuclear al viejo estilo. Otras veces, el desastre tiende a describirse de una manera más realista (sobre todo si se observan los sucesivos escena-

rios que han ido proponiendo las ciencias que estudian las interacciones entre la geósfera, la hidrósfera, la atmósfera y la biósfera, el llamado “Sistema Tierra”), como un proceso de degradación que ya inició, extremadamente intenso, crecientemente acelerado y en muchos aspectos irreversible, de las condiciones ambientales que han presidido la vida humana durante el Holoceno (época del periodo Cuaternario que sucede al Pleistoceno, a partir de los 11,700 años a.n.e.), con sequías sucedidas por huracanes e inundaciones, pérdidas masivas de cultivos agrícolas seguidas de pandemias humanas y animales, guerras genocidas en medio de extinciones biológicas que afectan a géneros, familias e incluso filos enteros, en una sucesión de efectos de retroalimentación perversos que habrán de arrastrar a la especie paulatinamente, en un proceso de “violencia lenta”⁵ —cada vez menos lenta, al parecer—, hacia una existencia material y políticamente sórdida, eso que Isabelle Stengers llama “la barbarie por venir”, y que, según todos los indicios, será tanto más bárbara conforme el sistema tecnoeconómico dominante (el capitalismo mundial integrado) prosiga su *fuite en avant*.

No sólo las ciencias naturales y la cultura de masas que de ellas se alimenta registran la deriva del mundo. Incluso la metafísica, que es, notoriamente, la más etérea de las especialidades filosóficas, empieza a reflejar la inquietud generalizada. Durante los últimos años se han venido elaborando, por ejemplo, nuevos y sofisticados argumentos conceptuales que se proponen “acabar con el mundo” a

⁴ El problema de la pertinencia o no del concepto de especie humana o “humanidad” para enmarcar la reflexión y la acción de las colectividades políticas que existen actualmente ante la crisis ambiental (Estados, pueblos, partidos, movimientos sociales) se retomará en la conclusión de este ensayo.

⁵ Véase Rob Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Harvard University Press, Cambridge, 2011.



Francisco de Goya, *Vuelo de brujas*, 1798

*Las distopías, en fin, proliferan;
y un cierto pánico perplejo
(peyorativamente tachado de
"catastrofismo"), cuando no un
entusiasmo medio macabro (que en
épocas recientes se popularizó bajo
el nombre de "aceleracionismo"),
parecen flotar sobre el espíritu
de nuestro tiempo.*

su modo:⁶ ya sea acabar con el mundo como, ineludiblemente, mundo-para-el-hombre, para justificar el acceso epistémico pleno a un "mundo-sin-nosotros" que se articularía absolutamente antes de la jurisdicción del Entendimiento, o bien acabar con el mundo-como-sentido, para determinar el Ser como pura exterioridad indiferente; como si el mundo "real", en su contingencia e insignificancia radicales, tuviera que "realizarse" contra la Razón y el Sentido.

Si bien es cierto que muchos de estos fines-del-mundo metafísicos no tienen más que una relación motivacional indirecta con el evento físico de la catástrofe planetaria, no por ello dejan de expresarlo, de reflejar la vertiginosa sensación de incompatibilidad —si no es que de *imposibilidad*— entre el ser humano y el mundo, pues son pocas las áreas de la imaginación contemporánea que no se han visto sacudidas por el violento reingreso de la nóosfera occidental en la atmósfera terrestre, en un verdadero e inaudito proceso de "*transcendencia*". Nos creíamos destinados al vasto océano sideral, y henos aquí, rechazados de vuelta hacia el puerto del que partimos...

Las distopías, en fin, proliferan; y un cierto pánico perplejo (peyorativamente tachado de "catastrofismo"), cuando no un entusiasmo medio macabro (que en épocas recientes se popularizó bajo el nombre de "aceleracionismo"), parecen flotar sobre el espíritu de nuestro tiempo. El famoso "*no future*" del movimiento punk se ve súbitamente revitalizado —si es que conviene este término—, y también vuelven a surgir profundas inquietudes

de dimensiones comparables a las presentes, como las suscitadas por la carrera nuclear de los no tan lejanos años de la Guerra Fría. Por ello es imposible olvidar la conclusión seca y sombría de Günther Anders en *Le temps de la fin* (2007), un texto capital sobre la "metamorfosis metafísica" de la humanidad después de Hiroshima y Nagasaki: "*La ausencia de futuro ya empezó*".

Así, este futuro-que-se-acabó ha vuelto, lo cual sugiere que tal vez nunca dejó de empezar: ¿en el Neolítico? ¿en la revolución industrial? ¿a partir de la Segunda Guerra Mundial? Aunque la amenaza de la crisis climática es menos espectacular que la de los tiempos del peligro nuclear (misma que, hay que subrayarlo, no ha dejado de existir), su ontología es más compleja, tanto en lo que concierne a sus vínculos con la agencia humana, como a su cronotopo paradójico.⁷ Su llegada recibió "nuestro" nombre, *Antropoceno*, una designación propuesta por Paul Crutzen y Eugene Stoermer para lo que estos autores entienden como la nueva época geológica que sucedió

⁶ Por acabar "a su modo", entiéndase: demoler los *conceptos* de mundo elaborados por la filosofía moderna, desde Kant hasta Derrida y más allá; véase Sean Gaston, *The Concept of World from Kant to Derrida*, Rowman & Littlefield, Londres, 2013.

⁷ "Una guerra nuclear habría sido una decisión consciente por parte de los que detentan el poder. Los cambios climáticos son una consecuencia no intencional de las acciones humanas, y sólo el análisis científico puede mostrar que son efecto de nuestras acciones como especie". Dipesh Chakrabarty, "The Climate of History: Four Theses", *Critical Inquiry*, 35, 2009, p. 221.

al Holoceno, iniciada en la revolución industrial e intensificada tras la Segunda Guerra Mundial.

▪ Sobre la relación un tanto paradójica entre el surgimiento de una consciencia “biosférica”, la perspectiva a partir del espacio exterior, la consolidación de la teoría del cambio climático y la carrera armamentista de la Guerra Fría (incluido el programa *Star Wars* de Reagan), será interesante para el lector leer los trabajos de Joseph Masco⁸ y el libro citado de Peter Szendy.

nuestro clima ha acumulado una cantidad de calor equivalente a la explosión de cuatro bombas de Hiroshima por segundo, lo cual equivale a un total de 2,115,122,800 bombas desde 1998 hasta el “presente” (esto es, hasta el 2/07/2014 a las 14:45, hora de Brasilia, cuando consultamos por última vez el widget <http://4hiroshimas.com>).¹⁰ (Para una ilustración de la relación fuertemente simbólica —la “prolongada oscilación entre el sonido y el sentido”, diría Valéry— entre los nombres “Hiroshima” y “Katrina”, véase AAP¹¹) En suma, el viejo proyecto

“La revolución ya sucedió... los eventos con los que tenemos que lidiar no están en el futuro, sino, en gran parte, en el pasado [...] hagamos lo que hagamos, la amenaza seguirá con nosotros durante siglos, o milenios”.

En una *TED Talk* reciente,⁹ James Hansen, hablando sobre el desequilibrio energético temporal del Sistema Tierra causado por la acumulación de gases de efecto invernadero (la diferencia entre la cantidad de energía o calor que entra en el sistema y la cantidad que se vuelve, reflejada, hacia el espacio), sugirió una elocuente equivalencia entre el calor que se acumula a diario en los “reservorios” del planeta (el océano, los glaciares y la tierra), a saber, 0.58 W/m², y el calor de la explosión de cuatrocientas mil bombas atómicas. Al respecto, véase también el excelente blog *Skeptical Science*, creado por John Cook, según el cual

occidental de incrementar continuamente la cantidad de energía disponible *per capita*¹² parece estar acercándose, a partir de la aceleración de los procesos de obtención de esa energía con la revolución industrial, a un muro contra el cual nuestra especie corre el riesgo de chocar espectacularmente.

▪ Aunque ya se habían propuesto términos como “Antroceno”, “Antropósfera” o inclu-

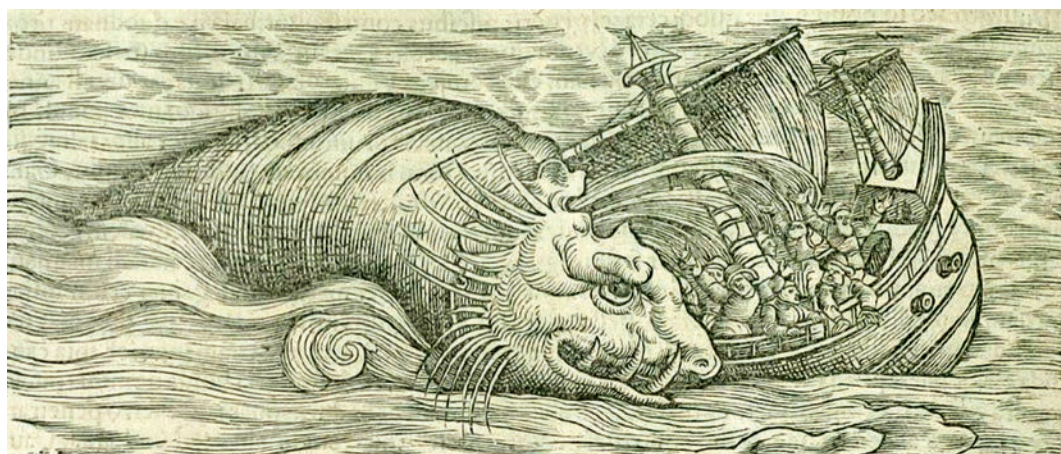
⁸ “Bad Weather: On Planetary Crisis”, *Social Studies of Science*, 40 (1), 2010, pp. 7-40; “The End of Ends”, *Anthropological Quarterly*, 85 (4), 2012, pp. 1107-1124.

⁹ Véase “Why I Must Speak out About Climate Change”, 2012, disponible en www.ted.com

¹⁰ Véanse www.skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-worth-of-heat-per-second.html y www.skepticalscience.com/4-Hiroshima-bombs-per-second-widget-raise-awareness-global-warming.html. [...] John Lyman (Universidad de Hawái) ya se había referido a la bomba de Hiroshima en el caso de la temperatura del océano, en entrevistas acerca del estudio Lyman et. al., “Robust Warming of the Global Upper Ocean”, *Nature*, 465, 2010, pp. 334-337.

¹¹ “Climate Change Likened to Heat of Bomb Blasts”, *The Sydney Morning Herald*, 23 de junio de 2013.

¹² Véase Claude Lévi-Strauss, *Race et histoire*, Gonthier/Unesco, París, 1961, p. 55.



Anónimo, *Serpiente de mar*, grabado medieval

so "Antropoceno" en el siglo pasado (e incluso un poco antes), se cuenta que fue durante una discusión en un encuentro del International Geosphere-Biosphere Programme (IGBP) cerca de la Ciudad de México, en el año 2000, cuando el químico (ganador del Nobel) Paul Crutzen propuso el concepto por primera vez, lo publicó poco después junto con su colega Eugene Stoermer,¹³ y lo formalizó en 2002 en el artículo "Geology of Mankind". La comunidad científica aún se encuentra examinando esta propuesta, que se evaluará en el próximo Congreso Internacional de Geología, en 2016. Recientemente, Crutzen dijo que se inclinaba más a sugerir las pruebas nucleares como marca del inicio diagnóstico (el "golden spike") del Antropoceno.

El Antropoceno (o cualquier nombre que se le quiera dar) es una época, en el sentido geológico del término, pero, en lo que respecta a la especie, apunta hacia el fin de la "epocali-

dad" en cuanto tal. Aunque haya comenzado con nosotros, muy probablemente terminará sin nosotros: el Antropoceno sólo deberá dar lugar a otra época geológica mucho después de que hayamos desaparecido de la faz de la Tierra. Nuestro presente es el Antropoceno; éste es nuestro tiempo. Pero este tiempo presente se va mostrando como un presente sin porvenir, un presente pasivo, portador de un karma geofísico que está *enteramente fuera de nuestro alcance* anular —lo cual hace más urgente e imperativa la tarea de mitigarlo: "La revolución ya sucedió... los eventos con los que tenemos que lidiar no están en el futuro, sino, en gran parte, en el pasado [...] hagamos lo que hagamos, la amenaza seguirá con nosotros durante siglos, o milenios".¹⁴ **U**

¹⁴ Bruno Latour, *Facing Gaia: six lectures on the political theology of nature*, Edinburgo, del 18 al 28 de febrero de 2013, disponible en www.bruno-latour.fr/sites/default/files/downloads/GIFFORD-ASSEMBLED.pdf, p. 109.

¹³ "The Anthropocene", International Geosphere-Biosphere Programme, *Newsletter*, 41, 2000.

Tomado del libro *Há mundo por vir? Ensaio sobre os meios e os fins*, de Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro, Cultura e Barbárie Editora/Instituto Socioambiental, Desterro (Florianópolis), 2014.



Cotorras serranas orientales, Nuevo León. Foto: Patricio Robles Gil



EL MUNDO QUE PERDEMOS

Eugenio Fernández Vázquez

LA TRISTEZA DE LOS SIMIOS

Se parece a escuchar un diagnóstico incurable. Da igual si conocemos al paciente o no: siempre deja la sensación de ser algo terriblemente injusto, absurdo y doloroso. Así nos sentimos cuando, frente a una amplia jaula del zoológico de Budapest, Gábor Simonyi, encargado de comunicación del parque, nos habló del destino de los monos que la ocupaban. Había diez o doce simios de torso anaranjado —“mangabeyes de vientre dorado”, me corrigió después— que mataban el tiempo saltando de rama en rama, o rompiendo cocos contra el piso. “Los de su especie ocupan un terreno diminuto en el Congo, que cada vez se reduce más, y las amenazas no cejan”, nos comentó Simonyi con tristeza. Nos contó también que por un tiempo hubo esperanza para los mangabeyes, porque, aunque nosotros no notáramos la diferencia, en aquella docena de monos había un macho y el resto eran hembras. El problema había sido que las simias despreciaron al semental y el pobre no había logrado aparearse con ninguna de sus congéneres; su falta de habilidades para la seducción y la inapetencia de las hembras aumentaba la posibilidad de que se extinguieran. Sin perder esa sonrisa discreta y rígida tan parecida a la que ponen los médicos para protegerse del dolor de sus pacientes, Simonyi remató el diagnóstico con una disculpa que no sirvió de nada: “No es del todo culpa suya. Ningún zoológico ha logrado reproducirlos en cautiverio, así que muy probablemente éstos serán los últimos de su especie”.

Bendecido por la ignorancia, mantenía la entereza de quien sabe que el mundo es suyo, aunque sea por ahora.

Los miré de nuevo y encontré en ellos, como en todos los simios en cautiverio, una expresión de tristeza, de melancolía, que les opacaba el rostro. Wisława Szymborska la vio también en otros monos, y advirtió que es terriblemente infecciosa: sus ojos, sostenía, “hundían en una tristeza imprevisible / hasta a los mismos ángeles”. Detrás de esa expresión oscura, Szymborska adivinaba su calidad de casandras animales: saben del futuro negro que nos acecha, de la extinción que se nos viene encima, pero nadie les cree. “¿De qué reírse aquí?”, se preguntan. ¿A qué sonreír si todo va irremediablemente hacia su fin?

En libertad, por el contrario, los monos parecen mucho menos conscientes de las amenazas que se ciernen sobre ellos y se entregan a una vida vigilante, pero que parece placentera. En la selva de Quintana Roo, por ejemplo, me topé con un saraguato que nos vigilaba desde lo alto de un ficus. En cuanto se supo descubierto, nos amenazó con un gruñido y dio a su grupo la voz de alarma con un grito que lo estremeció todo, y los demás respondieron con rugidos igual de sobrecogedores. Cuando dio por cumplida su misión de centinela, saltó con enorme agilidad de una rama a otra y se hundió en el laberinto verde y húmedo de la jungla.

Si algo alcancé a ver entre sus enormes fauces fue cierto desdén hacia nosotros, pero nunca nostalgia. A diferencia de sus colegas enjaulados, ese saraguato no sabía que la supervivencia de su especie pende de un hilo, que la Selva Maya que habita está amenazada por los hoteleros, por los plantíos de soya,

por los pesticidas de Monsanto. Bendecido por la ignorancia, mantenía la entereza de quien sabe que el mundo es suyo, aunque sea por ahora.

EL SILENCIO DE LAS AVES

Así como la presencia de los saraguatos se descubre más fácil con los oídos que con los ojos, gracias a los rugidos que sacuden la selva, el silencio que dejan las aves al partir es sobrecogedor. Poco después de visitar la selva de Quintana Roo estuve en Tapalpa, Jalisco. Caminaba con mi padre por un bosque de pinos cuando de pronto hizo un alto. Miró a su alrededor, como si algo que no identificaba estuviera fuera de lugar. Avanzó dos pasos más, y pareció entender lo que faltaba. “Cuando éramos chicos, aquí nunca estaba tan callado”, dijo. “Siempre se oían los pájaros carpinteros pegándole a los árboles.” Recordó también que los ecos de su tamborileo incesante llenaban esos cerros y aquel nuevo silencio le parecía como un trozo de infancia perdido sin remedio, como cuando desaparece una heladería a la que íbamos de niños o cuando muere un maestro al que se recordaba con cariño.

El silencio de las aves hace que los bosques parezcan un cascarón vacío. Los árboles, después de todo, no son sino las columnas que sostienen el resto del ecosistema, y si ese ecosistema calla, el andamiaje pierde sentido, se convierte en un almacén inútil, en el esqueleto inerte de algo que tuvo carne y color, y que fue muy bello. Lo mismo pasa en las ciudades. En muchas partes de la Ciudad de México, los mirlos anuncian la salida del sol como lo hacen los gallos en el campo. Es un canto semejante al clarinete, y por momentos parece una conversación: el mirlo avisa que va a hablar, después suelta una frase y cierra con



Pareja de albatros en la isla Prion, Georgia del Sur. Foto: Patricio Robles Gil

un silbido que repite varias veces. Cuando ese canto no acompañe al sol que se asoma sobre los volcanes, la capital habrá quedado a merced del escape de los camiones y de las sirenas de la policía. Como la niñez de mi padre, de la que no quedó más que silencio, de la ciudad no nos quedará más que el ruido y el esmog.

Tristemente, esto lleva mucho tiempo ocurriendo. Hace más de medio siglo que Rachel Carson, una bióloga y escritora estadounidense, escribió sobre la *primavera silenciosa* a la que los pájaros, simplemente, no llegaron, y sobre las ciudades que perdieron su canto. Lo que Carson mostró es que, para cubrir de maíz, trigo, avena y otros monocultivos las enormes extensiones del corazón agrícola de su país, se había rociado con DDT y otros químicos todo lo que no fuera un cultivo. El resultado fue una hecatombe de proporciones nunca vistas. Murieron aves de todas las especies,

los depredadores de las aves y las plantas, que de cualquier forma se plagaron porque las pestes y los insectos mostraron una enorme resistencia al veneno. Cinco décadas más tarde, el DDT está prohibido, pero las cosas no han cambiado. Hoy sabemos que el problema no era solamente el pesticida, sino el afán de controlar por completo el orden natural. Y en eso seguimos siendo los mismos.

LA OSCURIDAD DE LAS MARIPOSAS

Ya lo lamentaba José Emilio Pacheco: la humanidad siente un profundo desdén por la fantasía. En cambio, tiene un gusto insaciable por lo servil:

Matamos al centauro y al unicornio.

Sepultamos al fénix en sus cenizas.

Conservamos la vaca, el perro, el conejo:

Tiene indudable riesgo el inconformismo.



Oso polar en la isla de Svalbard, Noruega. Foto: Patricio Robles Gil

Aún cuando de dientes para afuera se afirma que amamos a los quetzales, los pumas o los tapires, mientras no se sujeten a nuestros designios —o al menos a los designios de los más poderosos— seguirán amenazados. Ninguno de ellos gusta lo suficiente como para que sus bosques sean respetados, pues ocupan un espacio que muchos preferirían ver cubierto por algo mucho más simple y uniforme: monocultivos de soya, palma africana, leguminosas que se vendan en dólares; pastizales para el ganado que rumia sin rebeldía y establos de cerdos que engordan para nuestro deleite.

Ya no se usa DDT, pero sí glifosato y otros tóxicos similares, que tienen nuevas víctimas. La mariposa monarca, que lo había resistido todo, está amenazada por la agricultura industrial. En su larguísima migración, que toma tres generaciones y a veces lleva a estos insectos desde Canadá hasta las Islas Canarias, el primer relevo paraba a reproducirse en los grandes campos del centro de Estados

Unidos. La segunda generación nacía de los huevos que esas primeras viajeras ponían en el algodóncillo, una planta que lo aguanta casi todo y que había sobrevivido a cien años de agroquímicos y agricultura industrial. Entonces llegó el glifosato, diseñado explícitamente para acabar con ella. Lo único que sobrevive a ese veneno son las plantas modificadas genéticamente para resistirlo. Hoy, las mariposas monarcas que logran llegar más allá del río Bravo son muy pocas.

Hace dos años fui a buscarlas al santuario de la comunidad de Corral de Piedra, en la frontera entre Michoacán y el Estado de México. Esperaba deslumbrarme con las ramas de oyamel que las mariposas tornaban antorchas, doblándolas con su peso y encendiéndolas con sus alas de colores ígneos. Apenas pude verlas. Quedaban algunos enjambres allá, lejos en lo alto. Si antes envolvían a los visitantes con su aleteo tranquilo que pintaba el cielo de naranja, ahora apenas echaban un poco de sombra. El guía que me acompa-

El miedo y la superstición han sido el motor de ese "trágico impulso humano", como lo llamaba José Emilio Pacheco, de "destruir lo mismo al semejante que al distinto".

ñaba se disculpó, apenado. "Hacemos lo que podemos", dijo. "Ya no tiramos árboles y al contrario: donde habíamos cortado madera ahora sembramos oyameles, pero esto pasa mucho más lejos que nuestro ejido. El problema ya no son nuestros bosques, que se recuperaron. El problema es que los pesticidas las matan en el camino".

LAS CAUSAS DEL SUICIDIO

Al hablar de la primavera silenciosa, Carson evoca las palabras de Paul Shepard, pionero del ambientalismo, para hacerse una pregunta que cada día es más pertinente:

¿Por qué deberíamos tolerar una dieta de venenos débiles, vivir en un ambiente insípido, un círculo de conocidos que no son del todo nuestros enemigos, el ruido de motores que por poco nos vuelve locos? ¿Quién querría vivir en un mundo que está a un paso de ser fatal?

A veces la avaricia y la soberbia del poder pueden más que las ganas de llevar una vida luminosa. Para mostrarse verdaderamente imperiales, los romanos cazaron casi hasta la extinción al león del Atlas. Julio César llegó a tener 600 ejemplares y todos los imperios que siguieron al suyo se ensañaron con ese magnífico felino. Los últimos fueron los ingleses, que además de apresarlos para exhibirlos en su isla, introdujeron el rifle de repetición en el Magreb, al norte del Sahara: los cazadores locales terminaron la tarea de acabar con el más bello de los leones y con todas sus presas. Hoy no quedan más que fotografías en sepia y esculturas en mármol.

En otras ocasiones, el miedo y la superstición han sido el motor de ese "trágico impulso humano", como lo llamaba José Emilio Pa-

checo, de "destruir lo mismo al semejante que al distinto". Es lo que les ha pasado a los murciélagos, entre otros animales amenazados. Como recoge una canción infantil muy reciente, estos mamíferos voladores tienen mala fama "y fueron Drácula y Batman los que armaron este enredo"; a veces la rabia contra ellos está justificada, aunque la ignorancia la multiplica hasta salirse de toda proporción. Así ocurría en las montañas del centro de Guerrero hasta hace apenas unos años. Los campesinos de la zona sabían que los murciélagos chupaban la sangre de las vacas y las contagiaban de una enfermedad mortal, así que hacían todo lo posible por erradicarlos, echando humo en sus cuevas para no darles cuartel. Lo que no sabían era que la especie dañina es sólo una de las muchas que hay en la región; las demás no sólo son inofensivas, sino necesarias. Como aprendieron esos mismos campesinos de la mano de Catarina Illsley —extraordinaria bióloga y promotora del desarrollo rural—, si hubieran tenido éxito en su campaña contra los murciélagos se habrían quedado sin agave para vender el mezcal del que viven: los murciélagos polinizan sus flores al alimentarse del néctar —como abejas gigantes—, y son clave para poder producirlo.

El suicidio —eso es atentar contra el planeta: un suicidio en cámara lenta— nunca pasa porque sí. Ocurre porque la soberbia nos hace sentir inmortales, que perdamos el miedo y, con él, el instinto de supervivencia. Ocurre también porque, a veces, el miedo a lo vivo

puede más que el miedo a la muerte. Lo bueno es que, a diferencia de las extinciones, tanto la soberbia como el miedo tienen remedio, y ese remedio está en nuestras manos.

LA CURIOSIDAD COMO REMEDIO

Ese impulso arrasador que nos deja sin pájaros carpinteros, sin mangabeyes, sin leones, sin murciélagos ni mariposas, como ya nos dejó sin dodos, sin rinocerontes negros y sin cuagas, tiene cura. El remedio pasa, al menos en parte, por aprender a maravillarnos ante lo que nos rodea. Para lograrlo hace falta educar la sensibilidad, tanto el corazón como la cabeza.

Para poder disfrutar la danza del unicornio —¿quién hubiera pensado que, para existir, se refugió en el Ártico y se hizo narval?—, para deleitarse con el canto de las aves y la mirada de los monos, hay que reforzar nuestra capacidad de asombro mediante la curiosidad y el aprendizaje. Hay que entender, por ejemplo, que en los patrones que adornan el lomo de cada rana va inscrita la historia del mundo. ¿Cuántas generaciones de anfibios a los que salió una mancha como a nosotros nos sale un lunar, cuántas casualidades que pusieron al sapo del lunar a salvo de la serpiente y en el camino de la hembra, cuántos millones de huevecillos escondidos en la bromelia más alta de la selva, cuántos brincos asustados de charco en charco hay detrás de ese patrón? En su lomo, este anfibio lleva las marcas de millones de años de vidas y muertes. En la piel, cada batracio lleva la marca de las incontables generaciones que lo precedieron en esas mismas aguas, desde mucho tiempo antes de que nuestra especie llegara a existir. Saberlo y sentirlo son la única manera de entusiasrnos por su defensa.

Hay que entender, también, que lo que vemos son apenas unos cuantos hilos de una amplia red que sostiene nuestro mundo. Hace apenas unos años lo explicó el ecologista británico George Monbiot: los lobos cambian el curso de los ríos. Cuando regresaron estos depredadores al parque de Yellowstone, en Estados Unidos, alejaron a los venados de la orilla de los arroyos y, con ello, permitieron que volviera la vegetación. Detonaron entonces una reacción en cadena por la cual volvieron las moras a nacer en los cauces, y con ellas llegaron las aves. Los ríos recuperaron sus remansos y en ellos reaparecieron los peces, y tras los peces, los osos. Cauce abajo, gracias a los lobos, en lugar de las grandes avenidas de agua que todo lo inundaban en época de lluvias, los pueblos recuperaron sus riachuelos, y con ellos la pesca. Al final, los lobos devolvieron al hombre un mundo que se había perdido.

Entender eso y saber aunque sea un poco de una especie, apenas lo suficiente para asombrarse, es abrir la puerta para una nueva relación con la biosfera. Por eso es tan importante la labor del maestro Gregorio que Manuel Rivas retrató en el cuento “La lengua de las mariposas”. Don Gregorio, como los buenos maestros de biología, no enseñaba a memorizar listas, enseñaba a admirar el mundo, a sentir curiosidad por él —“¿Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas”—.

Con inteligencia y sensibilidad podemos inventar una forma nueva de estar en el mundo, una que no implique el suicidio con glifosato, que no nos condene a ocupar un planeta apenas habitable. Si aprendemos a asombrarnos con la lengua de las mariposas, podremos salvarnos del silencio que nos acecha. **U**



CARTA A KAFKA

Corinna Ada Koch

Ciudad de México, 27 de septiembre de 2017

LOS ANTISOMNÍFEROS

Este domingo, cuando usamos nuestro vehículo para cruzar la cadena montañosa que abraza esta ciudad como una garra de hierro, de pronto me vinieron a la mente tú y todas esas cartas sin responder que he cargado de ciudad a ciudad y de década a década, y en el transcurso de los años han anidado en mi abrigo como chinches. Luego de la última vez que caminamos juntos —tú a mi lado en tu típico modo de andar, algo torpe e inclinando levemente tu cuerpo esmirriado— me escribiste que, en ese momento, se te ocurrió qué era lo que nos faltaba: “cuando hablamos, las palabras son duras; pisamos sobre ellas como si fuesen un pavimento inestable. Las cosas más sutiles adquieren pies torpes y no podemos hacer nada por remediarlo”.¹ Durante el carnaval debí haber ido a tu casa en Praga, pero te dejé plantado sin decir palabra.

Mi prolongado silencio, durante el que tus cartas, que extrañaban a su interlocutor, poco a poco se convirtieron en un diálogo interno, se debe a motivos muy profundos. Aún no sé cómo escribírtelo, y menos si tomamos en cuenta que no he tocado una pluma en casi diez años y que han pasado veinte desde que había pliegos de papel para cartas sobre mi escritorio, en espera de ser llenados. Debes saber, amigo, que

¹ Franz Kafka, *Gesammelte Werke. Briefe 1902-1924*, Berlín, 1958.

los hombres de hoy han dejado de creer en la palabra. Sé que te resulta difícil de imaginar, a ti, una persona que tiene a sus manos por vacías e inútiles cuando no sienten una pluma o un lápiz. Sólo podías aguantar unas horas; después te ibas corriendo a tu cuarto para trasladar al papel estos pequeños trozos de tu vida vivida en ese tiempo. Alguna vez escribiste que las cartas eran un antisomnífero maravilloso. "¡En qué estado llegan a nosotros! Secas, vacías y excitantes, una alegría momentánea seguida de largo sufrimiento. Mientras uno la lee ensimismado, se yergue el poco sueño que uno tiene, se marcha volando por la ventana abierta y no regresa en mucho tiempo".² Hoy tus provocativos anti-somníferos han decaído en una suerte de hipo neurótico. No es todo, pues las oraciones se están quebrando para convertirse en meros eslóganes, y las palabras empiezan a ser pequeñas ilustraciones que, de modo grotesco e infantil, imitan una descripción bien articulada. Pero no están cansados de decir cosas los hombres; al contrario, hablan y hablan sin cesar, pero evitan expresar algo, pues la raza humana de nuestros días es adicta a la aprobación de los demás. "Eso lo reconozco", me dirás, pensando de inmediato en tu señor padre, pero hoy funciona de manera distinta, querido Franz; hoy se busca la aprobación de todos. Y respecto a ella, nos hemos convertido en glotones, y por tanto nos pusimos de acuerdo para usar un simple símbolo en la correspondencia escrita, un símbolo que ya utilizaron los romanos antiguos en sus coliseos: el pulgar arriba.

En la misma carta cerraste con lo siguiente: "No pude haber sabido que llegarías a leer



André Kertész, *La pipa y los lentes de Mondrian*, 1926

incluso esta última cuartilla, así que garabateé estas líneas extrañas, aunque no formen parte de la carta".³ Por su tono de charla, ese tipo de textos, medio visibles y escritos con rapidez en una orilla, la posdata con su aire avergonzado o incluso la nota a pie, luchando por la facticidad, tienen mucho en común con la manera en la que se comunican los humanos hoy en día. Es una forma de manifestación textual a tientas, un movimiento de correspondencia como el de una oruga que está palpando el suelo mientras se mueve hacia to-

² Franz Kafka, *Cartas a Milena*, Alianza Editorial, 2016.

³ *Idem*.



das las direcciones posibles, dispuesta a dar marcha atrás para —en cualquier momento, utilizando una cantidad de ornamentos metafóricos— aniquilar el pensamiento apenas llegado al mundo. El sabotaje de las ideas propias, trasladadas al papel, provoca cierta complicidad del otro y nos permite poner en duda el hecho de que nos presta atención. ¿Para qué sirve la correspondencia, entonces, y para qué el contacto, si no se trata de comprender al otro o de indagar en sus pensamientos e impresiones? Concluiste tu carta de febrero con las siguientes palabras: "llevamos tres años hablándonos; en algunos casos ya no se

distingue entre lo mío y lo tuyo. Muchas veces no me es posible decir qué viene de mí y qué de ti, y tal vez tú lo sientas igual."⁴

He intentado de abstenerme en la medida de lo posible de esta matanza del lenguaje, querido amigo, pero tú mejor que nadie sabrás que se necesitan dos para iniciar una correspondencia. Aun cuando uno de los dos se vaya quedando callado con el tiempo, sus palabras no dejan de resonar en el espacio mental que se abrió entre ambos. La última carta, escrita sin esperar a ser respondida, cierra el círculo con la primera. Se cortan las conexiones, se cierra el espacio mental y lo que queda son sus segmentos reales, las cartas. ¿Dónde están las cartas de hoy?, me preguntarás. En California. Ahí se encuentran almacenadas en máquinas computadoras gigantescas, que llenan silos completos donde, muy juntas y en silencio completo, están esperando su entrada.

FANTASMAS

Si pudieras saber, querido amigo mío, cómo extraño la sensualidad en estos tiempos nuevos.

Hace más de medio siglo que abrí una carta perfumada en cuyo papel de fibras finas se había impregnado la letra redonda de una mujer. Hoy las mujeres ya no huelen y también a los mensajes de amor se les quitó el componente táctil. Todavía existen las cartas de amor, sin duda, sólo que ahora pasan por diminutos monitores de bolsillo que los hombres llevan consigo y que consultan a cada rato, tal como en nuestros tiempos lo hicieron los devotos con sus biblias pequeñas. La curiosidad me hace espiar a los amantes cuando, en el subterráneo o en algún café, clavan sus ojos en esos pequeños monitores y se les

⁴ *Idem.*



André Kertész, *Washington Square*, 1952

escapa una sonrisa encantada. Como antes, sólo que, a toda prisa, los mensajes pasan del uno a otro. Los objetos sagrados del amor, sin embargo —los que antes, con un miedo atormentador, se le arrancaban al otro y se adjuntaron a la carta como si fueran una reliquia—, han dejado de existir. Ya no se cortan mechones de pelo para evocar al querido como a un tótem, ya no se guardan los pañuelos de la amada, los libros ya no llevan dedicatoria, y nadie lleva el retrato del adorado en un amuleto sobre el pecho. Lo que quedó son las fotografías: archivadas por centenares en el aparato; las fotos formulan una reclamación mutua de posesión. De ese modo, las parejas se entregan a la labor de sacar esas fotografías, de almacenarlas y difundirlas para, en la época actual del yo, atar al otro a uno mismo.

Regresemos a la sensualidad. ¿Te acuerdas de nuestro amigo Marcel Proust? ¿Y de su fantástico relato *En busca del tiempo perdido*, en el que el pobre Marcel describe el desmoronamiento del tiempo y, con ello, o así lo sintió, la desintegración de su propio ser? Acuérdate también de la experiencia clave de la novela, causada por el sabor de una magdalena sumergida en un té de tila. Él escribió:

Un placer delicioso me invadió, me aisló, sin noción de lo que lo causaba. Y él me convirtió las vicisitudes de la vida en indiferentes, sus desastres en inofensivos y su brevedad en ilusoria, todo del mismo modo que opera el amor, llenándose de una esencia preciosa; pero, mejor dicho, esa esencia no es que estuviera en mí: es que era yo mismo. Dejé de sentirme mediocre, contingente y mortal.⁵

En tu parecer, querido amigo, incluso las cartas fueron un asunto muy poco sensual, y la distancia con el otro, con la amada en particular, te pareció una tortura. La distancia, sin embargo, también puede tener su lado seductor. En ocasiones se vuelve un velo con el efecto de que el objeto del amor sea aún más misterioso e inalcanzable y, por consecuencia, aún más perfecto. La amada se convierte en una ciudad en el horizonte cuya silueta fantástica es dibujada por el sol del amanecer. El régimen de las cartas que buscaban superar la distancia te angustiaba, pero fueron ellas las que dieron cuerpo a tu amor. Hablabas de la naturaleza fantasmal de las cartas y te quejabas:

⁵ Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*. Por el camino de Swann, Alianza, Madrid, 1975.

¡A quién se le habrá ocurrido pensar que la gente podía relacionarse por correspondencia! Se puede pensar en una persona lejana y se puede tocar a una persona cercana; todo lo demás supera las fuerzas humanas. Pero escribir cartas significa desnudarse delante de los fantasmas, algo que ellos esperan ansiosos. Los besos escritos no llegan a su destino, sino que ellos se los beben en el camino. Con una alimentación tan sustanciosa se multiplican copiosamente. La humanidad lo percibe y lucha contra ello; para eliminar en lo posible lo espectral entre los hombres, y lograr el contacto natural, la paz de las almas, ha inventado el ferrocarril, el automóvil, el aeroplano, pero ya no hay ayuda posible, son manifiestamente inventos hechos ya en el despeñadero. La parte contraria es mucho más serena y fuerte; ha inventado, después del correo, el telégrafo, el teléfono, la telegrafía sin hilos. Los fantasmas no morirán de hambre, pero nosotros nos iremos a pique.⁶

Tuviste la razón, querido Franz, hoy tus fantasmas andan por todos los lados de este planeta —es el silencio que tomó el lugar de decir simplemente no, el silencio del opuesto en cuanto no es capaz de levantar el puño—. La gente lo llama *ghosting*.

EL TERROR DEL AHORA

Más tarde, en el invierno, me mandaste las siguientes líneas:

Te quisiera haber escrito antes de que vinieras. Si uno le escribe a otro, los dos están unidos por una suerte de cuerda, aun cuando luego dejan de hacerlo, y, por si la cuerda estuviera rota,

aunque no haya sido sino un hilo, la quiero anudar provisionalmente y con rapidez.

Déjame explicarte, entonces, que el tiempo ha dejado de transcurrir; por eso los hombres ya no cuentan con una sensación relacionada con las corrientes del devenir. Se disolvió el punto de unión en el que anteriormente se concentraba el tiempo y en el que se condensaba en experiencias con significado cultural, celebradas por la sociedad a través de rituales. Cada quien hace lo que le da la gana y sigue a una agenda de autorrealización, que es presentada, en realidad, por astutos estrategas del mercado que la anuncian una y otra vez, siempre dándole una forma distinta. Cada quien hace lo quiere, causa ruido y llama la atención sobre una individualidad que le costó tan caro. En eso se olvida de escuchar atentamente asuntos superiores que —con ayuda de cómplices sensibles— llegan a cernirse sobre los ejes del tiempo. Aun así, nos hace falta un acontecimiento, un periodo de transición, un huracán que saque a la luz algunas utopías nuevas. Y también los signos del tiempo requieren de una lectura altamente concentrada.

La impaciencia general se ha esparcido hacia todos los ámbitos de este mundo, haciéndoles la espera insoportable a los hombres. Cualquier pregunta exige una respuesta inmediata, reduciendo el tiempo de reflexión a unos pocos minutos y, si uno se niega a responder, pronto se gana una figurita con cara enojada. Como has de sospechar, es casi imposible aguantar el tiempo de espera que exige una carta, que puede tardar días o incluso semanas en aparecer, y en algunos casos no llega a su destino. La respuesta debe darse de inmediato, sin importar el hecho, muy evi-

⁶ Franz Kafka, *Cartas a Milena*, Alianza Editorial, 2016.

“No quiero perder toda la tarde del domingo en mi escritorio —llevo sentado aquí desde las dos, y ya son las cinco— si falta tan poco para que pueda hablar contigo. Estoy muy ilusionado. Vas a traer contigo un aire frío que le hará bien a todas esas cabezas apáticas.”

dente, de que las respuestas espontáneas carecen de reflexión. Antes también tuvo poderes mágicos lo que es la anticipación de una respuesta, y tú mejor que nadie conoces ese momento irreal en el que un diálogo se desprende de las cosas cotidianas y, a través de otro, se transforma en literatura. En ocasiones, este proceso requiere de sacrificios, tal como me lo explicaste en la primavera:

Tu postal. Hay algo extraño sobre esta primera tarjeta postal que recibí aquí. La leí innumerables veces hasta que conocí tu abecedario entero, y sólo cuando empecé a leer en ella más de lo que decía, llegó el tiempo de dejarla y de romper mi carta. Riz-raz sonó y cayó muerta.

La literatura, ¿desapareció?, se preguntará tu cabeza aguda, mi querido Franz. No, no lo hizo, te puedo tranquilizar. La escritura, junto con todas las otras cosas inútiles de este mundo, perdura. “Únicamente el ser humano es capaz de bailar”, comenta el joven filósofo y observador de nuestros tiempos, Byung-Chul Han, en su obra *La sociedad del cansancio*: “a lo mejor, puede que al andar lo invada un profundo aburrimiento, de modo que, a través de este ataque de hastío, haya pasado del paso acelerado al paso de baile”.⁷ El baile, la

escritura, la reflexión ensimismada y una visión extremadamente profunda de las cosas son las perlas verdaderas y un lujo real en medio del terror del ahora.

LA AGONÍA DEL TIEMPO

Amigo mío, ahora estoy evadiendo directamente al asunto que te quiero explicar. El tiempo ha perdido el compás, y en vez de transcurrir se está moviendo por el espacio como un olor que emana en un mundo sin fragancias. Ésta es la razón por la que los hombres de hoy sienten que el tiempo pasa mucho más rápido que antes. “La dispersión temporal”, comenta Han en otra obra suya, “no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que rija el tiempo. [...] Uno también se identifica con la fugacidad y lo efímero. De este modo, uno mismo se convierte en algo radicalmente pasajero”.⁸

Debido a la pérdida de significado, todo empieza a encogerse, tanto el mundo como los hombres que se hallan en él y que, temerosos, se aferran a lo único que les quedó: la vida desnuda. A los hombres de hoy, Franz, les cuesta mucho trabajo morir; hacen todo lo posible por apreciar la juventud, envejecen sin envejecer. Incluso la edad adulta, el vestíbulo de la vejez, se está omitiendo cada vez más. Las culturas se deshicieron de los rituales de iniciación, y ha desaparecido la línea trazada entre la figura del padre y la del hijo desde que los padres les disputan a sus hijos el derecho a la juventud con todos sus atributos. Mientras en tiempos antiguos se le tenía miedo y respeto al padre, hoy le cuesta sostenerle la mirada a su hijo, pues las leyes

⁷ Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Herder Editorial, 2017.

⁸ Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Herder Editorial, 2015.

dominantes ya no se determinan por parte del padre, sino por la de los poderes anónimos del mercado. "La posible represión de los hijos", escribe otro contemporáneo, el filósofo Alain Badiou, de ochenta años, "es también asimbólica [...] La represión social de los hijos, anárquica y a la vez inexistente y excesiva, se vuelve externa al poder del símbolo".⁹ En tiempos del poder del mercado, la aventura de la juventud ya sólo consiste en la moda, el consumo y la representación, comenta: "si bien reinan los hijos, lo hacen sólo en apariencia".

Una vez más levantaré el espejo para, tantos años después, recordarte tus propias palabras. Concluiré con aquella última carta tuya

que recibí antes de que se interrumpiera nuestra comunicación, por lo que tus habilidades para la escritura se tuvieron que buscar otros canales; los cuales, como lo demuestran las crónicas, querido Kafka, encontraste en abundancia:

Ahora vienes. No quiero perder toda la tarde del domingo en mi escritorio —llevo sentado aquí desde las dos, y ya son las cinco— si falta tan poco para que pueda hablar contigo. Estoy muy ilusionado. Vas a traer contigo un aire frío que le hará bien a todas esas cabezas apáticas. Me alegra tanto. Hasta pronto.¹⁰ U

⁹ Alain Badiou, *La verdadera vida. Un mensaje a los jóvenes*, Malpaso Ediciones, 2017.

¹⁰ Franz Kafka, *Gesammelte Werke. Briefe 1902-1924*, Berlín, 1958.



André Kertész, *Tenedor*, 1928

POEMA

AIX

Eloy Urroz

¿Por qué esa soledad,
aquella inexplicable desazón
que subía por dentro,
implacable, las tardes de los miércoles
cuando juntos, los dos,
marchábamos a prácticas de soccer
en las umbrías lindes
del bosque en Val du l'Arc?
Cubiertos hasta el cuello,
salíamos corriendo a toda prisa
para tomar el bus
y escamotear al frío que azotaba
las calles desoladas, y los dos
mirábamos los álamos desnudos
(blanquísimos, simétricos)
quedarse abandonados,
muy atrás, mientras yo,
espantado, cogía
tu mano pequeñita

buscando con el tacto
mitigar mi tristeza y mi ansiedad...
Nada ni nadie más que tú curaba
aquella inconcebible soledad
que trepaba, subía por mi pecho
en círculos sin aire
esas lúgubres tardes de los miércoles.
¿Era, acaso, la angustia de perderte
y de extraviar tu mano pequeñita
para siempre, de ver
de súbito, el futuro, el devenir
y la velocidad del tiempo, o era
el amor infinito que sentía
por tu breve existencia compartida
conmigo? Comprendía con dolor
que esas horas contigo anticipaban
una forma de vida diferente,
una suerte de ausencia venidera,
de transitoriedad y despedida.



Paul Cézanne, *Bañistas con la montaña Sainte Victoire*, 1906

Ernst Haeckel, *Fucoideae*, 1900 ►



WELCOME TO PARADISE

DE OSWALDO RUIZ

Papús von Saenger

Una foto siempre es invisible, afirmaba Roland Barthes. En ella sólo vemos al referente fotográfico que, repetido *ad infinitum*, se libera de sí mismo; el referente alcanza en la imagen un tiempo que ya no le es propio. La cámara no es una extensión del ojo, sino una suplantación de éste, y las fotografías son evocaciones, ideas, embustes para la mirada cuya percepción del mundo transforman las imágenes. La experiencia fotográfica se vive como un luto porque revive lo que nunca más podrá repetirse existencialmente; y al final una fotografía no le pertenece ni al que la toma ni al que la mira, ni al que es retratado.

Welcome to Paradise es un proyecto fotográfico que Oswaldo Ruiz realizó a lo largo de cuatro años en varias partes del país. Su intención era crear, a partir de espacios urbanos y ruinas, imágenes con un registro de ciencia ficción para retratar el tiempo como un elemento perceptible en el espacio. Oswaldo Ruiz (Monterrey, 1977) se graduó como arquitecto en la Universidad Autónoma de Nuevo León y al empezar a estudiar fotografía le fue interesando menos construir el espacio que observarlo y retratarlo; el paso de una disciplina a la otra fue una transición natural.

Este proyecto nació en la Ciudad de México, donde Oswaldo Ruiz buscó fábricas abandonadas o ya casi obsoletas, en zonas como la Industrial Vallejo, donde el término “modernidad” constituye una fractura histórica que proyecta simultáneamente la ciudad hacia el pasado y hacia un futuro que ya está en ruinas desde ahora. Ruiz exacerbó esta conjunción de anacronismos y la trasladó a edificios nuevos, estacionamientos vacíos, salas de espera todavía no inauguradas, a superestructuras de concreto como el segundo piso del Periférico, los cuales caducan tan pronto como empiezan a operar, y a los que él llama *anti-monumentos*. También trabajó en áreas rurales como San Gabriel, Jalisco —*el llano en llamas* de Rulfo—, donde fotografió la transformación brutal del paisaje por la industria agroalimentaria, y en la Bahía de Boca de Iguanas, también en Jalisco, donde exploró un hotel destruido en un entorno paradisíaco bajo condiciones muy diversas de luz.

Oswaldo me contó que “la fábrica que aparece aquí es la fábrica original de Cementos Mexicanos, en la ciudad de Monterrey, de donde soy originario; si bien parece abandonada, la fábrica está en completo funcionamiento, pero el punto de vista, al situarme en un terreno baldío, permite esta ficción sobre el posible abandono futuro. Me interesaba mucho retratar el origen de las construcciones, la fuente misma del concreto, y mostrarla rodeada de una naturaleza de aspecto apocalíptico le daba también un sentido especial”.

Así, al ver estas fotografías no sabemos si los espacios están abandonados, en qué país se encuentran, a qué época pertenecen. Oswaldo Ruiz construye con sus imágenes una na-

rrativa generadora de tensión y suspenso, claramente vinculada al cine y a las promesas que la modernidad incumplió. Estas fotografías son escenas muy lentas, planos secuencia que interrogan a sus posibles testigos sobrevivientes: ¿cómo llegaron a ser inoperantes estos sitios construidos para satisfacer las masas? ¿Cómo pudo acabar con la humanidad el progreso que debía emanciparla? ¿Cómo es que nadie pudo impedirlo?

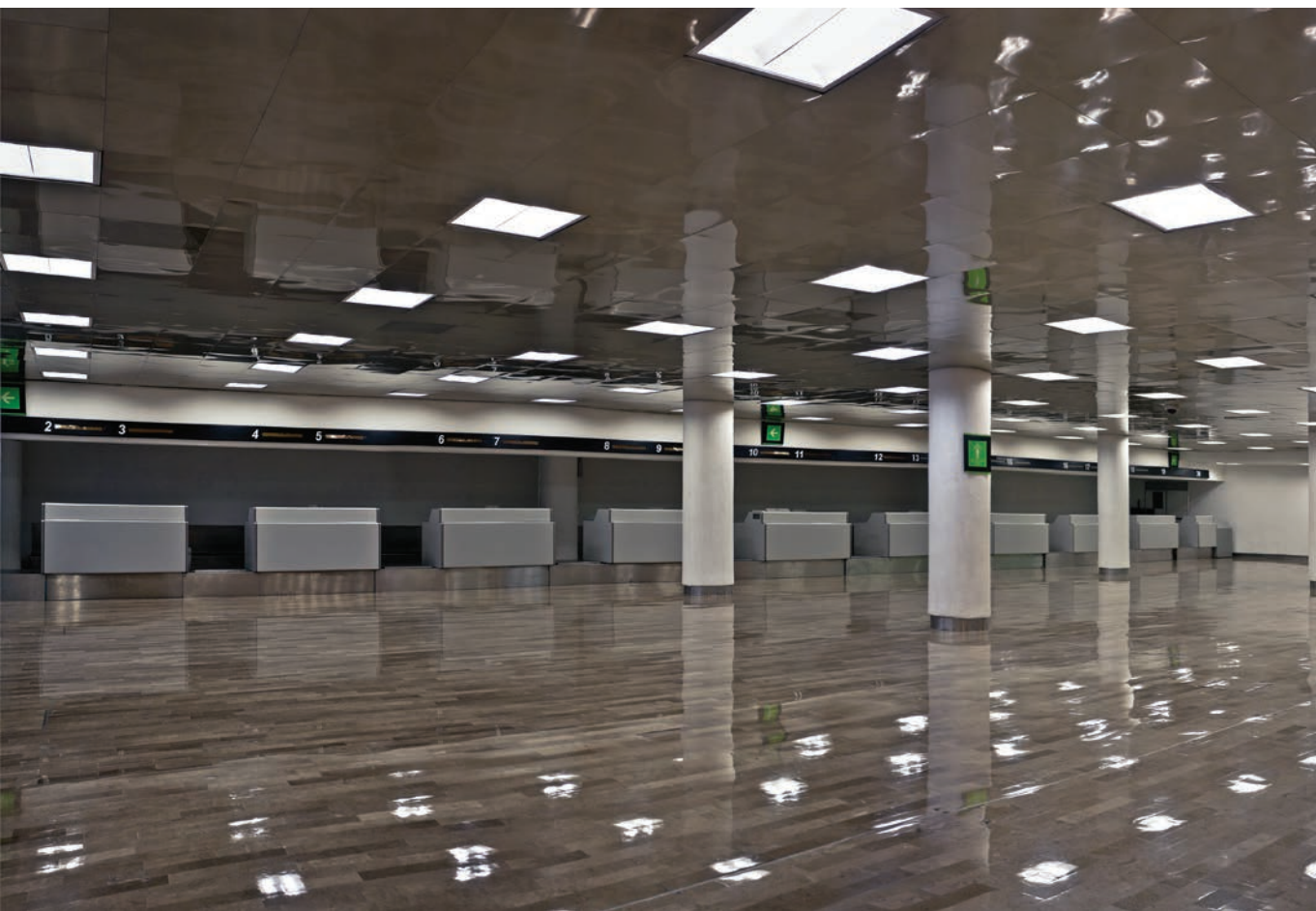
Ante el silencio, nuestra desaparición exige volver a la imagen. Barthes estaría de acuerdo en que la fotografía sólo adquiere valor pleno con el paso del tiempo, con la desaparición irreversible del referente, con la muerte del sujeto fotografiado.



Fluorescencia, plata sobre gelatina, 2016



Estación Melaque, fotografía digital, 2015



Aeropuerto, fotografía digital, 2015



Muro tropical, fotografía digital, 2016



Hotel, fotografía digital, 2016

Protégete de pies a cabeza, plata sobre gelatina, 2016 ►





Helicoide, prata sobre gelatina, 2016



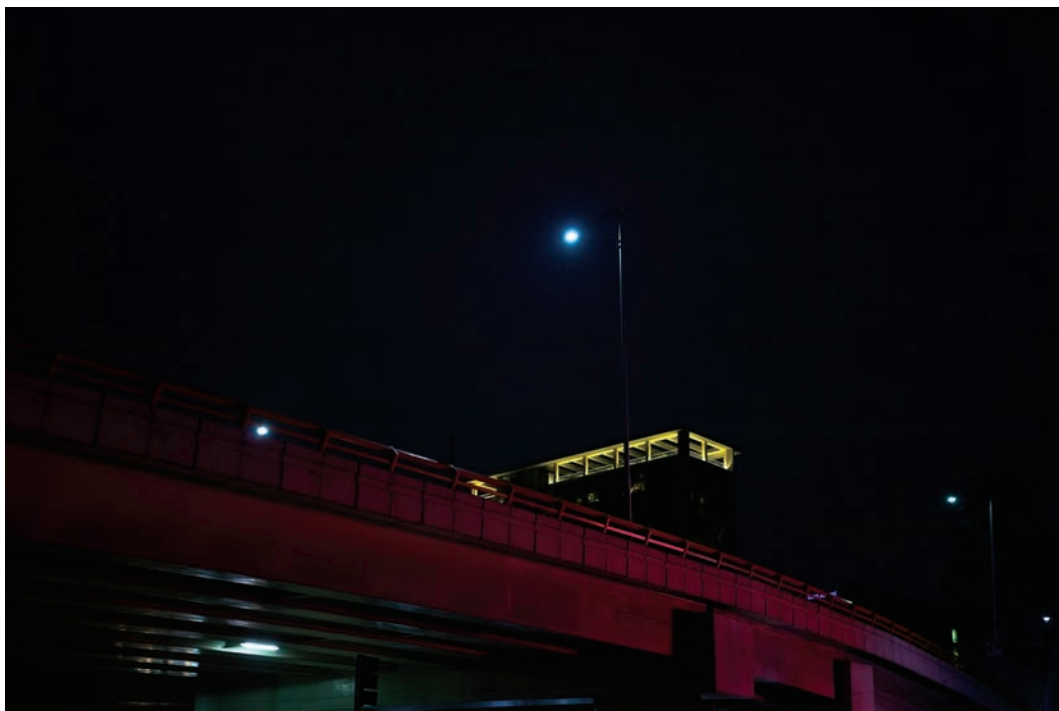
Cementera, plata sobre gelatina, 2016



Panóptico, fotografía digital, 2016



Únicamente salida, fotografía digital, 2015

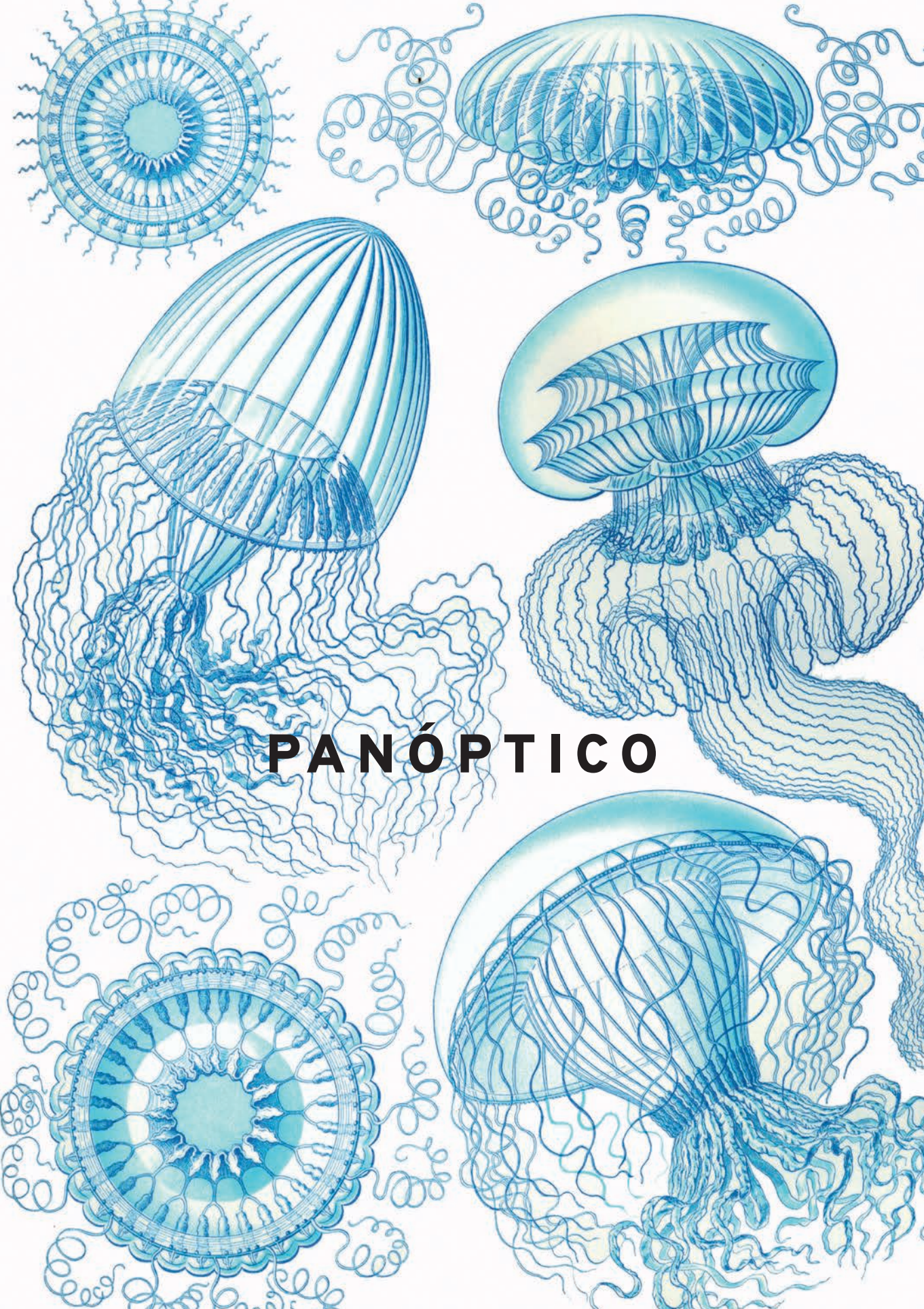


Los puentes III, fotografía digital, 2015



Los puentes V, fotografía digital, 2015

Ernst Haeckel, *Leptomedusae*, 1900 ►



PANÓPTICO

LAS MÁSCARAS DE VILLORO

Isabel Castro

*Sólo soy mi personaje, no puedo ser nada más.
"TYCHO BRAHE", La desobediencia de Marte, acto II, escena 4*

Las máscaras caen cuando las luces se encienden. En el teatro, como en la vida, "la verdad" que nos sostiene, la esencia de quienes somos, sale a relucir cuando dejamos las sombras que nos ocultan de nosotros mismos y de los demás. Unas veces esto sucede en la inmensidad de la comparsa, otras veces cuando estamos a solas. Las sombras que nos envuelven no son sino los complejos e ideales que constituyen el personaje con que salimos al mundo. ¿Qué es lo que no queremos que sepan de nosotros porque nos avergüenza? ¿Qué queremos parecer porque nos enorgullece y nos hace sentir especiales?

Esconder lo peor y mostrar lo mejor es precisamente la dinámica de la ficción de la mascarada. La representación consiste en seleccionar lo que queremos que los otros vean y negar hasta el cansancio cualquier cosa que desmienta, cuestione o contradiga esa imagen. Nuestro "verdadero yo" resplandece cuando la dinámica se invierte, cuando algo nos obliga a mostrar lo que escondemos y a resguardar aquello que normalmente ostentamos. Esto sólo pasa cuando sobreviene un quiebre; ante la desgracia, ante el sufrimiento, ante aquello que no podemos controlar, ante las fatídicas consecuencias que pueden resultar de nuestros actos. Entonces no importa cuántas máscaras nos hayamos puesto —siempre es más de una—, todas caen y se desvanecen. Sin embargo, la sensación de verdad sólo dura un instante.

◀Foto: Alberto Clavijo



En el teatro, el proceso de revelación se conoce como anagnórisis: el efecto que se produce en un personaje cuando un suceso trascendente lo obliga a revelar su verdadera identidad hasta entonces oculta. La anagnórisis tiene potencial para devenir en catarsis, la purificación de las pasiones que permite al personaje liberarse e inventar un personaje distinto, una mejor versión respecto a la anterior. Una versión dispuesta a construir vínculos emocionales y afectivos inquebrantables con algún otro personaje con el que hasta entonces se había relacionado de manera débil y distante. La máscara ahora es distinta.

La realidad es una ilusión perfecta y el teatro, con su juego de espejos infinitos, la remeda. *La desobediencia de Marte* de Juan Villoro evidencia la amalgama de “lo escénico” y lo “real”, desnuda el vano esfuerzo por distinguirlos como universos distintos. El título de la obra sugiere que acaso sólo un carácter impredecible y caprichoso como el del planeta rojo —cuyo comportamiento fue sumamente difícil de calcular por los astrónomos durante siglos (resuelto al final por Kepler con ayuda de las tablas de medición de Brahe)— podría resguardarnos de una revelación que suele ser dolorosa. El misterio nos mantendría a salvo.

A partir de su conexión con el teatro, Villoro suma a sus conocidos personajes de narrador, ensayista, sociólogo e intelectual, la máscara de dramaturgo que ya había ensayado con la obra *El filósofo declara* y con el monólogo (ni más ni menos que una de las formas más difíciles del teatro) *Conferencia sobre la lluvia*.

La desobediencia de Marte, cuya traducción escénica estuvo a cargo de Antonio Castro, se sostiene en la triplicidad de acción de los dos personajes en la obra y el desdoblamiento

de sus identidades: un actor que interpreta a otro actor que a la vez interpreta a un personaje histórico y que termina revelándose como una figura fundamental en la vida del otro. Los planos de la ficción se multiplican y los personajes se ven atravesados por varias identidades ficticias que desechan, una tras otra. Villoro, con su máscara de dramaturgo, exige que los actores demuestren las habilidades de malabaristas de las que suelen preciarse.

Por su parte, Damián Ortega, responsable del diseño escénico, conduce la mirada del espectador hacia el imaginario astronómico, sirviéndose de réplicas de aparatos de medición del siglo XVII para ambientar la puesta como si se tratara de una obra de época. Afortunadamente, la semiótica nos permite entender estos elementos más allá de su funcionalidad decorativa. El significado de las piezas trasciende su fin ornamental. Es así que la historia que se cuenta en el escenario nos permite reparar en la inmensidad del universo contrastado con la finitud de nuestras identidades y relaciones, de nuestra fugacidad que tan poco significa en comparación con la eternidad de las estrellas. Aun así, la invención humana ha procurado herramientas que cuantifiquen la temporalidad, que midan el alcance del devenir humano, sin por ello impedir que la noche suceda al día. El tiempo no depende de nuestras ficciones, de la división que hicimos en horas y minutos. Sin embargo, los instrumentos nos dan la sensación de control y nos tranquilizan. Creemos que entendemos cuando no sabemos siquiera lo que hay debajo de nuestras máscaras. Sabemos tan poco del universo como de nosotros mismos. El tiempo, la identidad y el teatro son recursos poéticos para tratar de entendernos.



Foto: Jorge Vargas

Al situar el énfasis en la simulación teatral y cotidiana, Villoro explicita la necesidad de personas y personajes de pretender ser aquello que no son del todo. En este primer montaje de *La desobediencia de Marte*, Joaquín Cosío hace el papel de un actor veterano, que a su vez encarna a Tycho Brahe; José María de Tavira hace las veces de actor joven comprometido con la interpretación de Johannes Kepler. La interacción entre ambos se desenvuelve a partir de la confrontación, en un duelo que parece nunca terminar pero que devela, al final, una relación que los compromete al mismo tiempo que los libera: una posible relación filial. Esta relación entre padre e hijo nunca se comprueba, pero su mera insinuación sirve para desequilibrar a ambos en la construcción de sus respectivos personajes.

Más allá de la afectación dramática que supone la reconfiguración de la identidad, el vínculo entre el padre y el hijo aparece para significar el ciclo de la vida. Alegorías de la vejez y de la juventud, de la sabiduría y la ingenuidad, de la calma y el impulso. La eterna rivalidad entre quien ya ha vivido lo suficiente y necesita aleccionar a quien puede sucederle contra quien apenas comienza a dar engreídamente sus primeros pasos y, seguro de sí, rechaza cualquier consejo que puedan proferir labios antiguos. La gravedad y la ligere-

za se encuentran para dar sentido al ciclo dialéctico de los contrastes, los opuestos que se atraen y producen los más bellos claroscuros. Villoro dramaturgo encuentra en las figuras del Rey Lear y de Hamlet las fuerzas que mueven al mundo.

La complejidad del mundo hace que Lear y Hamlet confundan personajes, que pretendan ser el otro mientras niegan ser ellos mismos. Como hacemos nosotros en lo que insistimos en llamar la realidad. Intercambian máscaras para evadir sus verdades. Sólo cuando se rompen pueden sufrir la anagnórisis y gozar la catarsis. Ese momento en que se cae la careta y podemos intuir al menos un segundo quiénes somos. El mundo del teatro y el teatro del mundo obedecen a los mismos motivos. Somos actores interpretando otros actores interpretando además a alguien más. Hasta que baja el telón.

Con *La desobediencia de Marte* Juan Villoro explora el cosmos de la metateatralidad. El teatro dentro del teatro. La mascarada infinita que lo constituye a él tanto como a nosotros y a las criaturas que habitan el teatro función tras función hasta desvanecerse como Hamlet y Lear, como Kepler y Brahe, como el actor viejo y el actor joven, como el padre y el hijo. Como los espectadores. Como quien esto escribe. **U**

EL TRIUNFO: UN BOSQUE EN PELIGRO DE EXTINCIÓN

Ana Valerie Mandri Rohen

Entras a un bosque oculto entre las nubes, perdido en las montañas; parece que el tiempo se detuvo hace millones de años. Ves a tu alrededor árboles de 70 metros de altura, cubiertos de bromelias y orquídeas. Todo a tu alrededor es vida. De pronto, el camino se cubre de una densa neblina que te recuerda que estás en uno de los sitios más húmedos del planeta. Te acostumbras a este ambiente y descubres entre los árboles un par de raros unicornios alados de cuerno rojo, pecho blanco y cuerpo negro. Se dejan ver sin miedo, como si supieran que son los últimos sobrevivientes de su especie, que su vida está amenazada y que tú mereces ser testigo de su existencia. Parece un escenario fantástico, pero todo lo que has visto es real y esos hermosos unicornios son pavones cornudos, *Oreophasis derbianus*, una de las tantas especies en peligro de extinción que sólo viven en uno de los bosques más amenazados del mundo, El Triunfo.

BOSQUE DE NIEBLA Y CAMBIO CLIMÁTICO

Los bosques mesófilos de montaña, también conocidos como bosques de niebla, son ecosistemas que subsisten gracias a una combinación perfecta de ubicación, altura y humedad; la última permite la existencia de neblina permanente alrededor de la vegetación.¹ Esta

¹ Philip Bubb *et al.*, "Cloud Forest Agenda", *Agenda*, 36, p. 36, 2004. Disponible en http://seaswift.unep-wcmc.org/resources/publications/UNEP_WCMC_bioseries/20/CloudForestLR.pdf

Quetzal en El Triunfo. Foto: Fulvio Eccardi ►



Ya ha desaparecido el 60% de los bosques en México y con estas previsiones queda claro que los de niebla se encuentran en peligro de extinción.

neblina se transforma en minúsculas gotas de agua que las hojas captan todos los días del año. En El Triunfo se condensa la humedad que proviene del Pacífico y propicia más de 3,000 mm anuales de lluvia. Incluso en los meses más secos, de El Triunfo siempre surgen cauces de agua que bajan por la sierra e irrigan la región.

Los bosques de niebla contienen la mayor concentración de biodiversidad de México; albergan al menos 2,500 especies de plantas vasculares (las que tienen raíz, tallo y hojas) y más del 10% de todas las especies vegetales.² Esta riqueza vital depende de condiciones que sólo pueden aportar estos bosques.

Alejandro Guízar Coutiño ha dedicado su investigación a destacar la importancia de este ecosistema, su equilibrio y vulnerabilidad ante el cambio climático. Afirma que cualquier alteración en la temperatura y la precipitación, por pequeña que sea, producirá desequilibrios irreversibles. Los estudios existentes, así como el modelo de Guízar Coutiño, confirman que los bosques de niebla mexicanos se verán gravemente reducidos por el cambio climático y se prevé un descenso del 54% en 2050, con respecto a su distribución actual, y 68% en 2080.

Ya ha desaparecido el 60% de los bosques en México y con estas previsiones queda claro que los de niebla se encuentran en peligro de extinción. A pesar de ser un área natural

protegida y de los muchos esfuerzos que se llevan a cabo para su conservación, el destino de El Triunfo está marcado: quizá no llegue a desaparecer, pero sí a cambiar.

EL TRIUNFO

Esta reserva de la biosfera ubicada en la Sierra Madre de Chiapas, en una superficie de 119,177 hectáreas, resguarda diez tipos de ecosistemas que incluyen el bosque de niebla, la selva mediana y el último remanente intacto de selvas perennifolias del Soconusco en la cuenca del Río Novillero, en la vertiente del Pacífico. Cuenta con la mayor diversidad de árboles de Norte y Centroamérica; es hogar de helechos, encinos, coníferas, palmas y cícadadas, algunas de las cuales sólo viven aquí.

Esta región tuvo un papel muy importante durante el Pleistoceno (periodo que empieza hace 2.59 millones de años y finaliza aproximadamente en el 10,000 a. C.), al servir como un refugio donde las especies tropicales sobrevivieron a las glaciaciones. Por eso, en la actualidad existe en estos bosques y selvas una alta diversidad de plantas y animales, así como un gran número de especies endémicas (que sólo se pueden encontrar ahí). El Triunfo se considera un centro de endemismos de aves, salamandras, mariposas y cícadadas. Las aves constituyen 37% del total de las registradas para México, de las cuales 74 son especies migratorias neotropicales, 8 están en peligro de extinción, como el pavón y el quetzal, y 54 son raras; ocupa el segundo lugar de México en diversidad de mamíferos, después de Montes Azules.³

² Jerzy Rzedowski, "Análisis preliminar de la flora vascular de los bosques mesófilos de montaña de México", *Acta Botánica Mexicana*, 35, 1996, pp. 25-44.

³ M. González-Espinosa *et al.*, "Los bosques de niebla de México: conservación y restauración de su componente arbóreo", *Ecosistemas* 21 (1-2), enero-agosto, 2012, pp. 36-52.



Bosque de niebla en El Triunfo. Foto: Fulvio Eccardi

El Triunfo cae abruptamente 2,000 metros hacia el mar, mostrando a su paso un tapete de bosques de pino-encino y selvas secas. El camino siempre se acompaña con escurrimientos de agua que sostienen la vida de 14,000 personas que habitan en 34 comunidades de la reserva. En ambos lados hay plantaciones de café, agricultura de subsistencia y algunas áreas ganaderas.

LAS AMENAZAS DE EL TRIUNFO

Al sobrevolar la fronda maravillosa de El Triunfo, es clara la vocación forestal de la reserva. De acuerdo con Juan Carlos Franco, presidente del Comité Técnico Consultivo REED+ en Chiapas, esta vocación no ha sido valorada como el capital natural que podría aumentar la prosperidad del estado. Chiapas enfrenta la mayor tasa de deforestación y degradación de México, y las emisiones de carbono que provienen principalmente de la pérdida de cobertura forestal son equivalentes a las de Nuevo

León, uno de los estados más industrializados de América Latina.

El Triunfo enfrenta retos similares al resto de Chiapas. Sin embargo, a pesar de que la ganadería y la agricultura representan una amenaza constante, durante más de tres décadas muchas organizaciones han trabajado para conservar esta zona. Desde hace 15 años existe el Fondo de Conservación El Triunfo (FONCET), una organización local que reúne a instituciones, empresarios, académicos y familias chiapanecas que apoyan programas de educación, restauración, manejo integral de cuencas, producción sustentable, entre otros. Esto ha hecho que El Triunfo sea un caso de éxito: a diferencia de otras áreas naturales protegidas, ha ganado cobertura forestal: de 70,607 hectáreas en 2002 a 102,980 hectáreas en 2016.⁴

⁴ Jerzy Rzedowski, *Vegetación de México*, 1ª. edición digital, Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, México, 2006, 504 pp.

Pero no todas son buenas noticias: la minería se apropia poco a poco del territorio, estrangulando El Triunfo y poniendo en riesgo el delicado equilibrio de estos bosques milenarios.

Más del 16% de la reserva tiene una concesión minera. En total hay 98,084.34 hectáreas concesionadas en El Triunfo y su zona de influencia, y decenas de concesiones adicionales en los territorios vecinos. Con las concesiones viene la apertura de caminos, la manipulación comunitaria que deriva en conflictos sociales, la exploración y, en su caso, la explotación del mineral. Las consecuencias son irreversibles, ya que se remueve toda cobertura vegetal y se contaminan los cuerpos de agua subterráneos y superficiales. Unas cuantas semanas son suficientes para destruir o herir de muerte ecosistemas que tienen millones de años. Ningún beneficio monetario a corto plazo se compara con los beneficios ambientales, culturales y económicos a largo plazo que nos proporcionan los bosques saludables de la reserva.

EL BOSQUE MÁS ENIGMÁTICO DEL MUNDO

Te adentras por una de las muchas veredas en El Triunfo. El tiempo parece suspendido. Vas observando las ramas y, de repente, aparece una figura tornasolada cuya larguísima cola se mece con suavidad. El brillo metálico de su pequeña cabeza redonda te deja saber que eres de los pocos afortunados que han visto al quetzal. De hecho, fue gracias a esta ave que en 1972 se decretó El Triunfo como Área Natural y Típica de Chiapas; en 1990 se convirtió en Área Protegida Federal y obtuvo el decreto de Reserva de la Biosfera por la UNESCO.

El quetzal que habita en El Triunfo es la subespecie *Pharomachrus mocinno mocinno* y

lo que la diferencia de la que se encuentra en Costa Rica, *Pharomachrus mocinno costaricensis*, es la cola del macho, que en esta última mide 50 centímetros, mientras que en la subespecie *mocinno* es de hasta un metro. Todo esto lo cuenta Fulvio Eccardi en su libro *El Triunfo. La tierra de una leyenda viviente*. Fulvio es uno de los fundadores del FONCET, quien, cargado de paciencia, amor por el bosque y un lente camuflado, ha logrado captar a esta ave percheda y en vuelo en imágenes que han dado la vuelta al mundo.

Cuando tienes la fortuna de conocer El Triunfo de la mano de guardaparques como Ismael y Ramiro Gálvez, o Ediberto López, aprendes a distinguir los sonidos del quetzal, su llamado y su canto en vuelo. Son esos sonidos los que te permiten apuntar la mirada en la dirección correcta para observarlo.

En las antiguas culturas mesoamericanas, matar a un quetzal era una falta que se pagaba con la vida. Sus plumas valían más que el oro y sólo eran usadas para adornar la vestimenta de los líderes. En esa época, el quetzal era símbolo de fertilidad y abundancia. Su canto trae consigo las lluvias que enverdecen los bosques; su vuelo representa la existencia de un ecosistema sano, fuerte y con capacidad de evolucionar, y su canto es un constante recordatorio de la responsabilidad que tenemos como humanidad de honrar a la Tierra, celebrar la naturaleza y darle paso a la vida. **U**

El Triunfo subsiste gracias al apoyo económico de familias y empresas en Chiapas y México. El FONCET trabaja con completa transparencia y responsabilidad, de la mano con diferentes comunidades que habitan en la reserva para crear y apoyar programas que aseguren la conservación. Puedes conocer más acerca de su trabajo en www.fondoeltriunfo.org

BALADAS DEL “HOMBRE NORMAL”

Fernanda Melchor

*Me haré pasar por un hombre normal
que pueda estar sin ti, que no se sienta mal,
y voy a sonreír para que pase desapercibida mi tristeza*
ESPINOZA PAZ
Si mañana no me ves

La mañana del 8 de septiembre de 2017, la estudiante Mara Fernanda Castilla fue golpeada, violada y estrangulada. Su cadáver fue abandonado en un predio a orillas de la autopista México-Puebla. Tras el hallazgo de éste, realizado casi una semana después del reporte de su desaparición, se descubrió que en mayo la joven de 19 años había participado en la campaña de protesta digital contra la estrategia de revictimización que la Procuraduría General de Justicia de la Ciudad de México empleó al difundir el caso de Lesvy Berlín, una joven de 22 años cuyo cuerpo fue hallado el 3 de mayo en las instalaciones de la UNAM. “#SiMeMatan”, decía el tuit que Mara Fernanda publicó en su cuenta de Twitter, “será porque me gustaba salir de noche y tomar mucha cerveza”. Predeciblemente, además de los mensajes que respondieron al tuit de Castilla con dolor, impotencia y reclamos de justicia, no faltaron voces que incurrieron en la misma actitud que el propio hashtag pretendió denunciar originalmente: resaltando, por ejemplo, las “obvias” consecuencias del “libertinaje”, culpando a la víctima por haber provocado la violencia sufrida, o de plano defendiendo la idea de que toda masculinidad comporta un importante elemento de agresividad del que las mujeres deben cuidarse, o al que deben someterse, y minimizando el asesinato de Castilla bajo el argumento de

Ernst Ludwig Kirchner, *Cabeza del Dr. Bauer*, 1933 ►



que las principales víctimas de la violencia en México son los varones, no las mujeres.

De este conjunto de “reacciones defensivas” que soslayan el rol que los hombres desempeñan como ejecutores de todo tipo de violencias en nuestro país, me parecen especialmente preocupantes los textos periodísticos que incurren en estas mismas estrategias discursivas a la hora de informar a la sociedad sobre crímenes violentos cometidos en agravio de mujeres. En particular, y desde hace varios años, ha llamado mi atención cierto tipo de relato periodístico que presenta al victimario

feminicida bajo el concepto del “hombre normal”: miembros perfectamente funcionales de la sociedad que, provocados por las acciones negativas femeninas, “pierden el control” y cometen violaciones y homicidios.

Una de las primeras notas que consignan el asesinato de Mara Fernanda Castilla, publicada en el portal digital del diario *Milenio* durante la madrugada del 17 de septiembre, se centra en la aparente incongruencia entre la “normalidad” de Ricardo Alexis Díaz, presunto victimario de Castilla, y la brutalidad con que la que despachó la vida de la



Emil Nolde, *Naturaleza muerta con máscaras III*, 1911

joven después de haber abusado sexualmente de ella:

No había nada extraordinario en su historia. Tenía un empleo, vivía con su pareja, era un *hombre normal* [el énfasis es mío]. O lo fue... *hasta que se le presentó una oportunidad para delinquir*: una joven hermosa, de 19 años, dormida en la parte trasera de su vehículo.

Este relato coloca al presunto victimario en un papel pasivo (la oportunidad de violar y matar “se le presenta” sin que él la busque; llega sola) e insinúa que fue la propia víctima —con su belleza, juventud e indefensión tentadoras— quien provocó su deseo asesino. Propone, además, una idea de la sexualidad masculina como “naturalmente” agresiva e incontrolable, una suerte de impulso o “zumbido” mental contra el que Díaz lucha (“Por espacio de 20 minutos, Ricardo Alexis pensó qué haría con la joven”) antes de sucumbir, impotente y desesperado, a los instintos que todo “hombre normal” generalmente es capaz de contener.

Hace ocho años, en septiembre de 2009, el periódico veracruzano *Notiver* publicó una nota en donde se consignaba el feminicidio (aunque la nota no empleaba este término) de la maestra de idiomas Alma Luz Sánchez a manos de su novio Juan Andrés Bautista, bajo el titular “La quema viva, cruel venganza”. El relato se concentra en la confesión de Bautista, quien es descrito por el reportero Alberto Ayala Rojas como un hombre “tranquilo” y “seguro”, con un hablar “pausado”. El relato de Ayala inicia con el recuento de las violencias que Bautista cometió contra su entonces novia, Alma Luz Sánchez, y termina con los moti-

vos del sosegado inculpado: al filo de la medianoche, mientras su novia dormía, Bautista la golpeó en las piernas con una pesa de ocho kilos hasta provocarle fracturas expuestas; la ató, amordazó y violó analmente con un tubo y posteriormente bañó su cuerpo con acetona y le prendió fuego, mientras ella aún se encontraba con vida; todo esto “en venganza por celos y porque *ella lo humillaba*; aunque nunca pensó en matarla, sólo quería castigarla, pero *la situación se salió de control*”.

Resulta francamente escalofriante la manera en que Ayala Rojas presenta el crimen de Bautista como una “venganza”, que según la Real Academia de la Lengua hace referencia a “una satisfacción que se toma del agravio o daño recibido”. Al emplear este concepto, el reportero implica que, antes de haber sido ejecutor de la tortura y el asesinato de Alma Luz Sánchez, el victimario fue primero *objeto* de las reiteradas agresiones de su novia, que la nota consigna *in extenso*: Alma Luz Sánchez “constantemente lo menospreciaba”, “lo sobajaba, lo humillaba, pues le decía que él no era el hombre adecuado para ella, ya no quería seguir la relación, sobre todo porque él no encontraba trabajo”. Además, “el ahora detenido guardaba mucho rencor contra la maestra, con quien llevaba una relación enfermiza, llena de celos por parte de él”, en gran medida porque en algún momento de su relación “ella se embarazó de otra persona viviendo en Estados Unidos, mientras que Juan Andrés Bautista trabajaba en Canadá, pero ella no quiso tener el producto, aunque él le propuso que lo tuvieran, también por problemas económicos”. La relación de causalidad que el relato establece entre las humillaciones y desprecios de Alma Luz Sánchez y la violencia feminicida de Juan Andrés Bautista presen-

ta esta última como la consecuencia lógica y hasta natural de las primeras.

Inevitablemente me viene a la memoria la crónica "El joven que tocaba el piano (y que descuartizó a su novia)", publicada en septiembre de 2014 en la revista *Emeequis*, y que trata, según afirma su introducción: "De cómo un joven de 19 años, deportista, amable, educado, talentoso, *se transformó en alguien que no era él* y terminó por encajar un cuchillo en un cuerpo sin vida", un desafortunado eufemismo para referirse a las acciones que Javier Méndez cometió en agravio de Sandra Camacho, una joven de 17 años a quien golpeó, estranguló, descuartizó y arrojó en bolsas de basura en basureros y andadores de Tlatelolco. La crónica fue recibida con grandes muestras de indignación por parte de lectores que acusaron a su autor, el premiado periodista Alejandro Sánchez, de presentar a Méndez como la víctima de la agresión de Sandra Camacho, quien supuestamente (en la versión que Méndez rinde ante las autoridades al momento de su detención) lo había atacado mofándose de él y de sus logros excepcionales. La muerte y mutilación de Sandra Camacho, se infiere en el texto, fue el resultado *accidental* de una reacción defensiva e instintiva ante una serie de ataques que fueron escalando, pero que iniciaron como agravios al amor propio de Méndez.

Él trata de defenderse como puede. Es lo único que quiere. No le quiere pegar, sólo defenderse, pero la golpea en la cara. Ha sido un accidente (...) *Como si no fueran tuyas*, las manos de Javier se aferran al cuello de Sandra. Aprietan, más y más. Javier no lo ve en ese instante, pero *se comporta como si otra persona tomara posesión de él*.

Una vez más se nos presenta al victimario como víctima de las agresiones y desprecios de una mujer, y víctima también de su propia rabia desbordante: "[Méndez] no sabe qué le ocurrió, por qué lo hizo. Ha llorado, ha pedido que le crean, que no es una mala persona, que no entiende, que no tenía mala intención, que *perdió el control*".

Tal vez parte de la fascinación que algunos periodistas sienten por estos "hombres normales que pierden el control" proviene del contraste entre la aparente funcionalidad de estos sujetos "normales y ordinarios" y la fantasía racista y clasista, cuasi lombrosiana, de que los criminales violentos, especialmente los que incurren en la tortura y el abuso sexual, son mayoritariamente pobres, incultos, intelectualmente deficientes y poseedores de características físicas que la ideología dominante considera "racialmente inferiores". Durante mucho tiempo, esta "anormalización" o "monstrificación" del feminicida ha servido para disfrazar la terrible y recurrente violencia contra las mujeres, presentando sus manifestaciones más graves como excepciones, en vez de exhibirlas como el extremo de un continuo de abuso generalizado y socialmente aceptado hacia el género femenino, resultado de relaciones de poder históricamente desiguales y de una cultura que tradicionalmente promueve la idea de la inferioridad de la mujer. La "normalización" del feminicida es la cara seductora de la "monstrificación", la reproducción romántica, "en positivo", de una misma estrategia discursiva cuyo poder de seducción tendríamos que esforzarnos por confrontar y desnudar. **U**

LA VIDA INTENSA DE RAYMOND MOLINIER

Diego Erlan

Dicen que fue estafador, contrabandista, empresario, inventor, taxista, propietario de un circo que escapó del nazismo, pero Raymond Molinier sólo consideraba ser una cosa: revolucionario. Tenía doce años cuando en Le Marais, ese barrio pobre de inmigrantes rusos, árabes y polacos donde nació en París, vio por primera vez a León Trotsky. Nunca olvidó esa imagen. Trotsky asumía la dirección del diario *Nashe Slovo*, desde donde denunciaba “la guerra imperialista”, cuando la policía irrumpió en el local, reprimió a los militantes y expulsó a Trotsky. Los hermanos Raymond y Henri Molinier ayudaron a repartir los panfletos contra esa expulsión. “Las palabras fueron mi primer acto de compromiso”, escribió en sus memorias.

Hasta 1921 fue empleado en una farmacia, capataz de electricista, chofer de taxi y, junto a su hermano Henri, socio en diversos y extravagantes emprendimientos comerciales. Nunca dejó de estudiar los textos de Marx, Lenin y Trotsky. “La lucha revolucionaria era mi vida. La única vida posible.” En esa vida que parecen muchas tuvo múltiples identidades: J. Morny, Ray, Linier, Remember, R. Rey o El Viejo Marcos. Será un exilio el que lo lleve hasta las entrañas mismas del trotskismo. Expulsado de Rusia por Stalin, Trotsky recaló en la isla de Prinkipo en febrero de 1929 y Molinier fue el encargado de conseguirle alojamiento. “Es uno de los hombres más serviciales, prácticos y enérgicos que se pueda imaginar”, escribió Trotsky en una carta y hasta

Domadora de leones, National Media Museum, Reino Unido ►



inventó un adjetivo para las cosas que se hacían con determinado estilo: "molinieriesco". Molinier era el jefe operativo: conseguía documentos, transporte, dinero en efectivo por medios que aplicaban al mismo tiempo la brutalidad y el chantaje. Sus mujeres terminaban convirtiéndose en secretarías, cocineras o asistentes en la limpieza de las casas del exilio de Trotsky. Ocurrió con Jeanne Martin des Pallières, una estudiante de filosofía proveniente de una familia de la nobleza parisina, y también con Vera Lanis, una bella mujer de origen rumano que Molinier conoció en los Jardines de Luxemburgo en 1930. El grupo se convirtió en una familia cuyas tensiones crecieron al ritmo del aislamiento.

Los debates cruzados al mismo tiempo que la paranoia llevaron a Trotsky a pensar en Molinier como un elemento disonante dentro de su estructura. "Siempre valoré su energía, su dedicación a la causa, factores que frecuentemente se confunden en su personalidad", escribió Trotsky. "Más de una vez le defendí frente a las críticas exageradas, con la esperanza de que el crecimiento de la organización neutralizaría sus defectos y le permitiría desarrollar su talento. Desgraciadamente, sucedió lo contrario. R. Molinier introdujo sus hábitos de comerciante, su intolerable grosería y su falta de escrúpulos en las filas de la organización revolucionaria". Molinier no tuvo otra opción: tuvo que alejarse del grupo. En las memorias de Gérard Rosenthal, *Avocat de Trotsky*, se especula que Molinier desapareció, propietario de un circo, en Brasil. Aunque Rosenthal aclara: "Con él, nunca se sabe". Es cierto. Con Molinier nunca se sabía. En junio de 1939, por ejemplo, se dirige a Bélgica porque camaradas del ex Partido Comunista Internacionalista (PCI) le habían encomendado,



Trotsky en la Plaza Roja, 1922

en previsión de la guerra inminente, crear una delegación en el extranjero. Mientras preparaba desde Londres un operativo para evacuar de Bruselas a diez camaradas, Molinier se enteró de que habían asesinado a Trotsky en México. A pesar de la conmoción decidió seguir actuando. Necesitaba documentos para sacar a los camaradas de territorio belga. Para eso se instaló en el hotel más lujoso de Bruselas, el Metropole, y puso un anuncio en el diario como director de una empresa en busca de colaboradores. Aclaraba: "Se ruega presentarse muniendo de documentos de identidad". Cientos de personas acudieron y a cada una les pidió que dejara sus papeles para verificación. El asunto fue un escándalo. No pagó el hotel, robó los documentos y escapó de Bruselas. El taxista que lo ayudó se llamaba Droeven.



Luego de una trama en la que se mezclan persecuciones de Scotland Yard con saltos en paracaídas, Molinier se instala en una pensión de Lisboa, se enamora de una mujer de diecinueve años llamada Suzanne Demanet y decide que su próximo destino podría ser América Latina. La cuestión era cómo hacerlo. Inició los trámites para que Suzanne pudiera entrar como novicia en un convento de Brasil y, por otra parte, convenció a los Cairoli, una célebre familia de payasos cuyo circo podía funcionar gracias a una autorización directa del Führer, para montar una serie de actuaciones con el fin de evacuar camaradas de Europa. En las primeras funciones los falsos artistas trataban de sincronizar sus movimientos con los verdaderos, en primer plano, siguiendo el ritmo de la música. "A veces el

miedo estrangulaba nuestras risas al ver el espectáculo —escribió Molinier—, pero las más de las veces las carcajadas cubrían nuestras inquietudes." Lo consiguieron. Molinier obtuvo una visa de turismo a Bolivia, desde donde atravesó Brasil para encontrarse con Suzanne en Río. No permaneció allí, como creyó Rosenthal, sino que se instaló en Buenos Aires con el nombre de León Lamberto Droeven.

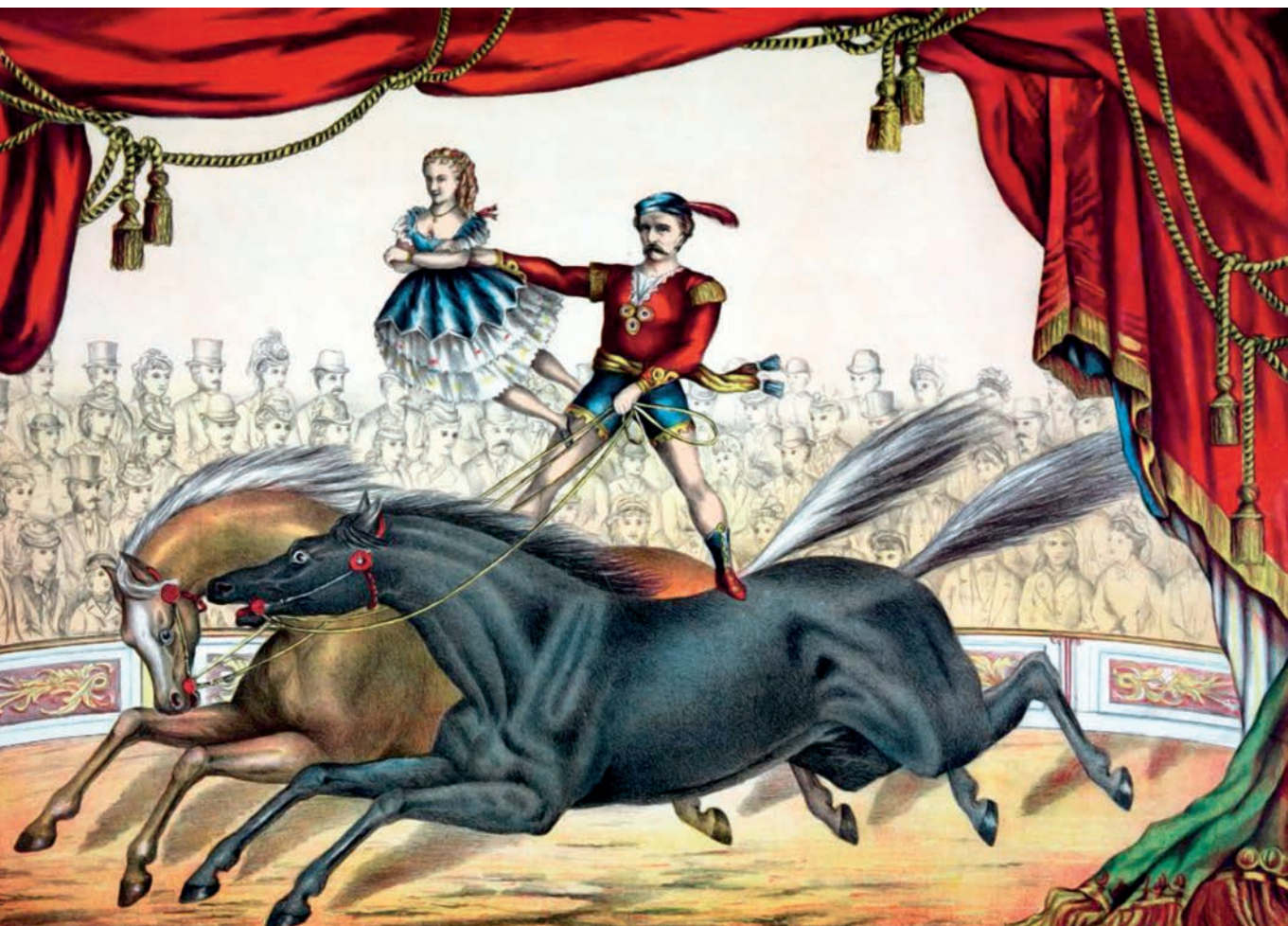
En la fauna trotskista argentina, Molinier fue un personaje mítico. Se decía que había contrabandeado plasma para la Fundación Eva Perón, que hacía imprimir el periódico *La Vérité* en papel biblia para distribuirlo en las cárceles, que estafaba con cheques truchos y que había asaltado un banco con el objetivo de hacer la revolución mundial. Siempre en las sombras. Durante los años 70 fue miembro del Partido Revolucionario de los Trabajadores, pero estuvo en contra de la lucha armada en la Argentina. Un personaje literario perfecto. A pesar de eso, un escritor salvaje como Fogwill, que fue incluso su yerno, menciona a Molinier una sola vez en toda su obra. En el cuento "Memoria de paso", esa reversión fogwilliana y criolla del *Orlando* de Virginia Woolf, la protagonista, Virginia, que en 1810 tiene once años y que más de un siglo después llega a París ya convertida en hombre, dice:

Aprendí yidish, que era muy fácil a partir del alemán —bastaba pronunciarlo mal y con un toque de humillación—, y cultivé la amistad de la elite del ghetto parisino. Los terceristas soñaron que los judíos serían vanguardia intelectual de la revolución de Europa, a partir de esa generalización, a la que son tan afectos los acólitos de Marx, de la experiencia de Trotsky. Así encontré a Lefebvre, a Friedman y a Molinier pronunciando el francés como judíos para

dividir la socialdemocracia y repetir el modelo de Petrograd muerto de frío en medio del verano parisino y con Lenin y Trotsky lejos, peleándose por unos miserables rublos.

Algo interesante: en la primera versión del cuento (*Mis muertos punk*, 1980), Fogwill no pone el nombre de Molinier. El párrafo es casi idéntico, pero en vez del apellido de Raymond escribe "Fularró". Y una versión posterior (*Ejércitos imaginarios*, 1983) corrige y pone "Fula-

nó". Es en el volumen *Restos diurnos*, de 1993, donde Fogwill decide incluirlo. Sin duda, buscó resguardarlo (y resguardarse) de la violenta situación política en la Argentina. Aquel 1993 fue el año en que Molinier decidió contar su increíble historia de aventura y clandestinidad a través de un libro para el cual Fogwill escribió la contratapa. La verdadera identidad de aquel personaje legendario, recién entonces, podía ser revelada. **U**



Gibson, *El acto de dos caballos*, 1874

LOS INVISIBLES DE LA CENTRAL DE ABASTO

Elisa Lavore Fanjul

La Central de Abasto es sinónimo de monumentalidad, el espacio adonde llegan tráileres de toda la república para abastecer de alimentos a millones de habitantes de la Ciudad de México, el gran proyecto que en los años ochenta se presentaba como la solución a los problemas generados por el desborde de La Merced. Más aún, la Central hoy se jacta de ser el mercado más grande del mundo y de que el valor de las transacciones que ahí ocurren es casi tan alto como el de la Bolsa Mexicana de Valores. No obstante, esta imagen de gran centro de ventas al mayoreo y movimientos de dinero millonarios, donde los dueños de las bodegas llegan en coches de lujo, contrasta con la cara menos visible de la delincuencia y la miseria.

Hace algunos años colaboré en un proyecto que me llevó a recorrer la Central durante varios meses. Entonces entendí que la complejidad de este mercado va más allá del volumen de sus ventas y sus más de 300 hectáreas. Las dinámicas sociales que se generan en este espacio lo convierten en un laboratorio urbano, una ciudad dentro de la ciudad, con sus más de 100 mil trabajadores informales —la cifra varía en función de la temporada de romerías— estratificados según sus actividades. La Central es sin lugar a dudas un ente particular. En el plano administrativo, se trata de un fideicomiso privado con una administración pública. A la vez que cuenta con un coordinador general, nombrado por el jefe de gobierno, que opera con una estructura de empleados de confianza y cerca de mil trabajadores sindicalizados del gobierno de la ciudad, también tiene un comité téc-





Fotos: Adam Wiseman

nico integrado por los dueños de las bodegas y locales. En el plano político tiene su propio proceso electoral, que traza jerarquías en función del tamaño de las propiedades de los participantes. Esto se debe a que el proceso para elegir a los integrantes del comité técnico establece que el número de votos de cada participante es proporcional a los metros cuadrados de sus bodegas o locales.

La organización de este microcosmos puede abordarse desde sus sectores sociales agremiados, algunos con afiliaciones partidistas, a la usanza del modelo corporativista: locatarios, diableros, comerciantes, lavacoches, pepenadores, entre otros. Su organización presenta similitudes con la de los ambulantes.

Al igual que el Gobierno de la Ciudad reparte credenciales a líderes de boleadores, vendedores de lotería y comerciantes para que las distribuyan entre sus agremiados, las autoridades de la Central también credencializan a los trabajadores a través de sus líderes. Cada credencial tiene un costo, y parte de la labor del área de gobierno de la coordinación general de la Central es contener el crecimiento de estas actividades mediante el número de credenciales que emiten por sector. No obstante, este sistema es un simple paliativo ante el número de personas que llega a la Central a tratar de obtener un ingreso; es frecuente que con una sola credencial trabajen familias enteras o que simplemente lo hagan sin una.



Honestamente, adentrarme en el universo de la Central de Abasto fue como meterme en un pozo sin fondo. Cada día las impresiones superaban las del día anterior en surrealismo y crudeza. Un día fueron las explicaciones sobre la economía que gira alrededor de los trailereros que llegan en la madrugada ansiosos de divertirse con prostitutas disfrazadas de “cafeteras” (vendedoras de café y pan dulce) que responden a la clave “café sólo o café caliente”, y en busca de sustancias en supuestos casinos improvisados en los sótanos de las bodegas. Otro día fueron las historias sobre los cientos de indigentes que viven de la merma que desechan las bodegas, quienes pernoctan en los bajopuentes de la Central e

incluso en las paredes, en los huecos que quedan para dar espacio a las instalaciones eléctricas. Un día más fue la anécdota de un líder sindical que me contó de los días en que vieron por los andadores a unas mujeres hermosas, caucásicas, que no hablaban español. Otro fue la dureza de escuchar cómo está organizada la prostitución por pasillo, según el tipo: heterosexual, homosexual e infantil. Todo esto ocurre en el mismo espacio donde a diario pasan de mano en mano millones de pesos en fajos de billetes.

De todos los grupos de trabajadores de la Central, los pepenadores son quienes llevan la marca más profunda de la miseria. Por el acceso de Rojo Gómez, abajo de las torres eléc-

tricas, está su centro de acopio o campamento, donde almacenan el cartón y los materiales que van recogiendo a lo largo del día, donde los venden a los líderes de sus organizaciones y donde también llegan a vivir. Este espacio no es distinto de otros campamentos irregulares: casuchas erigidas con materiales de desecho, cuyo uso habitacional debe disimularse porque en la Central no puede haber viviendas. Este escenario explica la desconfianza de los pepenadores y sus líderes, quienes hace un tiempo vivieron un incendio en el campamento que, afirman, fue provocado para sacarlos.

A diferencia de otros grupos de pepenadores, los de la Central son “de primer nivel”, pues son los primeros en seleccionar la basura de los contenedores antes de que nadie los haya tocado. En estas condiciones ganan entre 100 y 150 pesos diarios, nada mal para ese tipo de actividad. Tanto así que los tres hijos de una pareja de migrantes michoacanos, tachados de teporochos en el campamento, sacaron una carrera trabajando en la pepena. Conocí a uno de ellos; había terminado la licenciatura en derecho en la UNAM con más de nueve de promedio. Quería estudiar una maestría, odiaba la pepena, le parecía denigrante y fácil, pero no se imaginaba haciendo otra cosa. Había intentado trabajar en algo relacionado con su carrera, pero afirmaba que no ganaba lo mismo. La pepena garantiza un piso diario.

En el campamento hay varias adolescentes que son madres y viven solas con sus hijos pequeños, alimentándolos de lo mismo que ellas comen: la merma y los desechos que van encontrando en los contenedores y los pasillos; no hay guarderías cerca donde puedan dejarlos para que no tengan que acompañarlas durante la recolección. Si se llegan a enfermar o

lastimar, para eso está la farmacia de genéricos. No se sabe y no se habla de los padres de sus hijos, aunque corren historias de violaciones en el campamento, así como de pepenadoras que se llegan a prostituir por cartón. Tampoco se habla de la posibilidad de abortar, antes surge la anécdota de una mujer que dio a luz en los matorrales junto al campamento. En resumen, son niñas, madres y putas. No hay programa social que las apoye. Sus hijos, como los de otras pepenadoras mayores, pueden llegar a vivir periodos en casas hogar y, más adelante, pasar por el sistema penitenciario. Si sobreviven, se sumarán a la población institucionalizada.

Alguna vez pude hablar con gente de la administración de la Central sobre estos temas. No reconocieron todo y les fue necesario compararlo con lo que ocurre en otros mercados y otros paraderos de tráileres. Ciertamente, estas dinámicas, estos problemas, no son exclusivos de la Central. La diferencia radica en la escala. El proyecto original, parte de una estrategia de planeación del abasto para la ciudad, no contempló la dimensión social de la construcción de un espacio de esta naturaleza y tamaño; hoy empieza a dar señales de agotamiento: los precios no son siempre los más bajos de la ciudad, los tráileres ya no caben porque los estacionamientos fueron diseñados bajo los estándares de hace más de tres décadas y la competencia de empresas como Walmart le quita mercado. Si bien no será mañana, es claro que el modelo va a tener que replantearse. Entretanto, la Central permanece hermética, sin respuestas para todo aquello que no quiere que se mire y que mantiene invisible. U

Ernst Haeckel, *Floriadeae*, 1900 ►



CRÍTICA

EMMANUEL CARRÈRE

LA DUDA Y LA EMPATÍA

Daniel Saldaña París

La obra narrativa de Emmanuel Carrère (París, 1957), al día de hoy, se compone de diez libros que pueden clasificarse en dos bloques: cinco novelas publicadas entre 1983 y 1995 y luego cinco libros más publicados entre 2000 y 2014. Según la tradición a la que uno se adscriba, esta división adopta distintas etiquetas. Para los críticos anglófonos es *fiction* y *nonfiction*, distinción que siempre me ha parecido limitante. Algunos lectores franceses han hablado, por un lado, de *romans* (novelas) y, por el otro, de *récits* (relatos), en el entendido de que toda novela es un relato, pero no todo relato es una novela. El cintillo de "autoficción" también se usa con frecuencia para caracterizar a la segunda etapa. Y, finalmente, para referirse a esos cinco libros (*El adversario*, *Una novela rusa*, *De vidas ajenas*, *Limónov* y *El Reino*) se ha impuesto la categoría, propiciada por el propio Carrère, de novelas de "no ficción", que es como las llama su sello editorial en castellano (Anagrama).

Aunque la primera etapa de la obra narrativa de Carrère tiene su interés (notablemente *El bigote* y *Una semana en la nieve*), me limitaré a comentar aquí las novelas de "no ficción", no sólo por falta de espacio sino porque me parece que constituyen una apuesta más radical y coherente.

El rasgo común más evidente de estos cinco libros es que están escritos en primera persona y que el nombre del narrador coincide con el del autor. Carrère no sólo se pone a sí mismo como personaje, sino que tematiza el proceso creativo: la historia de la escritura del libro es fundamental dentro del libro mismo.

Tres de estos cinco títulos (*Una novela rusa*, *De vidas ajenas* y *El Reino*) despliegan, además, una estrategia a la que el propio Carrère se ha referido en entrevistas: "A menudo he utilizado este método, combinando cosas que no tienen una relación evidente y apostando a que, al hacerlo, voy a acceder a algo que está en el reino de lo indecible. Es algo que funciona en el psicoanálisis y creo que también en la literatura".¹ Se trata de obras que, al menos como punto de partida, plantean dos o más situaciones inconexas. Las otras dos novelas (*El adversario* y *Limónov*) son, de un modo heterodoxo, "biografías noveladas".

¹ Susannah Hunnewell, "Emmanuel Carrère, The Art of Nonfiction No. 5", *The Paris Review*, número 206, otoño de 2013.

Por último, se puede rastrear en los cinco títulos un mismo aliento filosófico: la empatía (el esfuerzo por imaginar el mundo desde la mirada del otro) aparece de una forma u otra como un asunto central en ellos. La paradoja de buscar esa empatía desde la voz de un narrador que a menudo se exhibe como egocéntrico (y que se pone como blanco de su propio humor) es una dificultad abordada por Carrère mediante un giro metaliterario que le da otra dimensión, otra capa de sentido a su obra.

Mi primer acercamiento a la narrativa de Carrère fue *Limónov* (2011), un libro que me pareció atípico no sólo por la confluencia del tono periodístico y el acercamiento personal, sino también por el sujeto biografiado (el escritor disidente ruso Eduard Limónov) y por la familiaridad de la que Carrère hace gala en lo tocante a la política, la historia y la cultura rusas. Esta familiaridad no habrá sorprendido tanto a quien conociera la obra previa del autor; en especial *Una novela rusa* (2007), libro que supone un punto de referencia clave para leer *Limónov*.

Una novela rusa cuenta tres historias: la de una ruptura amorosa, la del rodaje de un documental en un pueblo perdido del noreste de Rusia (*Regreso a Kotelnitch*, 2003, dirigido por el propio Carrère) y, por último, la del abuelo materno del autor, un exiliado georgiano que colaboró con los nazis durante la ocupación.



Emmanuel Carrère



Anagrama,
Barcelona, 2013

Cuando el libro se centra en la ruptura amorosa, el narrador exhibe lo peor de sí mismo: se pinta sin pudor como un personaje controlador y megalómano, empeñado en convertir en literatura la desgracia propia y ajena para alcanzar la gloria. Si el libro se quedara ahí sería una pieza de autoficción más bien insulsa. Pero es en el contrapunto con las otras dos tramas que *Una novela rusa* se convierte en una obra mucho más ambigua y conmovedora. La madre de Carrère (Hélène Carrère d'Encausse, una reconocida historiadora especializada en la Rusia soviética, y secretaria permanente de la Academia Francesa) le pide explícitamente que no escriba sobre el abuelo colaboracionista. El libro no sólo transgrede esa petición, sino que al incorporarla a sus páginas retrata con desnuda franqueza la relación madre-hijo y las tensiones políticas de la familia.

La manera en que Carrère explora las relaciones familiares (no sólo en *Una novela rusa*, sino también en *De vidas ajenas*) recuerda a los documentales del estadounidense Alan Berliner, que remonta su árbol genealógico para encontrar historias y personajes incómodos que, trascendiendo lo anecdótico, revelan algo sobre la Historia con mayúscula. De igual modo, *Una novela rusa* se despega de lo particular para tocar el tema de la relación entre la Europa democrática y Rusia. En el libro, unos conocidos franceses de Carrère que llevan un tiempo viviendo en Moscú insisten en que es inútil juzgar la política y la sociedad rusas desde una óptica de parisino biempensante. Carrère no cede al relativismo cultural ramplón: desconfía de la postura cínica de esos conocidos, pero sabe que para entender a los habitantes de Kotélnich debe hacer un esfuerzo por ponerse en sus zapatos, incluso si eso supone dejar de lado, provisoriamente, algunas de las creencias más arraigadas de su grupo. De un modo análogo, aunque reconoce que su abuelo fue un criminal que traicionó los valores de su patria adoptiva, Carrère se permite explorar los motivos de ese crimen con una mirada compasiva.

La incapacidad para entender “el alma rusa” a partir de categorías propias de los *bourgeois-bohèmes* reaparece más tarde en *Limónov*. Ahí, la decisión de no emitir juicios definitivos sobre el biografiado es la nota que convierte lo que podría ser una biografía interesante en una obra maestra. La investigación periodística no disipa la duda, esencialmente filosófica, de cómo juzgar a Limónov. Esa duda, esa reticencia a calificar a sus personajes — sean asesinos, colaboracionistas nazis, padres de la Iglesia o jueces de segunda instancia en un pueblo de provincia —, es una de las constantes que hacen de Carrère un novelista brillante.

El Reino (2014) es una novela no lineal, que narra por un lado la conversión del autor al catolicismo (y el posterior desencanto religioso), y por otro las vidas de Pablo el Converso y Lucas el Evangelista, así como el papel que tuvieron ambos en la composición del *Nuevo Testamento*. A diferencia de lo que sucede en *Limónov*, donde el narrador tiene una función discreta (aparece y desaparece en su papel de testigo), en *El Reino* la primera persona ancla y justifica la larga perífrasis histórica que ocupa buena parte de las más de 500 páginas de la novela.

Algunas de las preocupaciones presentes en *El Reino* (2014) estaban ya insinuadas en *El adversario* (2000), la primera novela de “no ficción” publicada por Carrère. El punto de partida de esa novela sobre la naturaleza del mal es una nota roja que conmocionó a Francia: el 9 de enero de 1993, Jean-Claude Romand asesina a sus hijos, su esposa y sus padres. Las investigaciones revelan que Romand pasó dieciocho años de su vida fingiendo ser médico y simulando trabajar en la Organización Mundial de la Salud; se concluye que cometió el crimen cuando su mentira estaba a punto de ser descubierta. Carrère entabla una relación epistolar con el asesino durante el proceso judicial, decidido a escribir un libro que muestre lo que pasaba por la cabeza del perpetrador durante las largas horas de su impostura.

Comparado a menudo con *A sangre fría* de Truman Capote, *El adversario* es un relato perturbador, de una concisión casi forense. Pero Carrère va más allá de la reconstrucción de los hechos: asume los dilemas éticos del periodista que busca comprender al criminal. Es también el primer libro de Carrère que muestra lo que hay tras bambalinas de su escritura: el autor cuenta los vanos esfuerzos emprendidos para narrar la historia de Romand asumiendo el punto de vista del asesino, en una primera persona de ficción.

Es sintomático que sea *El adversario* el libro que marca un cambio de tono, el comienzo de una etapa en la obra del autor. Carrère se plantea un ejercicio extremo de la imaginación (contar un crimen atroz desde el punto de vista del culpable) y fracasa en ello. Como consecuencia, asume la primera persona del escritor y, al hacer la crónica de ese fracaso —cartografiando el litoral de su propia empatía—, construye una voz narrativa ambivalente y compleja que sostendrá, con matices, en sus siguientes libros.

Aunque vinculadas entre sí por el tono y por algunas temáticas, las novelas de Carrère son también muy distintas unas de otras: la desnuda crudeza de esa primera persona del singular permite al lector



Anagrama,
Barcelona, 2011

percibir los cambios (ideológicos, espirituales) del autor de un libro al siguiente. Explorando el significado del mal, con una prosa que se detiene en los matices, haciendo a la vez metaliteratura y periodismo en primera persona, Emmanuel Carrère escribe, a contracorriente, una de las obras más intensas e inclasificables de la literatura europea contemporánea. **U**

LO QUE CREÍ SOMBRA ES EL VERDADERO CUERPO

SHIMON ADAF

POESÍA A CONTRAMATERIA

Angelina Muñoz-Huberman



Trilce, México, 2013
(edición bilingüe;
traducción,
introducción y notas de
Ana María Bejarano)

Shimon Adaf pertenece a la generación más joven de poetas israelíes. Nació en 1972 en Sderot, pueblo situado al sur de Israel, en pleno desierto del Néguev. Su familia proviene de Marruecos. Es parte de los nuevos escritores de origen oriental, por lo que su estilo literario rompe con la tradición asquenazí y sus temas se derivan del contacto con la cultura árabe. Si bien la poesía ha sido su primera actividad desde los 19 años, ha escrito novelas y artículos sobre literatura, cine y música. Ha sido también integrante de un grupo de rock. Se le han concedido reconocimientos muy importantes como el Premio del Ministerio de Educación, el Premio Sapir, el Premio Yehuda Amichai, entre otros. Actualmente es profesor de la Universidad Ben-Gurión.

Su poesía combina elementos de la tradición mística judía y de la mitología griega. La figura de Ícaro se ha convertido en su símbolo a partir del libro *El monólogo de Ícaro*. La Cábala y el *Cantar de los cantares* se hacen presentes en sus imágenes y metáforas poéticas. El exilio, la pérdida de la tierra de los padres, Marruecos, son fuente de inspiración y de ausencia constante.

Así, la cultura marroquí permea su obra; se siente diferente y, al mismo tiempo, identificado con la lengua hebrea utilizada en dimensiones de lengua sagrada y lengua cotidiana. En una anécdota cuenta cómo fue para él descubrir la lengua en esa doble posibilidad. El día que en la infancia fue llevado a la sinagoga por primera vez se sintió penetrado por la esencia sagrada al oír los cánticos, sobre todo el *Cantar de los cantares*. Muchos años después, cuando se apartó de la religiosidad, creyó haber roto esas amarras. Sin embargo, es interesante

que, cuando sus primeros poemas fueron traducidos, se le abrió un nuevo mundo:

Mientras trabajaba con los traductores surgieron muchas preguntas acerca de ciertas expresiones, ciertas formas de sintaxis presentes en mi poesía. Lo que había querido dejar atrás, había vuelto, la fuente, la lengua sagrada. Y lo que da profundidad a mis poemas, a mi lenguaje, lo que les proporciona densidad, es precisamente ese lenguaje que se cierne sobre ella como un espíritu, como un espíritu sagrado sobre el abismo. Y si lo eliminara, si eliminara esa lengua santa, estaría matando mi hebreo [p. 13].

Razón esta última que vuelve comprensible cómo habiendo abandonado el mundo de la ortodoxia, acuda, sin embargo, al mundo místico que escapa a la reglamentación. Su punto de unión fue la palabra polisémica como fuente de la expresión poética y su traslación a inacabables facetas significativas. De esta manera, halló el verdadero sentir poético, basado también en una musicalidad y un ritmo transgresores.

Sobre este aspecto funda su arte poética y para ello acude a la polémica entre poesía y filosofía, que proviene de tiempos inmemoriales. La mayor diferencia entre la poesía y la filosofía radica en que la poesía siempre tiene razón, mientras que la filosofía siempre se equivoca. A pesar de ello, esta última aseveración no convierte en tarea fácil el hecho de elegir entre una y otra, porque mientras la filosofía, que está en un error, convierte la verdad en un ideal, la poesía, que está absolutamente en lo cierto, eleva a la condición de milagro la quimera y la mentira [p. 35].

De la mitología, nuestro autor escoge a Ícaro, a Orfeo, a Casandra, a Dédalo, y los engloba como reencarnaciones de sí mismo. Ícaro se manifiesta en la noche del poeta al soñar su caída al abismo:

Nada me resulta comprensible
del sueño de los mortales.
Otro cuchillo rasga
la mañana en sombras.
Desvelado caigo [p. 17].

Orfeo pierde su espalda y silencia sus cantos:

Como a un alumno asustado
las mañanas me fustigan la espalda.

Hay un camino de Sderot
que no volveré a declamar [p. 19].

Cassandra deseada por el dios Apolo no cumple el pacto:

Ser deseada
y que el ojo mida mi proceder,
como la herida de la vista
en el firmamento que me cubre [p. 19].

Dédalo habla de la muerte de su hijo:

Yo tenía un hijo y todo yo era un cansancio
malo. Mi hijo fue un retazo de humo.
No sucede en casa, ni en el jardín, ni durante las comidas,
no pasa en las canchas, en la escuela,
en las fotos.
Se disemina por el mar [p. 33].

Mito sobre mito, la poesía de Adaf busca un remanso en la Cábala, mas su interpretación deshilvana el concepto de *tzim tzum* o la contracción que hizo Dios para dar cabida al universo e invierte la creación nominal por una de silencios que sería el equivalente poético: "Debería decir algo / por eso se queda callado" [p. 75].

Shimon Adaf prosigue en su camino hacia el deslumbramiento que produce la poesía, su comprensión y su incomprensión. La capacidad de unir actos de reflexión imposibles, de recrear la naturaleza y de situar en el centro la figura materna. Figura que alienta poemas subsecuentes y la representación de la vida total, incluyendo su relación con rosales y plantas corporizados.

El poema, como todo otro acto humano
es un argumento
cuyo sentido
es que se reflexione sobre él, una especie de grito con derecho
a ser más oído.
Mi madre, por ejemplo, tenía rosales
en la insumisa tierra del sur
bajo el peso de los sirocos de Sderot, echando al aire
el pus de sus brotes, demasiado testarudos como para vivir



Familia judía de Gourrama, sur de Marruecos

cabizbajos
y plantas para infusión, hierbaluisa, menta, artemisia
más inclinadas a marchitarse
en la sequía [p. 103].

Otro elemento notorio es el contraste entre la ciudad y el campo. Las calles de Tel Aviv, Jerusalén, Sderot, se repiten en ritmos distintos, en tiempos contrastados, en música y tonos de rock. La naturaleza, el desierto, el mar, las aves, el sol y la luna hacen su aparición para destacar la posibilidad de la belleza en un mundo distorsionado. El amor, la figura velada de la madre y la infancia se entretejen en primeras personas aludidas. Interrogaciones constantes y afirmaciones subversivas se deslizan en palabras sopesadas y a veces exigentes.

La tipografía es una propuesta de rupturas. El corte de los versos, rebelde, sirve para poner de relieve la idea, la palabra primordial. En el poema "Laboratorio" la letra en negritas que aparece de manera esporádica tal vez no enfatice la palabra principal, sino la subordinada, proporcionándole un acto de justicia. ¿Será tan importante un artículo, una preposición como un verbo o un nombre? ¿Será un efecto del azar? ¿Una errata multiplicada? ¿Una errata intencional? Las preguntas se suceden y sólo el poeta sabe la respuesta.

Las posibilidades de reflexión, poesía y filosofía en contienda, como ya había observado María Zambrano: el filósofo en busca de la verdad, el poeta sin buscar, teniéndola; el filósofo en la unidad, el poeta en la

heterogeneidad. Así, el poeta ve las cosas antes, el filósofo después. Como le sucedía a Miguel Ángel, que ante el bloque de mármol veía ya la obra consumada, para Shimon Adaf:

Desde los comienzos el mundo no ha estado destinado a la poesía.
Nosotros, ¿quién es ese nosotros?, te preguntarás,
trabajamos en las hendiduras de la roca [p. 133].

Ese trabajo de la poesía a contramateria es el mismo que se eleva sobre el cuerpo y es la creencia en la sombra sobre la realidad, la evocación platónica del hombre en la caverna, viendo sólo el reflejo de las cosas como si fueran el cuerpo en sí.

La sombra como realidad confirma la existencia del cuerpo y se vuelven inseparables. Pero hay momentos en los que se pierde la sombra o nunca se ha tenido o se tienen dos sombras. O la sombra se convierte en cuerpo, como en el caso de Shimon Adaf. Podría escribirse todo un tratado en derredor de la luz y la sombra y los cambios de ésta según la hora del día, hasta que a las doce en punto desaparece. La sombra alarga, encoge, acentúa, desdibuja. Abarca todas las posibilidades ya no imaginativas, sino reales. La sombra cae al suelo y el poeta la recoge y la traslada a la página como flor seca. La sombra es poesía pura. **U**



Tel Aviv. Foto de archivo

ESCRITO EN EL CUERPO

JEANETTE WINTERSON

¿POR QUÉ LA PÉRDIDA ES LA MEDIDA DEL AMOR?

Pablo Valdés

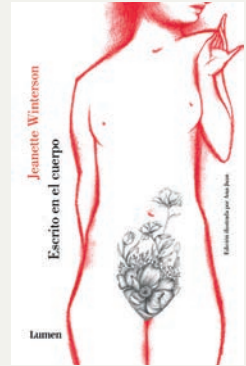
Es imposible no regresar a los mismos temas una y otra vez. Tal vez no pudo haber otros temas desde un principio. Nada nuevo bajo el sol, la historia como una enorme puerta giratoria: los griegos se sabían ya todas las rancheras. Los clásicos crearon los grandes temas para todos los que seguimos después. El resto de nosotros volvemos a ellos de una u otra manera y tomarlo en cuenta nos permite explorar en los pequeños resquicios dejados por ellos, por si queda algo más por decir. Sobra decirlo: siempre habrá algo nuevo por decir.

La puerta giratoria está siempre en movimiento. La reinención de las palabras no solamente es posible, sino indispensable: sin ella, el lenguaje muere, como en los cementerios de los que hablaba Cortázar. La repetición es la muerte. La inmovilidad es la muerte. El cliché es la muerte.

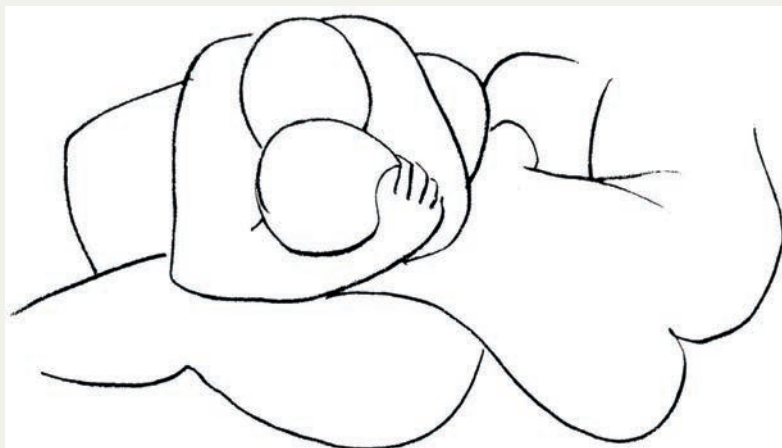
El amor es el epítome del cliché. No es fácil escribir sobre el amor y decir algo nuevo. La adoración del cuerpo de la amada existe al menos desde el *Cantar de los cantares* ("Tu talle se asemeja al talle de la palmera, y tus pechos a sus racimos"). Recorrer el cuerpo de la amada, literariamente hablando, es una proeza, por la probabilidad del fracaso: el lugar común es tan amplio que lo difícil es no caer en él. Y es justamente esta proeza la que se propone Jeanette Winterson en su novela *Escrito en el cuerpo*.

La novela narra, con humor y un desprendimiento casi religioso, las desventuras amorosas del narrador. Su antología de amores rotos incluye una anarcofeminista empeñada en explotar orinales públicos y afín a las palomas mensajeras (una de ellas se llamaba Besamerrápido); un fisicoculturista con aros en los pezones que fue criado por enanos; una novia adicta a las noches estrelladas y los matorrales; una trabajadora del zoológico sin mayor encanto que parecer un animal doméstico; y una dueña de un bar, gorda y cincuentona.

La historia comienza con una embestida de imágenes propia de un manifiesto poético sobre el amor y el cliché:



Lumen, Barcelona, 2017



Henri Matisse, *Pareja entrelazada*, 1948

Tú dijiste: "te quiero". ¿Por qué lo menos original que podemos decirnos uno a otro sigue siendo lo que más anhelamos oír? "Te quiero" siempre es una cita. Ni tú lo dijiste primero ni yo tampoco, y sin embargo cuando tú lo dices y cuando yo lo digo hablamos como salvajes que han encontrado dos palabras y las veneran. Yo las veneraba, pero ahora estoy en completa soledad, sobre una roca tallada en mi propio cuerpo.

[...]

Miro desesperadamente al otro lado para que el amor no me vea. Quiero la versión descafeinada, el lenguaje sentimental, los gestos insignificantes. El hundido sillón de los clichés [...] qué felices seremos. Qué felices serán todos. Y todos vivieron felices.

Nuestro narrador se pregunta el porqué de su gusto por las mujeres casadas. Son relaciones fallidas de origen: su común denominador es enamorarse de alguien con quien sabe que no hay futuro posible. Pero la alternativa es todavía peor, conformarse a vivir en las convenciones sociales (un *leitmotiv* de la narrativa de Winterson): "sienta la cabeza, pon los pies en el suelo. Es una buena chica, es un buen chico". Vivir el cliché del "felices para siempre".

Algo notable por su ausencia en este libro (conociendo la trayectoria de Jeanette Winterson) es el tema del lesbianismo. El género y la orientación sexual del protagonista son intencionalmente ambiguos durante la mayor parte de la novela, y el sexo de las parejas resulta inconsecuente a un grado envidiable. Esta ambigüedad del narrador es una pequeña muestra de la capacidad narrativa de la autora: la protagonista por momentos parece mujer (como cuando está con la anarco-

feminista explotando orinales) y por momentos hombre (como cuando se pelea con el exesposo de su Louise). En ningún punto causa conflicto. El libro no busca aprobación ni escándalo: simplemente es.

La autora no nos presenta el resultado pulido de aquella búsqueda de autenticidad. En su lugar tenemos las manos un libro que ondula entre los lugares más comunes, con frases dignas de una novela rosa ("hicimos el amor tan vigorosamente que la cama auxiliar corrió por la habitación empujada por la turbina de nuestra lujuria", "déjame navegar en ti sobre estas briosas olas"), y otros que poseen una lucidez transparente, dolorosa.

El desarrollo después de la pérdida adquiere una claridad lacerante, marcada por la ironía, la tragicomedia y la impiedad consigo misma:

Tu problema —dijo, limpiándose— es que quieres vivir dentro de una novela

[...]

Supongo que era incapaz de admitir que había caído en la ratonera de un cliché tan absolutamente redundante como las rosas de mis padres al lado de la puerta. Buscaba el acoplamiento perfecto; el poderoso orgasmo que nunca duerme ni se detiene. Éxtasis sin fin. Estaba hasta el cuello en el cubo de agua sucia de la aventura sentimental.

El lugar común es tan amplio como para poder albergar también a los que tenemos una obsesión morbosa contra el cliché y queremos hacerlo todo absolutamente nuevo. ¡Somos tan predecibles! El cliché es tan infructuoso como nuestra obsesión por él. Pero, como dijo Hitchcock, "vale más partir del cliché que llegar a él". Y la novela se salva, por fortuna, de las fatalidades, haciendo lo que mejor sabe hacer: narrar. Al despreocuparse de la originalidad absoluta, Jeanette Winterson despliega la prosa limpia e incisiva a la que nos tiene acostumbrados.

El resto es historia. Por fin le cayó el veinte: es mejor tener pájaro en mano que ciento volando. Aún más: mientras todas las otras mujeres eran simples capillitas, el amor de su vida fue su catedral. Después de tener el alma en un hilo, de quedarse por meses con el Jesús en la boca, tuvo que hacer de tripas corazón y quemar las naves. El que no arriesga no gana, la tercera es la vencida. Pero para aplaudir se necesitan dos manos, y ella también tiene su corazón de pollo.

Y vámonos que aquí espantan. **U**

PROCESOS DE LA NOCHE

DIANA DEL ÁNGEL

LA ELOCUENCIA DE LOS CUERPOS

Guillermo Espinosa Estrada



Almadía, México, 2017

Ha pasado más de una década y todavía no terminamos de entender la crisis de derechos humanos en la que estamos inmersos. Además de tiempo, para lograrlo se requiere de investigación, análisis, debate y una crítica que ha ido surgiendo, poco a poco, desde el periodismo y la academia, desde el arte y la literatura. Considerando la magnitud de la catástrofe, la reflexión realizada hasta ahora no ha sido suficiente (ni lo será, hasta que un día la repetición de todo esto nos resulte llanamente inconcebible), pero como lector agradezco el coraje de quienes descienden al infierno de la violencia nacional para volver con una imagen, una crónica, un testimonio. Documentos que encarnan en casos tan concretos como emotivos lo abstracto de las estadísticas, además de ejercer la denuncia y la indignación.

Procesos de la noche, de Diana del Ángel (1982) forma parte de esta bibliografía de avanzada. En sus páginas volvemos a las calles de Iguala durante la noche del 26 de septiembre de 2014, para concentrarnos en la vida y destino de uno de sus protagonistas: Julio César Mondragón Fontes. Conformado por 22 breves testimonios y un mismo número de crónicas, el volumen tiene una finalidad doble: por un lado, acercarnos a la vida íntima del normalista; por el otro, dar cuenta de las vicisitudes que sufrió su cuerpo muerto, un año después de haber sido secuestrado, torturado y asesinado. Miembro del colectivo El Rostro de Julio, Diana del Ángel no sólo ha convivido estrechamente con la familia de Julio César, además acompañó a la licenciada Sayuri Herrera en las diligencias para que peritos extranjeros pudieran realizarle una segunda autopsia. Narrar esa odisea burocrática conforma el grueso de su libro.

El gran mérito de la autora es recordarnos la ineficiencia e ineptitud del sistema legal mexicano. Son tantas las afrentas y los oprobios que padecen los Mondragón en busca de justicia que es difícil resumirlos en una lista. Pero encontramos desde peritos que llegan tarde a las diligencias, o sencillamente no van, hasta aberraciones como las que dice Sagrario Aparicio, encargada del expediente del normalista asesinado, quien le recomienda a la viuda tomar el dinero ofrecido por

las autoridades y dejar "las cosas como están porque en este país nunca hay justicia". En medio, decenas de humillaciones, corruptelas y faltas administrativas de burócratas que parecen más retrasados mentales que malas personas. En pocas palabras, una negligencia asesina que no sólo perpetúa la injusticia, la desigualdad y la violencia, sino también crea un laberinto burocrático tan intrincado y truculento que en él "desaparecen" expedientes y oficios con la misma indiferencia que en la calle desaparecen personas. Y todo esto en un caso que goza del favor de la prensa y sus reflectores; da vértigo pensar lo que sucede en asuntos de nulo interés mediático.

Ante esta ruina humeante de la democracia mexicana, los ciudadanos, indefensos, parecen ampararse supersticiosamente en los rituales. México "es un país de simulaciones", asegura Del Ángel, pero a juzgar por sus crónicas podríamos decir que no tenemos otro refugio más que el simulacro. Muchas fórmulas del lenguaje legal —"Otorgo mi consentimiento expreso...", "Es cuanto...", "Conforme a derecho...", etcétera— aparecen en *Procesos de la noche* sólo para hacer evidente lo distante y ajena que resulta la justicia para el ciudadano común. "Para la mayoría de la gente", dice Del Ángel al inicio de su periplo, "todos estos términos jurídicos son tan necesarios como desconocidos: la pri-



Ilustradores con Ayotzinapa

mera barrera entre la justicia y las personas es el lenguaje"; después de varios meses de lidiar con nuestras inhumanas instituciones, la narradora parece descubrir finalmente el porqué de esa retórica tan artificial: no sólo sirve para alejar al lego del universo de la ley, "lo principal es mantener siempre un lenguaje técnico, no humano", señala, ya que "entre menos [como] persona veamos a la víctima mejor". La jerga y la gestualidad jurídica alejan a las autoridades del dolor de los ciudadanos, las anestesia, y ello les impide experimentar empatía con la sociedad.

Al contrario de lo que ocurre con la gestualidad religiosa, que parece recuperar el terreno cedido por la incompetencia del Estado laico, de hecho, se establece una pugna entre el discurso religioso y el legal, que aflora en distintos momentos. A pesar de los reparos de la autoridad, en el segundo entierro de Mondragón la familia se impone y logra organizar una misa, pero ese día, ya en el panteón, la jueza les impide a los deudos rezar un rosario: "sólo [recen] en su cabeza", les dice, ya que sus voces "no pueden interrumpir el protocolo" jurídico. Aun así, las crónicas están plagadas de pequeños rituales que acompañan cada paso de la familia: ofrendas, misas, plegarias y cantos que vuelven sagrado y trascendente lo que para el gobierno es sólo un trámite burocrático. Y el poder de este discurso es tan seductor y reconfortante que parece ir convirtiendo a la misma Del Ángel. Si bien al inicio hay distancia y cierto escepticismo ilustrado ante las prácticas de la fe, pronto se detiene y decide prender una veladora por la memoria de Mondragón y, finalmente, en la misa de reinhumación, no tiene reparos en pedirle "al señor" para que nos libere de los vicios de esta nueva Babilonia: "la corrupción, la mentira, los feminicidios, la indiferencia, los megaproyectos, el abuso a los niños, la violencia y la impunidad".

Pero a pesar de su valor como denuncia, *Procesos de la noche* es una crónica que queda a deber. Y creo que lo hace al privilegiar la información y la indignación antes que la interpretación y el análisis. Me explico: a diferencia de los médicos forenses, Del Ángel no se preocupa por entender y traducir lo que dicen los cuerpos. Cuando se enfrenta en un interrogatorio a Mario Taboada Salgado, uno de los asesinos de Mondragón —"un hombre mayor, de baja estatura, moreno, de ojos grandes y cabello entrecano"—, la narradora no puede ir más allá de su silencio. Nos informa que, con voz "apenas audible", "se reserva el derecho a declarar", "se niega a responder", "se niega a ser interrogado" y "se hunde... en sí mismo"; según la autora, su cuerpo sólo "exhala un aire de hartazgo e incompreensión". Pero tanto el cuerpo de Taboa-

da como el de Mondragón son signos, textos, que a pesar de su hermetismo urge que sean descifrados e interpretados. De hecho, todo el libro se concentra en cómo hacer hablar a los restos del normalista: su cadáver es exhumado para que nos cuente qué le pasó poco antes de morir. Los peritos extranjeros hacen su trabajo y entregan el informe de una autopsia, pero para la autora Taboada es un símbolo inescrutable, tanto como Mondragón, un cuerpo sin elocuencia. Esto es una pena, en particular por lo apremiante de la exégesis: estos dos personajes representan grupos de poder con formas antagónicas de entender lo público, lo propio, lo político y, en síntesis, la nación, y su enfrentamiento podría resumir la guerra que hemos librado en los últimos años. Para entenderla tendremos que volver una y otra vez a estos cuerpos y a miles más, hasta que podamos traducirlos y entenderlos con la misma eficacia de un médico forense. **U**

LA SEXTA EXTINCIÓN UNA HISTORIA NADA NATURAL

ELIZABETH KOLBERT

SOBRE LOS HIJOS Y EL FIN DEL MUNDO

Jazmina Barrera

Las imágenes de volcanes en erupción, cometas y nubes apocalípticas marcan nuestro imaginario alrededor de la palabra *extinción*. En ese dramatismo visual, justamente, radica el peligro, porque nos impide ver de qué manera silenciosa y sutil, mas no por ello menos rápida y fulminante, los reptiles, las aves, las plantas y los mamíferos están desapareciendo del planeta cada minuto.

El título de *La sexta extinción*, de Elizabeth Kolbert, hace referencia a los cinco magnos eventos en la historia de la Tierra que arrasaron con flora y fauna, mermando la diversidad biológica a escalas monumentales. Ganador del premio Pulitzer en 2015, *La sexta extinción* analiza las posibles causas de estas desapariciones masivas y sus semejanzas y diferencias con la época actual. En un recuento histórico, nos recuerda cómo la humanidad se resistió durante mucho tiempo a creer en el concepto mismo de extinción, así como ahora tantas personas se rehúsan a creer en el cambio climático y en la sexta extinción de la que se habla esta obra.



Crítica, México, 2015

Apenas hace poco más de un siglo los paleontólogos comenzaron a desenterrar mundos perdidos y a descubrir las criaturas fantásticas que habitaron la Tierra durante millones de años. Estos seres, que de tan abundantes parecían indestructibles, sobrevivieron hasta que algún cambio drástico en las condiciones, tan rápido que no permitió a la evolución el tiempo de adaptación necesario, acabó con ellos. Estamos acostumbrados a leer de las megaextinciones como eventos fortuitos y lejanos a nosotros; el libro de Kolbert nos advierte de la verdadera cercanía.

Dos capítulos del libro pueden resultarnos especialmente sorprendentes a los novatos en estos temas: los que la autora dedica a la participación del ser humano en la extinción de la megafauna y de los neandertales. Durante mucho tiempo no estuvieron claros los motivos por los que desaparecieron los tigres, elefantes y aves gigantes que alguna vez poblaron la Tierra. Algunos lo atribuían a un cambio en el clima, pero cada vez parece más claro que el elemento determinante fue la cacería por parte de los humanos. Estos animales se reproducían a una velocidad menor a aquella con que éstos los cazaban, y así, de a poco, se fueron extinguiendo. Kolbert explica que el mismo procedimiento está llevando a la extinción a los grandes mamíferos de hoy en día: gorilas, elefantes y leones. Algo similar sucedió también con los neandertales, con la diferencia de que el ser humano procreó con ellos antes de exterminarlos. Una vez clara la responsabilidad que los humanos tuvimos en estas extinciones, incluso antes de la sobrepoblación y la revolución industrial, no resulta descabellada la idea de que en la actualidad estemos ocasionando una megaextinción, de una escala tal que ya es evidente en los registros geológicos.

Los ejemplos que da Kolbert en el libro sirven para reforzar esta idea. Visita distintos proyectos de investigación y conservación alrededor del mundo que se ocupan de analizar, prevenir y paliar las consecuencias del deterioro ambiental. Con entrevistas, viajes y crónicas, Kolbert demuestra hasta qué punto y a qué velocidad nuestros patrones de consumo están acabando con la diversidad biológica de todos los ecosistemas, terrestres y marinos. Kolbert no le da tregua al lector. No utiliza eufemismos ni oculta las cifras y datos más atemorizantes. No pretende en ningún momento darnos falsas esperanzas, pero tampoco es tremendista ni melodramática. Es brutalmente precisa y realista. Podría ser un epígrafe de este libro la famosa cita de Eliot: "Así termina el mundo: no con una explosión sino con un quejido".

En la cuenta de Twitter de Kolbert, por los artículos que comparte y publica, queda claro el nivel de negación en el que vive buena parte del mundo y en particular Estados Unidos. Estamos todavía lejos de las acciones radicales que requeriría refrenar el deterioro ambiental, y para colmo, Trump, desde que llegó a la presidencia, no hace sino dar pasos hacia atrás y poner en peligro las iniciativas ambientales más importantes de su país. En *La sexta extinción*, Kolbert aparece como una especie de Casandra, pero más que ser una vidente del futuro, es una Casandra del presente, que observa y registra los desastres que ya están ocurriendo y que tanta gente se rehúsa a ver. Muchas veces los siguen percibiendo como temas lejanos en el tiempo y el espacio, cuando están aquí, ahora, y tienen que ver con las decisiones que tomamos todos los días.

Por ejemplo: el tema de los hijos. En distintas ocasiones Kolbert ha escrito sobre el dilema ético de tener o no tener hijos. En su reseña para *The New Yorker*, "The Case Against Kids", revisa un conjunto de libros que debaten la elección de reproducirse desde la filosofía, la economía y la sociología, y concluye que la decisión respecto al tama-



Pintura rupestre en Altamira, Cantabria, España

ño de las familias no es cosa menor, ni meramente subjetiva, pues va determinando el futuro del planeta de familia en familia.

Kolbert menciona de pasada en el libro que tiene tres hijos y esto de inmediato me hizo preguntarme por qué había decidido tenerlos. Algo parecido se pregunta Nick Hornby en su libro *Ten Years in the Tub*, donde se refiere a *Field Notes from a Catastrophe*, otro libro de la autora que trata temas similares: “¿Ha hablado con ellos [sus hijos] sobre estas cosas? ¿Cómo afecta a su confianza, su habilidad para proveer el tipo de optimismo y la sensación de seguridad que los niños necesitan? La evidencia sugiere que nuestros hijos vivirán vidas muy diferentes, mucho menos cómodas que las nuestras; muy probablemente decidan que no tiene sentido tener hijos ellos mismos”.

La lectura de un libro así puede causar una angustia terrible ante el prospecto de traer otro ser humano al mundo. Lo digo por experiencia propia, porque escribo esta reseña con seis meses de embarazo. Pero el principal miedo que inculca es menos apocalíptico y más bien triste: el de heredar un planeta tanto más pobre a las siguientes generaciones. Una de las enormes virtudes de este libro es centrarse en especies menos vistosas que los pandas y los osos polares, que son un estandarte más común en las luchas ambientalistas. Kolbert sabe leer en los seres diminutos que también están desapareciendo, en las ranas y los corales menos llamativos, siglos de evolución, estrategias de sobrevivencia, belleza e incluso una suerte de sabiduría (pienso en el cuervo hawaiano, casi extinto, que evoca en el libro, porque el ave en cautiverio repite una y otra vez la frase “Yo sé”). Toda esta espléndida diversidad se está desvaneciendo tan rápido que habrá incontables especies que ni siquiera llegaremos a conocer.

Kolbert afirma en el último capítulo que los mismos genes que distinguen a los humanos de los changos y del neandertal, los que nos predisponen para el trabajo en equipo, la invención, la locura de la creación, nos han traído hasta este punto de destrucción, y sin embargo podrían salvarnos. ¿Para qué tener hijos si somos una especie tan atroz? Porque entre los humanos también están esas personas admirables que dedican su vida a los proyectos que la autora documenta. Personas que están tratando, por ejemplo, de reproducir al último par de rinocerontes de Sumatra o que construyen un hotel para las pocas ranas doradas que sobreviven en Panamá. Y está la misma Kolbert, que decide recorrer el mundo, escalar montañas y atravesar selvas, para difundir el trabajo de estos ambientalistas. Por personas así no habría que darse por vencidos de cara a esta crisis gigantesca. **U**

ALGUNAS INTERROGANTES SOBRE EL CINE

Alisarine Ducolomb

El día que me propusieron escribir una reseña de cine noté que ha pasado mucho tiempo desde que vi una película que me cimbrara el alma. Seguí reflexionando sobre la última vez que tuve una verdadera experiencia cinematográfica (como cuando descubrí las películas de chinos voladores de la mano de Ang Lee en 2001, o cuando vomité en el cine viendo *Irreversible* de Gaspar Noé en 2003), lo que me hizo preguntarme qué define una *experiencia cinematográfica* y cuál es la diferencia entre esto y simplemente ver una película como entretenimiento. Luego, mis pensamientos derivaron hacia la condición del cine en los últimos años, particularmente en México. La mente es así a veces, un laberinto incierto. Reflejo de eso es este escrito, que más que contener certezas, está plagado de preguntas.

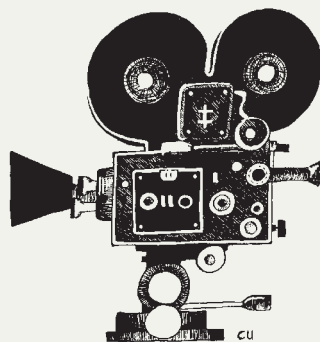
Recuerdo una entrevista con un decano programador del Festival de Cannes acerca de cómo el hartazgo y la decepción lo habían hecho renunciar a un trabajo que antes lo apasionaba. El hombre describía cómo su labor se había convertido en una verdadera tortura desde que se dio el crecimiento desenfrenado de las producciones cinematográficas. El gozo de descubrir películas sorprendentes había sido reemplazado por la tediosa tarea de ver malas películas en cantidades abrumadoras.

Mala cinematografía, pero abundante; triste consuelo.

Hoy en día, el cine es consumido y producido casi con la misma actitud que la comida rápida. En el último Festival de Cannes tan sólo en la sección Cinéfondation, dedicada a largometrajes realizados por estudiantes, fueron recibidas 2,600 películas. Y en el periodo de 2016 a 2020 serán estrenadas 40 películas de superhéroes. ¿Cuántas de ellas memorables?

Es innegable que en los últimos años, con los nuevos formatos, la producción de películas ha crecido de manera drástica, por lo que, si hay muchísimas malas películas, por simple aritmética, las buenas también deberían ser numerosas. ¿O no?

En una entrevista realizada en 1991 sobre el rodaje de *Apocalipsis ahora*, Francis Ford Coppola planteó que, con la proliferación de equipos accesibles, como las cámaras de 8 mm, surgirían inevitablemente más cineastas: "una gordita de Ohio podría ser el nuevo Mozart y hacer una película hermosa con la camarita de su papá. Y al fin el profe-



sionalismo del cine se destruirá por siempre... y [el cine] se convertirá en una forma de arte". La cinematografía ya no sería el privilegio de una burbuja elitista, sino una herramienta a la mano de cualquiera. Como un lienzo y un pincel.

Esto es seguramente deseable y bienvenido. Cualquier cosa que esté al alcance de la mayoría y fuera de las garras exclusivas de una élite se agradece. Sin embargo, tiene otras consecuencias. Poder realizar una película sin que esto se traduzca en costos altísimos o en enormes deudas o siquiera en la necesidad de una ganancia (o incluso recuperar lo invertido) representa innegablemente una muy refrescante libertad con la que todo creador podría verse beneficiado.

El cine independiente o experimental se multiplica, y con él, el número de personas que pueden dar rienda suelta a una creatividad que no debe rendir cuentas a mecenas ni seguir lineamientos estrechos dictados por necesidades monetarias. Sin embargo, eso trae consigo una cierta autocomplacencia; pareciera que la facilidad de hacer cine implicara también una relajación en cuanto al nivel de calidad. Tal vez el tener acceso libre a plataformas y tecnologías hace a los cineastas más laxos, menos rigurosos consigo mismos.

Todo artista, creador o cineasta debería ser totalmente libre de ejercer su visión; sin embargo, eso no lo exime de un trabajo de preparación riguroso. Y muchos cineastas están muy lejos del rigor. Se siente un desconocimiento del lenguaje cinematográfico, una indolencia o casi desgano en la manera de filmar.

Dentro de este *boom* del cine y de las óperas primas, existe indudable talento y películas sorprendentes, pero hay también la sospecha de un cine cómodo, aletargado, falto de inventiva, que repite un modelo por económico y exitoso. Premios, becas y apoyos son cada vez más numerosos, otorgados por medio de fundaciones, festivales, subsidios gubernamentales, estímulos fiscales o métodos más informales como las plataformas de autofinanciamiento. Existen sitios como Kickstarter o Indiegogo que cualquier persona que tenga el sueño de hacer cine puede utilizar. Inclusive cineastas consagrados como Alejandro Jodorowsky han echado mano de esto para llevar a cabo sus ideas. ¿Pero cuántos de estos proyectos tienen trascendencia? El cine está hecho para una audiencia, y si el autor no logra resonancia dentro del público, se podría decir que la obra fracasó en su cometido.

Una vez más, nos enfrentamos a una paradoja común acerca del valor de una obra en sí y su peso en oro. O en entradas. O en reconocimiento. ¿El éxito hace que una obra sea implícitamente buena? Bat-



Fotograma de *Gravity* de Alfonso Cuarón, 2013

man y *Superman: Dawn of Justice* generó 873 millones de dólares. ¿Eso la hace una buena película? *Hell*, no. Pero, si la taquilla o los premios no son avales de una buena película, ¿entonces qué lo es? ¿Es un público —en su mayoría abúlico— el mejor juez de una obra?

El cine mexicano tiene un despunte gracias a que se le han abierto las puertas en diversos festivales de todo el mundo. Sin embargo, esto no equivale a decir que en México se ve más cine nacional o que en las carteleras del país hay más películas nacionales. Simplemente, se hace más cine, lo que —dicho sea de paso— es de aplaudirse. No deja de ser curioso que *hacer* más cine no implique *ver* más cine, como ocurre en Chile, Argentina o República Dominicana, donde la gente sí ve el cine que produce su propio país. No es solamente el público en general el que no ve el cine que se produce. Hay infinidad de películas que se pasean por festivales, pero que nunca ven la luz del día (o la oscuridad de la sala) y que muy difícilmente alcanzan un estreno comercial. Existen no pocas películas nominadas al Ariel (máximo galardón de la cinematografía nacional) que nadie ha visto. O ningún otro cineasta ha visto. O llegando al extremo: ni siquiera el equipo que participó en el rodaje.

No olvidemos que el destino de una película no termina en la fase de edición o de posproducción, sino en el de distribución. De los múlti-

ples procesos que abarca la creación de una película, esta etapa es el talón de Aquiles del cine, el cuello de botella en donde todo se empanzana, el paso decisivo que falta para que la industria cinematográfica se retroalimente y pueda llamarse industria.

El quehacer cinematográfico es pesado, excesivo y generalmente caótico. Por los breves tiempos de rodaje y preparación (*time is money*), que son cada vez más cortos, se exige un trabajo particularmente intenso y condensado. No hay dinero, *ergo*, no hay tiempo, pero las exigencias no cambian: algo que se filmaría normalmente en tres días, se filma en uno. Un día de rodaje de doce horas se convierte en una jornada de dieciocho. Tres comidas diarias se convierten en un *snack*. Los sueldos se reducen y hay empresas productoras que sistemáticamente no pagan. Pero las quejas no generan conciencia. Con tanta gente queriendo entrar al juego, todo el mundo es reemplazable y a veces el respeto entre colaboradores es mínimo.

Desde el minuto de concebir la idea para una película, escribir el guion, conseguir el financiamiento, reunir al equipo de trabajo, filmar, editar, posproducir, hacer promoción, hasta estrenar la película en cuestión, pueden pasar años. O puede quedarse en cualquiera de estos pasos sin jamás llegar a su destino. Y las que llegan, incluso con bombo y platillo, esperan convertirse en la ansiada experiencia cinematográfica, pero terminan siendo el tibio plato de acompañamiento que se ve a medias en una pantalla casera mientras nos distraemos con el celular.

Hace poco, en relación con el estreno de la película *Dunkirk*, resonó en los medios un comentario de Christopher Nolan en el que afirma que "lo que ha definido siempre una película es que se vea en un cine". A Alfonso Cuarón la visión de Nolan le pareció "miope y reaccionaria". Difícil pensar que su película *Gravity* sea apreciada de igual manera en la oscuridad de una sala de cine que en una laptop o una tablet.

Tal vez la vivencia cinematográfica tiene que ver no sólo con el contenido de una película sino con el ritual que la acompaña y que nos permite crear el ambiente propicio para *generar* esta experiencia. No lo sé, una vez más, solamente pregunto.

¿La conclusión? Probablemente no la haya. Definitivamente no una sola. Pero para los que nos interesa el futuro del cine, tal vez valga la pena seguir preguntando. **U**

NUESTROS AUTORES



**Jazmina
Barrera**

(Ciudad de México, 1988) estudió letras inglesas en la UNAM y es autora de los libros de ensayo *Cuerpo extraño* (2013) y *Cuaderno de faros* (2017). Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y estudió la maestría en escritura creativa en español en NYU. Es parte del equipo de Ediciones Antílope.



**Isabel
Castro**

es historiadora, crítica teatral, coordinadora de teatro alternativo, experimental y comunitario, y organizadora de batallas de rap. Es egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fundó la revista escénica digital *Aplaudir de Pie* y ha sido curadora en el Festival Internacional Cervantino.



**Déborah
Danowski**

es profesora del programa de posgrado en filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro. Su investigación principal gira en torno a la metafísica moderna y, más recientemente, al pensamiento ecológico.



**Héctor
Dávila**

es cineasta de ficción y animación, además de ilustrador, actor y pintor. Ha participado en los festivales de cine de Rotterdam, Morelia, Cannes y El Cairo, entre otros, ha ganado el Concurso Nacional de Video Experimental; el segundo lugar en el Festival de Cine Animativo y la Palmita del Tour de Cine Francés.



**Alisarine
Ducolomb**

es egresada de la carrera de cinematografía del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la UNAM. Por su trabajo en el diseño de producción y la dirección de arte, ha sido nominada al Ariel en tres ocasiones. Además, se dedica a escribir e impartir talleres.



**Diego
Erlan**

(Tucumán, 1979) es escritor, periodista y crítico cultural. Autor de las novelas *El amor nos destrozará* y *La disolución*, integra el Observatorio de Literatura Argentina Contemporánea (OLAC). Fue editor de la revista *Ñ* del diario *Clarín* y actualmente escribe sobre arte y literatura en *La Nación* y en *Los Inrockuptibles*.



**Guillermo
Espinosa
Estrada**

(Puebla, 1978) es autor de los ensayos *La sonrisa de la desilusión* y *Un caos de ruinas apenas visibles*. Profesor de literatura en varias instituciones, administra la *bibliothecascriptorumcomorum.org*, un archivo de textos sobre la comicidad.



**Eugenio
Fernández
Vázquez**

es periodista de oficio, dedicado a entender cómo y por qué trabajamos juntos y cómo hacer que la humanidad disfrute el mundo sin acabárselo, por lo que trabaja con organizaciones forestales y cafetaleras y en temas ambientales. Dirige Comunicación y Construcción de Alternativas (CyCA) y el blog www.puentesyventanas.org.mx.



**Jane
Kenyon**

(Estados Unidos, 1947-1995) fue poeta y traductora. Autora, entre otros libros, de *The Boat of Quiet Hours* (1986), *Let Evening Come* (1990) y *Constance* (1993), y ganadora del premio PEN/Voelcker 1994.



**Corinna
Ada Koch**

estudió Bellas Artes. Dirigió el departamento de fotografía del semanario *Der Freitag* y coeditó la colección *Círculo de Arte* del Conaculta. Su proyecto *El status quo* será publicado por Editorial Herder en 2018.



**Elisa
Lavore Fanjul**

trabaja en la División de Mercados Laborales del Banco Interamericano de Desarrollo. Cuenta con una maestría en educación comparada internacional por la Universidad de Stanford y una licenciatura en ciencia política por el Instituto Tecnológico Autónomo de México.



**Miguel
León-Portilla**

(Ciudad de México, 1926) es filósofo e historiador, principal experto sobre el pensamiento y la literatura náhuatl. Investigador emérito de la UNAM, es autor de más de 40 libros; ha recibido, entre otros reconocimientos, la Medalla Belisario Domínguez y es miembro de El Colegio Nacional desde 1971.



**Ana Valerie
Mandri Rohen**

es directora del Fondo de Conservación El Triunfo (FONCET), donde ha trabajado durante 12 años, y vicepresidenta regional de la Comisión de Educación y Comunicación de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN). Es maestra en ciencias por la Universidad de Oxford.



**Pamela
Maciel Cabañas**

es bióloga por la UAM Iztapalapa. Vive en Washington State, donde trabaja para Wolf Haven International como especialista del Mexican Wolf Species Survival Plan Liaison & Hispanic Outreach. Colabora con el United States Fish and Wildlife Service y el Arizona Game and Fish Department en la zona de reintroducción de lobo mexicano.



**Fernanda
Melchor**

(Veracruz, 1982) es escritora y periodista, especializada en el análisis estético del periodismo de nota roja. Su novela más reciente es *Temporada de huracanes*.



**Maia
F. Miret**

es diseñadora industrial por formación y editora por vocación. Se especializa en escribir, editar y comentar libros de divulgación de ciencias naturales y sociales para niños, jóvenes y adultos. Escribe sobre ciencia, dirige talleres de desarrollo editorial y ensayo de divulgación.



**Carlos
Mondragón**

es historiador por la UNAM, maestro por la School of Oriental and African Studies de Londres, y doctor por la Universidad de Cambridge. Profesor de la UNAM y del Centro de Estudios de Asia y África en El Colegio de México, desde 2010 es titular de proyecto para la Oficina de Conocimiento Indígena y Política Ambiental de la UNESCO.



**Angelina
Muñiz-Huberman**

(Hyères, 1936) es poeta, narradora y ensayista. Doctora en letras por la UNAM, su obra ha sido traducida a varios idiomas y ha sido galardonada con los premios Xavier Villaurrutia, Universidad Nacional de México, Protagonista de la Literatura Mexicana y Sor Juana Inés de la Cruz de la FIL de Guadalajara.



Alejandro Robles

(Berlín, 1962) estudió filosofía y escribe para la televisión. Vivió una década en la Ciudad de México y hace varios años reside en Miami. Obtuvo el Premio de Cuento de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Ha publicado relatos y ensayos y actualmente trabaja en una novela.



Daniel Saldaña París

(Ciudad de México, 1984) es autor del libro de poemas *La máquina autobiográfica* y de la novela *En medio de extrañas víctimas*. En 2017 el Hay Festival lo destacó como uno de los mejores escritores de América Latina menores de 40 años. Es becario del programa de Jóvenes Creadores del FONCA.



Wolfgang Streeck

(Lengerich, 1946) es sociólogo e investigador de economía política comparada y teorías sobre el cambio institucional. De 1995 a 2014 dirigió el Instituto Max Planck para el Estudio de las Sociedades, de Colonia. Colaborador de *New Left Review*, es autor de *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*.



Eloy Urroz

(1967) es autor de nueve novelas, entre las que destacan *Las Rémoras*, *Fricción*, *La mujer del novelista* y *Demencia*; además de cinco libros de poesía y seis de crítica literaria, tales como *Las formas de la inteligencia amorosa: D. H. Lawrence y James Joyce*; *La trama incesante* y *El ensayo del arte*.



Pablo Valdés

(Torreón, 1984) es antropólogo y guionista. Ha incursionado en cuento, poesía y ensayo. Obtuvo mención honorífica en el Premio de Poesía José Emilio Pacheco 2008, y publicó un par de poemas en la antología *¡Esos malditos escuincles! 25 Mexican Poets 30 and Under* de la revista *BigBridge*.



Eduardo Viveiros de Castro

es socio fundador del Instituto Socioambiental (ISA) y etnólogo americanista con experiencia en la Amazonia indígena. Es profesor titular de antropología social de la Universidad Federal de Río de Janeiro (Museo Nacional) y ha sido catedrático de las universidades de Cambridge, Chicago y São Paulo, entre otras.



C.D. Wright

(Estados Unidos, 1949-2016) fue una poeta que se distinguió por su experimentación formal y por un intenso sentido del lugar, enraizado en Arkansas, México y Rhode Island. Por su libro *String Light* ganó el Poetry Center Book Award en 1991. Obtuvo el Lannan Literary Award y el National Endowment for the Arts, entre otros premios.



Naief Yehya

(Ciudad de México, 1963) es narrador y crítico cultural. Su trabajo se centra en el impacto de la tecnología, la guerra y el fenómeno pornográfico en los medios y la cultura. Colabora en varios diarios y revistas mexicanos, españoles y estadounidenses. Su más reciente novela es *Las cenizas y las cosas*.



Alejandro Zambra

(Santiago de Chile, 1975) ha publicado los libros *Mudanza*, *Bonsái*, *La vida privada de los árboles*, *No leer*, *Formas de volver a casa*, *Mis documentos* y *Facsimil*. Relatos suyos han aparecido en *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Harper's* y *Granta*. Su obra narrativa ha sido traducida a quince lenguas.